

**contrapunteo
cubano
del tabaco
y el azúcar**

Fernando Ortiz

PENSAMIENTO
CUBANO



EDITORIAL DE CIENCIAS SOCIALES, LA HABANA, 1983

económicas y sociales en estos países, ello podría hacer mucho, muchísimo, por la mejor comprensión mutua y la mayor cooperación económica entre las diversas naciones de este hemisferio. Si yo puedo ver clara y rectamente estos problemas, Cuba es en esto el punto sobresaliente de América Latina, el más adecuado para constituir allí un *clearing house* de informaciones, ideas, influjos y movimientos culturales que sean expresivos de buena voluntad y de efectiva inteligencia mutua.

El presente libro es una obra maestra de investigación histórica y sociológica, tan magistralmente condensada y documentada como libre de toda erudición pedante y estéril. Ciertamente que varias de sus secciones, y hasta muchos de sus párrafos, podrían ser usados como cartas de rumbo para emprender respectivos trabajos de investigación en el campo de la etnografía. Quienes trabajen en esos institutos de investigaciones económicas y sociales, cuya creación Fernando Ortiz propuso en el VIII Congreso Científico Americano recientemente celebrado en Washington en mayo de 1940 (esta asamblea acordó recomendar unánimemente, y de manera particular, el instituto nacional correspondiente a Cuba), bien podrían iniciar sus actividades con asuntos tan profundamente complejos y significativos como éstos del azúcar y del tabaco en la economía, etnografía, sociología, presente y devenir del pueblo cubano. Como plan para desarrollar el trabajo de tales investigaciones, el presente libro es ideal. Con esas faenas científicas de búsqueda y análisis de las realidades objetivas con que se manifiestan los complejos fenómenos sociales de los pueblos, la inteligencia entre las Américas habría de ser más perfecta, y mayor y más fecunda la simpatía de los norteamericanos por Cuba, la más importante y cercana de sus buenas vecinas insulares de América Latina. Es obvio que aquí, como en toda fase o fenómeno de transculturación, también habrían de ser recíprocas las influencias y comprensiones como lo serían los beneficios.

BRONISLAW MALINOWSKI

Yale University, julio de 1940.

Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar

Hace siglos que un famoso arcipreste de buen humor, poeta español de la Edad Media, dio personalidad al Carnaval y a la Cuaresma y los hizo hablar en buenos versos, poniendo sagazmente en los decires y contradecires del coloquio y en los episodios de la satírica contienda, sus contrastes éticos y los males y los bienes que del uno y de la otra les venían a los mortales. Con tal diálogo alegórico el clérigo Juan Ruiz escribió la "Pelea que uvo don Carnal con doña Quaresma", en su *Libro de Buen Amor*, ganando resonancia perdurable para su hombre y para el arciprestazgo de Hita, cuya fama sólo se cuenta por la recibida de aquel genial cantor de serranillas amorosas y de toda laya de trovas desenfadadas y agudas.

Acaso la célebre controversia imaginada por aquel gran poeta sea precedente literario que ahora nos permitiera personificar al moreno tabaco y la blanconaza azúcar, y hacerlos salir en la fábula a referir sus contradicciones. Pero careciendo nosotros de autoridad, así de poeta como de clérigo, para sacar personajes de la fantasía y hacerlos vivir humanas pasiones y sobrehumanos portentos, diremos tan sólo, sin versos y en prosa pobre, los sorprendentes contrastes que hemos advertido entre los dos productos agrarios fundamentales de la historia económica de Cuba.

Tales contrastes no son religiosos ni morales, como eran los rimados por aquel genial presbítero, entre las pecaminosas disipaciones carnalescas y las regeneradoras abstinencias cuaresmales. Tabaco y azúcar se contradicen en lo económico y en lo social, aun cuando los moralistas rígidos también se han

preocupado un tanto de ellos a lo largo de su historia, mirando con iracundia al uno y con benevolencia a la otra. Pero, además, el contrastante paralelismo del tabaco y el azúcar es tan curioso, al igual que el de los personajes del diálogo tramado por el arcipreste, que va más allá de las perspectivas meramente sociales para alcanzar los horizontes de la poesía, y quizás un vate quisiera versarnos en décimas populares la *Pelea de don Tabaco y doña Azúcar*. Al fin, siempre fue muy propio de las ingenuas musas del pueblo, en poesía, música, danza, canción y teatro, ese género dialogístico que lleva hasta el arte la dramática dialéctica de la vida. Recordemos en Cuba sus manifestaciones más floridas en las preces antifonarias de las liturgias, así de blancos como de negros, en la controversia erótica y danzaría de la rumba y en los contrapunteos versificados de la guajirada montuna y de la currencia afrocubana.

Un romance castizo a lo añejo o unas vernáculas décimas guajiras o acurradas, que tuvieron por personajes contradictores al varonil tabaco y a la femenina azúcar, podrían servir de buena enseñanza popular en escuelas y canturrias, porque en el estudio de los fenómenos económicos y sus repercusiones sociales, pocas lecciones han de ser más elocuentes que las ofrecidas en nuestra tierra por el azúcar y el tabaco en sus notorias contraposiciones.

El contraste entre el tabaco y el azúcar se da desde que ambos se juntan en la mente de los descubridores de Cuba. Cuando, a comienzos del siglo XVI, ocurrió la conquista del país por los castellanos que trajeron al Nuevo Mundo la civilización europea, ya la mente de estos invasores era impresionada fuertemente por dos yerbas gigantes. A la una, los mercaderes venidos del otro lado del océano la contaban ya entre las más fuertes tentaciones de su codicia; a la otra, ellos la tuvieron como el más sorprendente hallazgo del descubrimiento y como peligrosa tentación de los diablos, quienes por tan inaudita yerba les excitaban sus sentidos como un nuevo alcohol, su inteligencia como un nuevo misterio y su voluntad como un nuevo pecado.

De la producción agraria e industrial de esas yerbas prodigiosas saldrían los intereses económicos que los mercaderes extranjeros habrían de torcer y trenzar durante siglos en nuestra patria para ser hilos de su historia, motivos de sus personajes y a la vez sostenes y ataduras de su pueblo. Tales son la yerba del tabaco y la yerba del azúcar. El tabaco y el azúcar son los personajes más importantes de la historia de Cuba.

Azúcar y tabaco son productos vegetales del mismo país y del mismo clima; pero su distinción biológica es tal que provoca radicales diferencias económicas en cuanto al suelo requerido, a los procesos de cultivo, a los del aprovechamiento fabril y a los de la distribución comercial. Y las sorprendentes diferencias

entre ambas producciones se reflejan en la historia del pueblo cubano desde su misma formación étnica hasta su contextura social, sus peripecias políticas y sus relaciones internacionales. (Véase el Capítulo adicional I.)

Lo más expresivo de nuestra historia económica es en realidad ese contraste multiforme y persistente entre las dos producciones que han sido y son las más características de Cuba, fuera de la breve y transitoria época de comienzos del siglo XVI, cuando imperaban la minería aurívora de los conquistadores y los yucales y hatos pecuarios para producir los casabes y tasajos con que se avituallaban las expediciones de los adelantados. Así en lo interno como en lo externo, estudiar la historia de Cuba es en lo fundamental estudiar la historia del azúcar y del tabaco como sistemas viscerales de su economía.

Y aun para la historia universal de los fenómenos económicos y de sus reflejos sociales, pocas lecciones habrá más fecundas que las del azúcar y del tabaco en Cuba. Por la claridad con que a través de ellas se pueden apreciar las causas económicas y los efectos sociales, y porque en pocos pueblos se habrá dado como en el nuestro esa maravillosa e infrecuente coordinación de vicisitudes históricas, y ese contraste radical, ese paralelismo constante entre dos órdenes simultáneos de fenómenos económicos, los cuales manifiestan a lo largo de su desarrollo caracteres y efectos muy antitéticos, como si por un profesor sobrenatural fueran dispuestos adrede en el laboratorio geográfico de Cuba para dar las más patentes demostraciones de la trascendencia de la economía básica de un pueblo en su incesante devenir.

El planteamiento y la divulgación de este profundísimo contraste que existe entre el azúcar y el tabaco, desde su misma naturaleza hasta sus derivaciones sociales, pueden brindar alguna nueva sugestión para el estudio económico de Cuba y de sus peculiaridades históricas. Aparte de ofrecer algunos curiosos y originales fenómenos de transculturación, de esos que son de tanto interés como actualidad en la ciencia sociológica contemporánea. (Véase el Capítulo adicional II.)

Tabaco y azúcar son ambos productos del reino vegetal que se cultivan, se elaboran, se mercan y al fin se consumen con gran deleite en bocas humanas.

Además, en la producción tabacalera y en la azucarera pueden advertirse los mismos cuatro elementos: *tierra, máquina, trabajo y dinero*, cuyas variantes combinaciones constituyen su historia. Pero, desde su germen en la entraña de la tierra hasta su muerte por el consumo humano, tabaco y azúcar se conducen casi siempre de modo antitético.

La caña de azúcar y el tabaco son todo contraste. Diríase que una rivalidad los anima y separa desde sus cunas. Una es planta gramínea y el otro es planta solanácea. La una brota de retoño, el otro de simiente; aquélla, de grandes trozos de tallo con nudos que se enraizan y éste, de minúsculas semillas que germinan. La una tiene su riqueza en el tallo y no en sus hojas, las cuales se arrojan; el otro vale por su follaje, no por su tallo, que se desprecia. La caña de azúcar vive en el campo largos años, la mata de tabaco sólo breves meses. Aquélla busca la luz, éste la sombra; día y noche, sol y luna. Aquélla ama la lluvia caída del cielo; éste el ardor nacido de la tierra. A los canutos de la caña se les saca el zumo para el provecho; a las hojas del tabaco se les seca el jugo porque estorba. El azúcar llega a su destino humano por el agua que la derrite, hecha un jarabe; el tabaco llega a él por el fuego que lo volatiliza, convertido en humo. Blanca es la una, moreno el otro. Dulce y sin olor es el azúcar; amargo y con aroma es el tabaco. ¡Contraste siempre! Alimento y veneno, despertar y adormecer, energía y ensueño, placer de la carne y deleite del espíritu, sensualidad e ideación, apetito que se satisface e ilusión que se esfuma, calorías de vida y humaredas de fantasía, indistinción vulgarota y anónima desde la cuna e individualidad aristocrática y de marca en todo el mundo, medicina y magia, realidad y engaño, virtud y vicio. El azúcar es *ella*; el tabaco es *él*... La caña fue obra de los dioses, el tabaco lo fue de los demonios; ella es hija de Apolo, él es engendro de Proserpina...

Para la economía cubana, también profundos contrastes en los cultivos, en la elaboración, en la humanidad. Cuidado mimoso en el tabaco y abandono confiante en el azúcar; faena continua en uno y labor intermitente en la otra; cultivo de intensidad y cultivo de extensión; trabajo de pocos y tarea de muchos; inmigración de blancos y trata de negros; libertad y esclavitud; artesanía y peonaje; manos y brazos; hombres y máquinas; finura y tosquedad. En el cultivo: el tabaco trae el veguerío y el azúcar crea el latifundio. En la industria: el tabaco es de la ciudad y el azúcar es del campo. En el comercio: para nuestro tabaco todo el mundo por mercado, y para nuestra azúcar un solo mercado en el mundo. Centripetismo y centrifugación. Cubanidad y extranjería. Soberanía y coloniaje. Alta corona y humilde saco.

4 La mata del tabaco y la caña del azúcar son dos yerbas gigantes, dos vegetales igualmente cultivables en Cuba, ambos con insuperable adaptación climática y ecológica al país. El territorio de Cuba en sus diversas zonas tiene las mejores tierras para los cultivos de ambas plantas. Y lo mismo ocurre con el clima al combinarse con la química del suelo.

Comoquiera que todos los azúcares son iguales, hay que referir las peculiaridades cubanas para el azúcar. El clima cañero es el determinado por las líneas isotérmicas de 60° más que por la simple referencia intertropical. Puede decirse, en términos generales, que la amplia zona azucarera del mundo se da entre los 22° de latitud Norte, como a la altura de La Habana, y los 22° de latitud Sur, por la de Río de Janeiro. Todas las Antillas están en esa faja geográfica; pero Cuba, por su posición al borde septentrional de aquélla y por su aprovechamiento de los vecinos fríos invernales, ofrece mejores ventajas que las otras islas. En ninguna otra parte del mundo el sol, la tierra y las brisas trabajan más de consuno para hacer azúcar en esos pequeños ingenios naturales que son los canutos de las cañas. La estación cálida y lluviosa es muy favorable al rápido crecimiento de la caña y en Cuba hay mucha lluvia. Si "la caña prepara su azúcar con el sudor de sus hojas", como decía Álvaro Reynoso, digamos que las lluvias torrenciales son las que traen a la caña el tesoro de calorías con que la regala su padre, el sol. Cuando éste se enfurece y mengua la lluvia, la caña queda raquítica y empobrecida. Por otra parte, la suave estación invernal, sin heladas pero con rachas frías, apura la cristalización de las sacarosas y asegura en Cuba el ritmo de la vegetación para las cañas, el de su crecimiento y de su madurez. La naturaleza en Cuba ha dado a la caña de azúcar un perfecto ciclo anual para su cultivo y beneficio, el cual constituye un verdadero privilegio cubano.

Para el tabaco cubano, siendo éste el mejor del mundo, no hay por qué analizar las ventajas del suelo y del clima; basta señalar la excelencia de la planta para inferir la de sus medios naturales de producción. Del tabaco habano cantó Narciso Foxá, un buen poeta, diciendo que es:

Don especial a Cuba concedido.

La caña de azúcar y la mata de tabaco son yerbas típicamente tropicales, esquivas al frío con ardores de lujuria, abandonadas al desarrollo pródigo en tallos y hojas, gustosas de "irse en vicio"; como dice el guajiro. Precisamente en su "vicio" está su valor humano. Viciosas para disfrute del hombre, pero sin entregarle, como hacen otras plantas subyugadas, la potencia de su reproducción.

La caña y el tabaco no concentran toda su riqueza en espigas y mazorcas, como el trigo y el maíz, empenachados como conquistadores afanosos de linaje. Ni como la yuca o la papa, humildes terruñeras, que ocultan su riqueza bajo tierra como en botijas avaras. Pero para la planta de trigo, de maíz, de yuca o de papa, su consumo humano es su destrucción definitiva. Cada una de esas plantas, al dar su provecho al hombre, le da también su vida y su posteridad. Si el hombre quiere que se reproduzca la planta que ahora expolia, para que le dé utili-

dades futuras tiene que renunciar forzosamente a parte de sus beneficios, tiene que ahorrar unos granos de la espiga o de la mazorca, unos trozos del cangre o unas tuberosidades de las raíces, y sólo por ellas el milagro creador podrá repetirse en el porvenir. No sucederá así con la caña de azúcar ni con la mata de tabaco, las cuales, mucho más generosas, en cada planta aseguran para el hombre, a la vez que todo el provecho, su ilimitada continuidad.

La caña y el tabaco portan su apetecida riqueza consigo de tal manera que pueden ofrendarla como presente sin privarse de ninguna de las raíces y semillas que son las que habrán de perpetuar la posibilidad de sus favores. La caña, después de dar su jugoso tronco a la industria sin desperdiciar uno solo de sus atesorados canutos, seguirá retoñando de su misma fecunda cepa y reproduciendo sus ricos tallos, año tras año, mientras la ayuden la tierra y el sol. El tabaco, después de dar cada mata su aromático follaje al cosechero sin perder ni una sola hoja, le ofrecerá también la miriada de sus semillas para asegurar la repetición de sus dones el año venidero. La diferencia entre ambas plantas estará en que la caña rebrotará de lo hondo por sus mismas raíces, mientras el tabaco renacerá por las simientes que él brinda en lo más alto de su ser. (Capítulo adicional III.)

El tabaco nace, el azúcar se hace. El tabaco nace puro, como puro se fabrica y puro se fuma; para lograr la sacarosa, que es el azúcar puro, hay que recorrer un largo ciclo de complicadas operaciones fisicoquímicas, sólo para eliminar impurezas de jugos, bagazos, cachazas, defecaciones y enturbiamientos de la polarización.

El tabaco es oscuro, de negro a mulato; el azúcar es clara, de mulata a blanca. El tabaco no cambia de color, nace moreno y muere con el color de su raza. El azúcar cambia de coloración, nace parda y se blanquea; es almibarada mulata que siendo prieta se abandona a la sabrosura popular y luego se encascarilla y refina para pasar por blanca, correr por todo el mundo, llegar a todas las bocas y ser pagada mejor, subiendo a las categorías dominantes de la escala social.

“En una misma caja no hay dos tabacos iguales; cada tabaco puro sabe distinto”, suelen decir los fumadores expertos; mientras todos los azúcares puros tienen idéntico sabor.

6 El azúcar no huele; el tabaco vale por su olor y ofrece al olfato una infinidad de perfumes, desde el aroma exquisito del cigarro puro habano, que produce embriaguez olfativa, hasta las apestosas tagarminas de las tabacaleras foráneas, que prueban hasta dónde pueden envilecerse las aberraciones del gusto humano.

Diríase que hasta para el tacto y la vista tiene el tabaco satisfacciones. ¿No pasa el fumador su mano, como en caricia, sobre las opulentas “brevas” o “regalías” de una recién abierta caja de habanos? ¿Acaso el cigarro y el cigarrillo no son para el fumador que los manosea y entretiene con delicadeza en sus dedos y labios, una catarsis de sus tensiones nerviosas? ¿Y qué se dirá del tabaco que se masca o del que se toma en polvo? ¿No producen placeres táctiles a sus gustadores? Y para la vista, ¿no es a veces el cigarro que se fuma por el mozaibete un símbolo gozado de su anticipada hombría? Y ¿qué es el tabaco en ocasiones si no un signo jerárquico de clase, por la ostentación de una categoría suprema de marca y vitola? A veces nada menos que una “corona de corona”. Además, los poetas fumadores han cantado el éxtasis contemplativo que experimentan siguiendo con la vista y la fantasía el humo azuloso que sube, como si el tabaco, al morir por el fuego como un endemoniado, su espíritu, ya purificado y libre, ascendiera al cielo escribiendo con hieráticos signos de nube inefables promesas de redención.

Mientras el azúcar tienta a uno sólo de los sentidos, el del gusto, el tabaco no sólo se saborea con agrado: también se huele, se palpa y se mira. Salvo para el oído, el tabaco provoca estímulos y placeres por todas las vías sensoriales.

Del azúcar se asimila todo, del tabaco mucho se exhala. El azúcar va glotonamente paladar abajo hasta las profundidades de las entrañas digestivas para dar vigores a la fuerza muscular; el tabaco va picarescamente paladar arriba hasta los meandros craneales en busca del pensamiento. *Ex fumo dare lucem*. No en vano el tabaco se condenó por satánico, por muy peligroso y pecador.

El tabaco es innecesario para el ser humano y el azúcar es indispensable para su organismo. Sin embargo, el superfluo tabaco llega a motivar un vicio que atormenta si no se satisface, y el necesario azúcar se resigna con menor dificultad a eludir su presencia.

El tabaco contiene un tóxico: la *nicotina* (Capítulo adicional IV); el azúcar porta nutrimentos: los carbohidratos. El tabaco envenena, el azúcar sostiene. La nicotina excita la mentalidad, inspirándola diabólicamente; el exceso de glucosa en la sangre alela el cerebro y hasta provoca el embrutecimiento. Ya sólo por esto sería el tabaco un liberal reformista y el azúcar un retardatorio conservador, pues bien se dijo hace un siglo en Inglaterra que los *whigs* son casi demonios y los *tories* son casi imbéciles.

El tabaco es una planta medicinal; así fue considerada por los indios como por los europeos. El tabaco es narcótico, emético y antiparasitario. Su principio activo, la nicotina, se usa como

antitetánico, contra la parálisis de la vejiga y también como insecticida. Antaño fue empleado para los más extravagantes remedios, según el padre Cobo "para curar infinitas enfermedades, aplicado en hoja verde y seca; en polvo, en humo, en cocimiento y de otras maneras". (Capítulo adicional V.) El folklore cubano aún conserva algunos de esos remedios en la curandería casera. El rapé se usó hasta como dentífrico. Con ese destino, a comienzos del siglo XIX, en La Habana se fabricaba y exportaba para Inglaterra un rapé de muy acre sabor, denominado *Peñalvar*, compuesto de polvos de tabaco y de cierta tierra rojiza. En todo tiempo la virtud más encomiada del tabaco fue la de ser sedativo, y se tuvo como una medicina del ánimo. Por esto, si antaño se ahumaban ritualmente con tabacos los ídolos salvajes en las cavernas para aplacarles sus furias por el incienso de la adulación, hogaño se sahuma con tabaco el espíritu propio en el antro del cráneo para calmarle sus congojas y avivarle sus ilusiones.

También el azúcar es medicinal y hasta elemento constitutivo de nuestro organismo fisiológico, llegándose a determinar dolencias mortales así por su carencia como por su exceso en nuestra vida orgánica. Por esto y por su escasez, el azúcar y el tabaco se vendían hace siglos en las tiendas de los boticarios. Pero a pesar de su vieja camaradería en la farmacopea, el tabaco y el azúcar fueron siempre apartados. El tabaco tuvo un vicio de origen para los moralistas y fue por ellos maldecido y condenado por los reyes, tanto como exaltado por los médicos.

El tabaco es, sin duda, maligno; de esa familia peligrosa y prolífica de las solanáceas. Ya por el viejo mundo eurásico las solanáceas inspiraban terrores, torturas, visiones y fantasías. La mandrágora producía locuras, ensueños y afrodisíacos. La atropa dio su nombre a una de las Parcas. La belladona daba pecaminosas y negras profundidades de infierno a las pupilas de las hermosas. El beleño era el veneno narcótico de la literatura clásica. Las varias dativas proporcionaban alcaloides, que los indios del Asia, como también los de América, empleaban en sus ritos, magias y crímenes. En este Nuevo Mundo esa familia de plantas malditas se regenera. Si la dativa todavía aquí enajena diabólicamente, inspirando los delirios místicos aztecas, quichuas, zuñis, algonquines y otros indígenas, ya América pagó con creces su deuda de pecado, regalando a la humanidad otras plantas, también solanáceas pero honradas y suculentas, como la papa, que hoy se cosecha por el trigo del pan; el tomate, la "manzana de amor" de los franceses, cuyo jugo es como el vino revitalizador de hoy día; y el pimiento, rey de las especias, que por todo el orbe lleva al condimento de los manjares el ardiente y vitamínico estímulo del sol tropical de América.

Pero además de esas plantas ejemplares, de frutos nutritivos, caseros y conservadores, las solanáceas de América echaron

por el mundo al picarón de la familia, al tabaco, sin fruto ni comida, torcido y con humos, vago y sin otro oficio que el de tentar a los espíritus. Bien se dieron cuenta los moralistas de Europa de la malicia de aquel irresistible tentador indiano. Quevedo decía en España que "había hecho más mal con meter acá los polvos y el humo que el Rey Católico a Colón y a Cortés". Pero fue aquella la edad picaresca y nada se logró para atajar al indianejo tabaco, que, como el Diablo Cojuelo, se fue corriendo por el mundo porque en todo él encontró ansia de ilusiones y tolerancia de picardías.

El tabaco llegó en Europa a las peores vilezas, a ser cómplice delincuente; a ser criminal. En el siglo XVIII fue general el temor de ser envenenado mediante polvos ponzoñosos mezclados con el rapé.

Rapé perfumado era a veces el recipiente del veneno —dice el cronista del tabaco Fairholt—. En 1712 el duque de Noailles presentó a la delfina de Francia una caja de rapé español, regalo que la complació en extremo. El rapé estaba cargado de veneno, y a los cinco días de estarlo inhalando, murió la delfina, quejándose de un agudo dolor en las sienas. Esto produjo gran excitación y grandes temores de aceptar un polvillo, por una parte, y de ofrecerlo, por otra. Fue creencia que dicho rapé envenenado era usado en España por emisarios españoles para deshacerse de oponentes políticos, y que igualmente lo usaban los jesuitas para empozoñar a sus enemigos. De ahí que se le llamara *rapé de los jesuitas*. Por mucho tiempo persistió el temor.

En 1851 el tabaco fue asesino. El conde de Bocarme fue ejecutado en Mons por envenenar a un cuñado valiéndose de la nicotina, que del tabaco fue expresamente extraída.

Como para aumentar la malignidad del tabaco ahí está ese virus o ultravirus especial que, cobijándose en su planta, le produce la terrible enfermedad llamada *mosaico*. También en la caña de azúcar se da un mosaico; pero el del tabaco es debido al primero de los virus filtrables, no tan sólo por haber sido descubierto antes que los otros, en 1857, sino por ser el más infeccioso de todos ellos. Resiste como un demonio al éter, al cloroformo, a la acetona y a otros enemigos semejantes sin perder su infectividad. Tiene algo diabólico ese virus del mosaico del tabaco. Sus procedimientos parecen sobrenaturales. Aún no se sabe si es molécula viva, por donde comienza la escala de la vida, o si es tan sólo una macromolécula de proteína cristalizada. Como si tuviera una doble personalidad, el virus es inerte como el agua destilada, inofensivo como un ángel mientras no conoce al tabaco; pero apenas penetra en éste se torna vivaz y maligno como la *peor ponzoña*, como el diablejo rezoón en una sacristía. Diríase que es en la esencia del tabaco

donde el virus encuentra esa malignidad que abigarra a la planta, vistiéndola como máscara de *diablito* o arlequin. Apenas una partícula infinitesimal del satánico virus se comunique con el protoplasma del tabaco, se despertará su malicia, inficionará toda la planta sana y se reproducirá por millones incontables, quedando en pocos días infecta y destruida por la virosis toda una cosecha. Como si las virulencias del tabaco fuesen las más terribles, los indios al dormir en parajes de alimañas venenosas solían poner tabaco cerca de sí, para defenderse de ellas; pues, como decía el padre Cobo, "tiene gran enemistad contra las fieras y sabandijas ponzoñosas", y las ahuyenta como un conjuro.

Ahora, a la malignidad tradicional del tabaco se le está atribuyendo otra mucho más cruel: la de poder causar el cáncer por medio de los alquitranes que de él son extraídos. Un médico argentino (el doctor Ángel H. Roffo) untó esos alquitranes en la piel de unos conejillos y como consecuencia se produjo el cáncer "en todos los casos". No fue así con los alquitranes destilados del tabaco habano, pero aun con éstos se provocó el cáncer en la mitad de los experimentos.

Por otra parte, los científicos siguen estudiando la posibilidad de que el cáncer sea producido por un ultravirus, o sea, por una de esas proteínas-virus que, aun siendo complejos químicos, se conducen con actividad vital, multiplicándose en contacto con ciertos organismos vivos, regenerándose y muriendo como seres vivientes. Un sabio (el doctor W. W. Stanley), que tiene su fama por haber aislado algunos virus en forma cristalina, cree que, sean o no causa del cáncer los virus ultramicroscópicos, ellos son la clave de las irritaciones en los tejidos y en ellos hay que buscar los factores directivos del proceso vital en todas las células, normales o cancerosas. Lo enigmático de esta horrible dolencia, que parece consistir en un desordenado rebrotar de células vivas fuera de los hereditarios ritmos estructurales, y lo no menos enigmático de ese ultravirus del mosaico tabaquero, que también se muestra como la inopinada revitalización de unas moléculas que de pronto pierden su inercia, se animan con el tabaco y se reproducen y proliferan hasta lo inverosímil llevando los gérmenes de la vida, hacen que en la naturaleza del tabaco se tenga un nuevo misterio. ¿Habrán un algo esencial en el tabaco que sea el supremo estimulador de la vida, capaz de hacer que las células proliferen locamente y que las moléculas inertes adquieran el don vital de la reproductividad, así como con su humo los espíritus extenuados o mortecinos se reaniman para seguir viviendo con reganada plenitud? (Capítulo adicional VI.)

En el tabaco hay siempre algo de misterio y sacralidad. El tabaco es cosa de gente grande, responsable ante la sociedad y los dioses. Fumar el primer tabaco, aun cuando sea a hurtadi-

llas de los padres, es como un rito de *passage*, el rito tribal de iniciación a la plenitud cívica de la varonía, como una prueba viril de fortaleza y dominio antes las amarguras de la vida, sus candentes tentaciones y el humo de sus ensueños. Los indios jíbaros de Suramérica usan precisamente el tabaco en su fiesta Kusupani, celebrada para la iniciación de los jóvenes en la edad viril. Entre ciertos indios de América, como los jíbaros, y algunos negros de África, como los bantú, el espíritu del tabaco es masculino y tan sólo los hombres pueden cultivar la planta y prepararla para los ritos. El azúcar, en cambio, no es cosa de hombres sino de niños en su más inconsciente puericia, algo que se da por la madre a sus hijitos apenas paladean, como un simbólico augurio de dulzura para su existir. "Con azúcar o miel todo sabe bien", rezaba un viejo refrán.

El tabaco tuvo siempre arrogancia; fue gala de conquistadores de Indias, luego camarada de navegantes en sus travesías del mar, de soldados veteranos en remotas guerras, de indios enriquecidos, de magnates infatuados, de negociantes opulentos, y llegó a ser estímulo y signo de todo hombre capaz de comprarse un goce individual y ostentarlo retadoramente contra los convencionalismos sofrenadores del placer.

En el torcido, el fuego y las humosas volutas del tabaco hubo siempre algo de revolucionario, algo de retorcimiento bajo la opresión, de ardimiento destructor y de elevación liberadora en el azul de las ilusiones. Por esto el recíproco ofrecimiento del tabaco es un fraterno rito de paz, como el juramentado cruce de sangre entre salvajes amigos o el de las salvas de artillería entre buques de guerra. En el instante de encontrarse por vez primera Europa con América, ésta le ofreció tabaco en señal de amistad. Cuando Cristóbal Colón, el día 12 de octubre de 1492, pisó primero la tierra americana en Guanahaní, los indios de esta isla lo saludaron con un rito ofertorio, brindándole tabaco: "Unas hojas secas que debe ser cosa muy apreciada entre ellos porque ya me trajeron en San Salvador dellas en presente." Dar unas hojas de tabaco o un cigarro que fumar era un gesto de paz y de amistad entre los indios de Guanahaní, entre los taínos y entre algunos más del continente, tal como se acostumbra hoy día entre los blancos de las naciones civilizadas. Fumar en la misma pipa, aspirar el rapé de una misma tabaquera, brindarse mutuamente cigarros, son ritos de amistad y comunión como beber de un mismo vino o partir un mismo pan. Así es entre indios de América, blancos de Europa y negros de África.

El tabaco es cosa hombruna: Sus hojas son vellosas, como trabajadas y oscurecidas al sol, y su color es el de la suciedad. El cigarro, torcido y envuelto en su capa o picado y humando en la pipa, es siempre fanfarrón y majadero, como un jajo! de insulto y desafío que surge erecto de la boca. Por excepción fumaron antaño sus tabacos vegueros las mujeres campesinas

de Cuba, que compartían con sus hombres los placeres y labores de la vida rústica, y no pocas que en las ciudades conservaban con cierta reserva doméstica las costumbres rurales. Y era entonces muy corriente entre las mujeres criollas de los países tabacaleros. También fumaron tabaco por toda Europa ciertas tonudas y voluntariosas señoras aristocráticas en sus intimidades libertinas. Por el año 1602 en Inglaterra ya hasta las damas fumaban en pipa. Y en Francia fumaban las hijas del Rey Sol, aun cuando Luis XIV repugnaba el tabaco. La costumbre se propagó, pero decayó más tarde, sólo quedaron fumando en pipa las campesinas de ciertos países. En las clases altas persistieron en fumar puros habanos algunas señoras, pero ello fue excentricidad muy comentada como rasgo varonil. Ahora en esta época que atenúa el dimorfismo social de los sexos, fuma la mujer quizás tanto como su rudo compañero. Pero, aún hoy día, ella se limita a fumar cigarrillos, que son los niños de los cigarros. embriones de masculinidad, muy envueltos con papeles finos y boquillitas de oro y hasta muy olorosos, dulzarrones y corrompidos como mancebos afeminados. Las mujeres que hoy fuman cigarrillos recuerdan a los abates enamoradizos del siglo XVIII, que aliñaban sus polvos de rapé con almizcle, ámbar, vinagrillos y otras fragancias extravagantes. No fuman ellas los cigarros puros, puros de sustancia y de nombre, tales como fueron creados por los indios cubanos, en su originaria simpleza, en su natural desnudez y sin las mixtificaciones, mejunjes, envolturas, perfumes y afeites de una civilización estragada. El cigarrillo ha sido y es arma sutil y agilísima de la esgrima amorosa, como antaño el abanico, el impertinente, la sombrilla y el pañuelo. A mediados del siglo pasado se escribía que "siguiendo la costumbre de todas las criollas de las colonias americanas, les gusta el fumar y ofrecen el cigarrillo en las visitas. Tiene el cigarro entre ambos sexos su lenguaje de cortesía y de favor. En una mujer, por ejemplo, es un acto de política el encender el cigarro y ponerse en la boca". (A. D'Orbigny y J. B. Eyries: *Viaje pintoresco a las dos Américas, Asia y África*. Barcelona, 1842, t. I, p. 64.) Este ademán de audaz cortesía era una estocada a fondo hasta el corazón si no era parada a tiempo con dureza de broquel. Hoy día el juego del cigarrillo no cuenta en sus suertes eróticas con tan formidable golpe, y aquél es *flirt*, más floreo ingenioso de pasatiempo que arte serio de valentía.

El tabaco puro se fuma con "los cinco sentidos" y con meditación, que es el hervor de las sensaciones al trocarse en fuerza de pensamiento y humo de ideales; pero el cigarrillo se fuma "sin sentir", es más bien un hábito acomodaticio, que la mujer traduce en moda y frívola coquetería.

Si tabaco es varón, azúcar es hembra. Las hojas de sus cañas son lampiñas y, aun cuando tostadas al sol, son siempre claras; todo el proceso azucarero es un continuo aderezo y aseo

para limpiar el azúcar y ganarle la albura. El azúcar ha sido siempre más golosina de mujeres que apetencia de hombres. Éstos suelen desdeñar lo azucarado, como tentación indecorosa, por la aparente feminidad de toda dulcedumbre. Pero es verdad que si en el tabaco las mujeres se aproximan a los hombres fumando los cigarrillos, que son los hijos del cigarro puro, los hombres a su vez se acercan a las mujeres en el consumo del azúcar, no saboreando dulces, almíbares ni confituras, sino tragando alcoholes, que son los hijos de los azúcares despreciados.

En el azúcar no hay rebeldía ni desafío, ni resquemor insatisfecho, ni suspicacia cavilosa, sino goce humilde, callado, tranquilo y aquietador. El tabaco es audacia soñadora e individualista hasta la anarquía. El azúcar es prudencia pragmática y socialmente integrativa. El tabaco es atrevido como una blasfemia; el azúcar es humilde como una oración. Debió de fumar tabacos el burlador don Juan, y de chupar alfeñiques la monjita doña Inés. También saborearía su pipa Fausto, el inconforme sabio, y sus grajeas Margarita, la dulce devota.

Los caracterólogos hallarán en el azúcar a un *picnico*; en el tabaco a un *leptosoma*. Si el azúcar fue apetencia de Sancho, el villano glotón, el tabaco pudo serlo de don Quijote, el hidalgo soñador. Fue muy pobre Sancho para hartarse de azúcar; fue muy caro el tabaco para llegar a tiempo a La Mancha y poder deleitar a su empobrecido caballero; pero es verosímil pensar que el uno se habría dado hartazgo de pasteles y que el otro habría visto fantasmas y endriagos en las bocanadas del fumar. Y si don Quijote hubiese topado con un fumador echando humo, habría tenido la más endemoniada de sus aventuras, como cuentan que la corrió en 1493 uno de los descubridores del tabaco, cuando al fumar uno de Cuba en su casa de Ayamonte fue tomado por un poseso del diablo y perseguido por los familiares de la Santa Inquisición, intolerantes de otros humos que no fueran los del incienso, los de las hogueras y los de su entonces empinadísimo ministerio.

Los psicólogos pensarán que el azúcar tiene alma objetiva, actualista y extraversa y que la del tabaco es subjetiva, ultraísta e intraversa. Quizás Nietzsche pensó que el azúcar es dionisiaca y el tabaco apolíneo. Aquélla es madre de alcoholes que dan la sacra euforia. En los humosos espirales del tabaco hay ilusivas bellezas e inspiraciones de poema. Quizás el viejo Freud llegó a pensar si el azúcar es narcísico y el tabaco erótico. Si la vida es una elipse con sus dos focos en el vientre y el sexo, el azúcar es comida y subsistencia y el tabaco es amor y reproducción.

Por su cuna, azúcar y tabaco fueron igualmente paganos y lo son todavía por su sensualidad. En ambos la paganía es remota aun cuando no los conocieron los antiguos dioses y pueblos

del Mediterráneo, que tomaron vino y pan en sus orgías, misterios y comuniones. Jehová prometió a su pueblo escogido una tierra de leche y miel, no de tabaco y azúcar. No conocieron azúcar ni tabaco los hebreos. Ni Jesucristo y los Apóstoles, ni los fieles cristianos. Éstos aprendieron de los árabes el gusto del azúcar en las cruzadas a Jerusalén, en las islas mulsumanas de Chipre y Sicilia, en la morisca huerta valenciana o en la moruna vega granadina. La Edad Media de los pueblos blancos no conoció el tabaco, pero sí el azúcar. El Arcipreste de Hita pudo hartarse de golosinas azucaradas. Por el siglo XIV ya él escribía (*Libro de Buen Amor*, estrofa 1337):

*Sabed que tod' açucar ally anda baldonado:
Polvo, terrón e candy e mucho del rrosado,
Açucar de confites e mucho del violado
De muchas otras guisas, que ya he olvidado.*

Pero el travieso eclesiástico no supo del tabaco ni del fumar.

Los cristianos descubrieron el tabaco entre los indios del Nuevo Mundo, primero en Cuba, luego en las demás Antillas y en las tierras de Costa Firme. (Capítulo adicional VII.) Ya en las postrimerías del siglo XV, al abrirse la Edad Moderna, ¿no comenzó ésta con el descubrimiento de un Nuevo Mundo por los blancos de Europa?

Tal parece que el tabaco vivió oculto, ejercitando sus potencias en la selva de un mundo ignoto, hasta que la civilización estuvo preparada para recibir sus estimulaciones con la llegada del renacimiento y del racionalismo. (Capítulo adicional VIII.)

El tabaco es "la planta amable que da el humo, compañero del hombre", dijo el cubano José Martí. Y ya con su compañía constante de todas horas, hasta en las solitarias y nocturnas, las horas de las misteriosas fecundaciones humanas, el hombre halló en él consuelo del ánimo, impulso del pensamiento y escala de la inspiración. Para Martí el tabaco fue en la historia "consuelo de meditabundos y deleite de soñadores arquitectos del aire". América sorprendió a Europa con el tabaco, ingenio que fabricaba castillos en el aire, y el siglo XVI fue la época de las *utopías*, de las ciudades de humo.

El humo del tabaco esparció por el Mundo Viejo el hálito de un nuevo espíritu, meditador, crítico y rebelde. Al fin, los humos de los tabacos indianos pudieron más con avivar las mentes pensadoras que los humos de las hogueras inquisitoriales con perseguirlas sin piedad.

Azúcar y tabaco fueron hijos de las Indias; pero aquélla nació en las de Oriente, éste en las Occidentales. La una tuvo su nombre del sánscrito, el otro conserva todavía su nativo nombre salvaje. Creían en las Indias de allende que el azúcar les vino, como regalo de los dioses, con el rocío de los cielos, para sus-

tancia nutritiva de goces de la carne, que luego baja a la tierra y en ésta queda absorbida tras la desintegración pútrida de la materia. Creían en las Indias de aquende que el tabaco surgía del suelo por el espíritu de las cavernas y, quemándose en boca humana, se disipaba en trances inefables, elevando su esencia volátil como un mensaje a los dioses sidéreos.

No obstante que ambos frutos vinieron de pueblos infieles, el azúcar jamás fue maldecida y sí saboreada siempre como ambrosía; y el tabaco fue reputado como arte infernal y perseguido sanudamente hasta con la excomunión y la horca. Bien lo saben los diablos, quienes para engañar a los ingenuos pusieron a menudo en su tabaco algo de sabor azucarado y de exótico perfume. Vainillas, mostazas, anises, alcaraveas y hasta melados de caña dulce, que era disfrazar la diablura del tabaco con capa santa de dulzor. Sobre todo en aquellos tabacos inferiores, de escasa potencia tentadora, que todos rechazarían por reconocidamente "infernales" si no se disimularan con sabor gazmoño, suave y dulzaino, y con olor innatural que pueda ser tomado como de santidad. Así hicieron antaño los demonios para los fumadores noveles y remisos, con la rama torcida en cuerda para las pipas, con el polvo rapé para las narices; hoy lo hacen con los cigarritos para las mujeres. Perfumes de virtud, sabores de santimonia, perversiones movidas por el dinero o inspiradas por Plutón.

En el fumar de un tabaco hay una supervivencia de religión y magia: la de los *behiques* cubanos. Por el fuego lento que lo quema es como un rito expiatorio. Por el humo ascendente a los cielos parece evocación espiritual. Por el aroma, que encanta más que el incienso, es como un sahumero de purificación. La sucia y tenue ceniza final es una sugestión funeraria de penitencia tardía. Fumar un tabaco es elevar suspiros de humo a lo ignoto, anhelando un consuelo pasajero o una ilusión que, aunque huidiza, entretenga la espera. Por eso fue dicho que el tabaco es "el anodino de la pobreza" y enemigo de los sabores.

*Tome un poco de tabaco,
Se le quitará el enojo.*

Así hacía decir Lope de Vega a un personaje español, por él creado, en el acto III de *La mayor desgracia de Carlos V*. "A mal dar, tomar tabaco", dijo el caduco refrán, para expresar la calma esperanzada que baja al ser humano cuando el humo de su tabaco llega a lo alto. Es el tabaco, según cantó el poeta cubano Federico Milanés:

*La hoja aromosa que del hombre cura,
Resuelta en humo suave, el fosco hastío.*

Porque, como escribió George Sand: "Acalla el dolor y puebla la soledad de mil imágenes graciosas."

Hasta en la manera de encender el tabaco hay como una litúrgica iniciación del misterio; bien sea con el eslabón que golpea el pedernal para sacarle una chispa de candela, o con la cerilla de fósforos inflamable, cuya cabecita irritada estalla en fuego. Más cera han hecho gastar los demonios para las minúsculas cerillas que se inflaman en sus ritos del tabaco, que los dioses para los cirios que alumbran sus cultos en los altares. El maquinismo va extinguiendo ahora las centenarias tradiciones litúrgicas, introduciendo profanos mecheros de resortes para el fumador y luces eléctricas para el templo; pero aún sobrevive en ambos la oscilante llama de fuego que enciende, ilumina y quema como el espíritu. Nada de ritualidad se observa en el consumo del azúcar.

El azúcar es producto de obra humana, pero puede consumirlo una bestia; el tabaco es bruto y natural, pero destinado por Satanás al uso exclusivo del ser que se dice rey de la Creación, quizás por creerse la postrera de las criaturas y la única que puede pecar.

Alguien puede creer que, debido a ese trasunto diabólico del tabaco, los eclesiásticos no fueron dados a su goce ni a su granjería, aun cuando, naturalmente, no rechazaran los diezmos y primicias de los vegueríos cuando antaño se los recaudaban los diligentes diezmeros. Debe de haber habido clérigos dueños de vegas.

A mediados del siglo XIX escribió Fairholt que ciertos excelentes tabacos de La Habana destinados a la gente de Iglesia estaban fabricados por frailes. Así los hacían ellos en los conventos, como los soldados en sus cuarteles y los porteros en sus zaguanes, como una complementaria "busca" económica por medio del trabajo casero y "a ratos perdidos". Pero no sabemos que en Cuba los curas hayan tenido tabaquería ni fábricas de cigarrros entre sus muchos bienes terrenales, aun cuando sería imprudente negar su participación en tales negocios, y más aún en estos tiempos de recónditos anonimismos en las compañías mercantiles, los cuales permiten las cómodas y escondidas inversiones por medio de títulos al portador de las grandes empresas tabacaleras. Si los clérigos no tuvieron vegas no fue por espanto del diablo, ni puede decirse que fue por alejamiento de los mundales atractivos del comercio ni por repugnancia a tener esclavos y tratarlos al uso del país. Consta que desde los primeros tiempos del siglo XVI los clérigos tuvieron siempre por estas islas copia de negros esclavos a su servicio y para sus negocios, en ocasiones "más negros y granjerías que los seglares", según decían en 1530 los licenciados Espinosa y Zuazo, quejándose de ello al rey. Y no hay duda de que hubo clérigos colonos de caña y hasta hacendados de plantaciones, abiertamente y sin

rebozo, pues varios ingenios azucareros tuvieron aquí los jesuitas, con sendas dotaciones de negros esclavos, arreados a toque de campana y a cuerazos de mayoral. De todos modos, los clérigos pronto se reconciliaron con el tabaco y hasta las fábricas habaneras hicieron exquisitos puros habanos especialmente destinados a la gente de Iglesia, como también los torcieron para la Casa Real. (Capítulo adicional IX.)

Si al propagarse los azúcares éstos pudieron ser en todas partes equivalentes en dulzor, nunca pudo darse por el mundo un tabaco con las excelencias del de Cuba, ni con la insuperable fama del puro habano. Por eso canta del tabaco, en forma de adivinanza, la copla popular de Andalucía:

*En La Habana fui nacido
Y en el mundo conocido.*

La azucarería alcanzó pronto la unanimidad genérica del producto por la identidad universal de los resultados industriales. Casi todas las plantas tienen azúcar, algunas en abundancia como las cañas, las remolachas y otras más; hay muchos países que las siembran, y varios procesos para extraerles sus jugos y de éstos sus cristales más o menos refinados; pero al final no hay más que un azúcar. Todas las sacarosas son iguales. Aun en el cañal (Capítulo adicional XI) cada especie de caña se reproduce invariablemente todos los años, no sólo por el retoño anual de las macollas de una misma cepa, sino por el recrecimiento de unas mismas cañas, al retoñar sus propios canutos si son soterrados en las resiembras. En tal producción de la caña no hay engendro, cruce genético ni variedad posible. Pero, de todos modos, cualesquiera que sean las variedades extractivas iniciales de las cañas, acaban siempre reduciéndose a la unidad de la sustancia producida.

En el tabaco la uniformidad nunca se tuvo ni se tendrá. Son pocas las variedades botánicas que tienen nicotina; pero aun dentro de cada variedad y aun en el mismo tabaco, cada vega, cada cosecha, cada planta, y cada hoja tiene su calidad singular. Y haciéndose la reproducción de las plantas de tabaco por medio de semillas, numerosísimas en toda mata, no es raro que en cada cosecha surjan variedades, hijas de los infinitos cruzamientos y mestizajes, de las selecciones que hacen los codiciosos cuidados del cosechero y de las misteriosas mutaciones y los caprichos cromosómicos de la naturaleza. Y cada hoja de tabaco es distinta de las otras, según los besos que le diera el sol. Uno de los mayores y más difíciles empeños de los vegueros y tabaqueros es mantener siempre en su acreditado tabaco la invariación de una buena calidad ya lograda. La variedad infinita y constante, espontánea o provocada, es el secreto de la tabacalería para su riqueza o para su ruina, según la estime el gusto del fumador. Nada de esto preocupa al sembrador ni

al moledor de cañas dulces, pues sabe que en definitiva todas las sacarosas son idénticas, masas amorfas, igualmente granuladas, sin clases ni distinción.

El sabor, el color y el olor del cigarro dependen no tan sólo de que sea hecho de verdadero tabaco, sino de que éste sea *habano* (el mejor del mundo); de la región que lo produjo (Vueltabajo, Semivuelta, Vueltarriba, Partidos, etcétera; si es de Cuba o de Virginia, de Java, de Sumatra, de Turquía, de Egipto... o de casa de los demonios), del año de su cosecha, del abono que se dio a la vega, de las condiciones de su cultivo, de sus fermentaciones, de su *pilón*, de sus escogidas, de su *enterciado*, de sus hojas, de su capa, de su tripa, de su *liga*, de su torcido, de su humedad, de su *vitola*, de su envase, de su transporte transmarino, de la manera de encenderlo y del modo de fumarlo; en fin, de todos y cada uno de los muchos pasos de su vida, desde la mata que da la hoja hasta el fumador que la reduce a cenizas y humo. Por esto en la industria tabacalera hay *escogedores* y *rezagadores*, que por el tacto, la vista, el olfato y el sabor van distinguiendo y seleccionando las hojas y los tabacos, como los catadores de vino hacen con los caldos fermentados de la vid. Para cualquiera de los productos tabaqueros se requiere una selección constante del tabaco empleado. En el tabaco, desde que se siembra en la vega hasta que se fuma, todo es una serie de incontables *escogidas* y *rezagos*. En el tabaco cubano sus condiciones geoquímicas se complementan con las agrícolas e industriales. El cultivo del tabaco es el más técnicamente cuidado que se hace en Cuba y es uno de los más difíciles del mundo. Desde que se siembran sus diminutas semillas hasta que se presenta el producto acabado en el mercado, la característica fundamental de todos los procesos, que llegan a alcanzar la cifra de *noventa y dos operaciones distintas*, es la selección. (García Galló: *El tabaquero cubano*, p. 32.)

Solamente por sus colores la nomenclatura cubana del tabaco para la fuma es tan abundosa como la de los antropólogos para las razas humanas. La coloración de las vitolas, como la de las mujeres, no es un simple problema de *brunettes* y *blondes* o de rubias y trigueñas. Así como el cubano distingue en las mujeres desde la negra retinta hasta la blanca dorada, con una larga serie de pigmentaciones intermedias y entremezcladas, y las clasifica a la vez según sus colores, atractivos y rangos sociales, así conoce también los tipos de los tabacos *claros*, *colorado-claros*, *colorados*, *colorado-maduros*, *maduros*, *ligeros*, *secos*, *medios-tiempos*, *finos*, *amarillos*, *manchados*, *quebrados*, *sentidos*, *brancos*, *puntillas* y otros más hasta los *botes* y *colas*, ya en la inferior "clase social" de los tabacos, que van solamente a las masas humildes de la picadura. "En Cuba la producción del tabaco fue de artesana maestría y aún lo es en buena parte, pese al maquinismo. Los *escogedores* de tabaco

tonalidades distintas de color! atendiendo al matiz que se refleja en el fondo de cada hoja de capa." (García Galló, ob. cit., p. 84.) No es de extrañar, pues, que por esos mundos haya tabacólogos tan atrevidos e interesados como ciertos raciólogos de estos tiempos, quienes, so pretexto de defender las condiciones del tabaco según los egoísmos y banderas de sus países, han creado razas, ligas, nombres y marcas de vitolas tan fantásticas y artificiales como las mitológicas razas inventadas por los racismos del día. Y ahora van de tal modo en aumento las razas de tabaco, así como sus mezclas y sus adulteraciones, que ya fuera de Cuba hay cigarros híbridos, de mestizajes inconfesables y hasta sin tabaco alguno, y el habano de abolengo tiene que renegar continuamente de las infinitas y abominables bastardías que le usurpan la legitimidad de su nombre puro.

Por tener todos los azúcares purificados un gusto igual, han de ser consumidos siempre con la adición de otras sustancias que les dan otros sabores. Nadie, sino los niños impetuosamente golosos, se atreve a comer azúcar solo. Los infelices hambrientos si se han contentado con ingerirlo diluido en agua; los libertadores mambises en la manigua a veces bebían *canchánchara* y los esclavos tomaban guarapo junto a los trapiches, como ahora los cubanos en miseria compran con un *kilito* un vaso de zumo de caña dulce para llenarse el vientre y apaciguar sus vitales apetitos. Cuando se masca en trozos la caña pelada y se le sorbe el jugo, ya en éste hay mezcla de sabores, como ocurre en el *melado* y en la burda *raspadura*. Desde que los árabes con su alquimia los traen a nuestra civilización occidental, ya el *alçurcar*, como aun se decía en reales cédulas sobre cosas de América, aparece empleado en *jarabes*, *almíbares*, *alfajores*, *alfandoques*, *alfeñiques*, *almojábanas* y *alcorzas*, siempre con sabores agregados.

El tabaco es altivo; va al consumo solo, por lo que tiene de propio valor, sin compañías ni disfraces. Siempre aspira a ser puro o a pasar por tal. El azúcar sola empalaga y repugna, por eso necesita compañía y va como encubierta o con chaperón. Necesita otra sustancia mediadora que le facilite un sabor alcahuete. Y ella paga el favor que se le hace por éste al mermar el fastidio de su empalago propio con lo apetitoso del sabor ajeno. a su vez encubriéndoles a otros sabores sus insipideces, amarguras y desazones con el disimulo de su dulzura. Mestizaje de sabores.

Ese contraste sustancial del azúcar y el tabaco se realza todavía a lo largo de su desarrollo agrario, industrial y mercantil, por el amorfismo de la una y el infinito polimorfismo del otro.

El azúcar es común, informal e indistinta. El tabaco es siempre distinguido, todo clase, forma y dignidad. El azúcar es siempre masa informe, como caña, como guarapo, como meladura

y, luego, ya como azúcar, en panes, terrones, granos o polvos, y así en el saco como en la azucarera, y cuando es absorbida en el jarabe, la compota, la conserva, el confite, el caramelo, el helado, el pastel u otras confecciones de repostería. El tabaco es bueno o malo, pero busca siempre individualidad.

A veces, aun cuando se procure la semejanza y hasta la confusión entre tipos diversos, el irreductible individualismo del tabaco se resiste a ello y juega tretas burlonas a los productores maliciosos. Cuando en el siglo pasado se fabricaban cigarrillos puros en Sevilla con tripa de Virginia y capa de La Habana, para el mercado español y en contra de Cuba, los exigentes fumadores, dice Fairholt, advirtieron a simple vista una diferencia inesperada entre una y otra manufactura, consistente en que la capa de los tabacos habanos estaba enrollada de derecha a izquierda y en los peninsulares iba de izquierda a derecha. Casi valía decir que los habanos eran izquierdistas y eran derechistas los sevillanos. Quizás continúe esa distinción.

El mejor fumador busca el mejor habano, el mejor habano la mejor capa, la mejor capa la mejor hoja, la mejor hoja el mejor cultivo, el mejor cultivo la mejor semilla, la mejor semilla la mejor vega... Por eso la agricultura del tabaco exige tanta meticulosidad; al revés de los cañaverales, que piden poca atención. El veguero debe cultivar su tabaco no por plantaciones, ni siquiera mata por mata, sino hoja por hoja. No está el buen cultivo del buen tabaco en que la planta dé más hojas, sino en que éstas sean mejores. En el tabaco lo principal es la calidad; en el azúcar la cantidad. El ideal del tabaquero, así del cosechero como del fabricante, está en la distinción; que lo suyo sea único, *lo mejor*; el ideal del azucarero, así del cultivador como del hacendado, está en que lo suyo sea *lo más*; más caña, más rendimiento, más guarapo, más bagazo, más tacho, más centrífuga, más polarización, más sacos y más indiferencia de calidad para acercarse, a través de las refinerías, a un simbólico ciento por ciento de química pureza, donde se pierde toda distinción de oriundez y de clase; y donde la madre remolacha y la madre caña son olvidadas en la idéntica blancura de sus hijos, por la igualdad química y económica de todos los azúcares del mundo, los cuales, si son puros, por igual endulzan, alimentan y valen.

El consumidor de azúcar ni sabe ni pregunta de dónde es la que toma; ni la escoge, ni la prueba. El fumador busca específicamente *un tabaco*, *¡tal o cual tabaco!*; el goloso se contenta simplemente con pedir *¡azúcar!*, sin artículos, pronombres ni adjetivos que precisen una determinación. Cuando por su refinamiento los azúcares alcanzan los altos grados de sacarosa y pureza química, ya no son distinguibles entre sí, ni en los laboratorios más preparados. Todos los azúcares serán iguales; todos los tabacos son diversos. Para el goloso no hay azúcares distintos; para el fumador no hay dos tabacos iguales.

El azúcar es, en rigor, un solo producto. Es cierto que de la caña se extrajeron siempre, además de la sacarosa cristalizada, el alcohol, el aguardiente o el ron. Pero éste fue un artículo meramente complementario y ya no es azúcar, así como ya no es tabaco la nicotina que de ésta se extrae. Por todas las Antillas se destiló el alcohol de las melazas y se hicieron licores. Aquí fue el *aguardiente de caña*, el *eau-de-vie* de las Antillas francesas, el *rhum* de Jamaica, el *bitter* de Trinidad, el *Curazao*, etcétera. El alcohol fue, sobre todo, cargamento de ida para los barcos negreros con el cual se compraban los esclavos, se cohechaban los tiranuelos de la costa y se corrompían y desintegraban las tribus africanas. De ese alcohol de sabor fuerte y color acaramelado que se fabricaba en las Antillas para los negreros, del azúcar con que ellos se avituallaban junto con los tasajos, bacalao y demás salazones y conservas para las largas travesías, y de los limones que embarcaban los barcos veleros para impedir a bordo las epidemias de escorbuto, surgió espontáneamente una bebida compuesta, típica de los buques de la trata.

De antiguo era popular en Cuba esa bebida hecha con aguardiente de caña. "Una buena dosis de aguardiente de caña, medio vaso, con azúcar, un poco de agua y entonada con unas ramitas de hierba buena y una rajita de limón. Se estuvo bebiendo *drake* hasta 1800 y pico, en que fue desplazado por el ron de Cuba y la ginebra de Holanda." (Federico Villoch: "La boca del Morro". *Diario de la Marina*, 28 de octubre de 1940.) Esa bebida antecesora del ron y del *daiquiri*, que utilizaba las virtudes del limón, se llamaba con el nombre de *Drake* por aquel audacísimo marino británico que saqueó la costa oriental de Cuba, el cual en la historia de España pasa como "el gran pirata", y como "el gran almirante" en la del pueblo inglés, asegurándose que "de su breve estancia en la isla dejó el uso de una bebida con el nombre de *drake*". (Villoch, *ibid.*) Después esa bebida compuesta fue reemplazada por el *daiquiri*, también alcohol de caña, o sea ron, limón y azúcar, descubierto en la campaña de Santiago de Cuba en 1898 por los marinos y soldados norteamericanos, quienes lo popularizaron con el nombre de *Daiquiri*, que es el del puerto donde aquéllos desembarcaron y lo bebieron.

Pero el ron no influyó en las directrices de la economía social de Cuba más que las maderas de corazón, las corambres, los mariscos y otros productos secundarios. Es también verdad que el antiguo hacendado fabricaba azúcares de clases diversas, tales como azúcar *mascabado*, azúcar de *pilón*, azúcar *prieto*, azúcar *blanco*, etcétera. Pero estos azúcares no eran sino el mismo producto extraído de las cañas, según el grado de perfección logrado en su único proceso fabril, dentro del mismo ingenio, según su mejor cristalización y su mejor pureza.

En cambio, el tabaco, desde que aparece en la historia como un valor mercantil, presenta formas diversas, las cuales se fabrican de manera distinta. En el campo industrial del tabaco se han dado seis productos característicos. El primero fue el que en Cuba llamamos *tabaco* por antonomasia y por riguroso purismo histórico, pues así era como los indocubanos lo llamaban. El *tabaco* propiamente dicho consiste, como en tiempo de los indios, en una porción variable de hojas secas de tabaco, llamadas de *tripa*, enrolladas y envueltas en otra hoja llamada *capa*, constituyendo todas un paquetico de forma aproximadamente bicónica o cilíndrica, de uno a dos centímetros de grosor y de diez a veinte de largo, con puntas en los extremos. En esta forma fue como descubrieron el tabaco los castellanos, denominándolo popularmente cigarro.

Además de los tabacos o cigarros, hubo y hay otros productos de la misma planta, a saber: *andullo* o tabaco para mascar; *tabaco torcido*, para mascar o fumar en pipa; *picadura*, o sea, tabaco muy picado para ser fumado en pipa o envuelto en hojitas; *cigarrillos*, que no son meros diminutivos o "tabaquitos", sino cigarros de hojas o picaduras envueltas en papel; y *rapé*, o tabaco en polvo fino. Estos productos de la industria tabaquera no representan fases sucesivas de un mismo proceso fabril. Todos estos productos son distintos y, para fabricarlos, el tabaco se somete desde el primer momento a un tratamiento diverso según lo que se quiere producir. También digamos que el tabaco se exporta, además, *en rama* para su elaboración en el extranjero, con perjuicio del crédito comercial cubano. En este caso, el tabaco queda reducido a una materia semielaborada, casi a una materia prima, como el azúcar crudo que compran las refinerías extranjeras para servir a negocios extraños, sin pleno beneficio de Cuba. Modernamente se ha creado un nuevo tipo de producto nacional del tabaco, el *tabaco despalillado*, o sea, la hoja desfibrada por la barata mano de obra de la infeliz obrera cubana, para ser exportado y vendida a las fábricas del extranjero, que así se ahorran la diferencia de los jornales y, como si fueran *refinerías de tabaco*, se benefician del insuperable producto de Cuba, privando a este país del provecho económico de su elaboración fabril.

De cualquier manera, en los procesos agrario, industrial y mercantil del tabaco todo es cuidado, separación, minucia, escogida y diversidad; va de las variedades botánicas a los incontables tipos comerciales para complacer las mejores individualidades del gusto de las personas. En el proceso productor del azúcar todo es tosquedad, mescolanza, trapiche, molido, fusión y unidad; va de la masa botánica a la masa químicamente uniforme para satisfacer las mayores y más comunes apetencias del paladar humano.

El consumir tabaco, o sea, el *fumar*, es un acto personal de individualización. El consumir azúcar no tiene nombre espe-

cífico, es un acto común de la gula. Por esto, el *fumador* está en el vocabulario; pero no existe el *azucarador*.

El cultivo del tabaco requiere atenciones delicadísimas en todo momento; no puede dejarse, en el grado que la caña de azúcar, al propio impulso natural. "Quien más chiquea al tabaco, ése es quien mejor lo cultiva", le decía un veguero al naturalista Miguel Rodríguez Ferrer. Y el apóstol de las libertades de Cuba, José Martí, exaltaba la inagotable devoción del veguero, consagrado a cuidar cada mata de tabaco "con sus manos piadosas, del sol excesivo, del grillo rastrero, del podador burdo, de la humedad putrefactora". Diríase que el tabaco requiere el mimo amoroso y solícito del hombre trabajador; y que la caña crece sola y a su albedrío, permitiendo al hombre meses de holganza. ¿Quién enseñó a los agricultores tabacaleros de Cuba esas minuciosas operaciones? ¿Serían los *behiques* de los indios quienes irían descubriendo los misterios del cultivo de la planta, de sus curanderías y hechizos? Su cultivo es el más técnicamente cuidado que se hace en Cuba, uno de los más difíciles del mundo. En todas las épocas, el cultivador ha procurado mejorar las virtudes de la planta con vista a un mejor rendimiento en calidades, deleites y dineros.

El tabaco se siembra cada año. La misma caña ofrece varias cosechas; si la tierra es buena y virgen, hasta quince cortes. Humboldt dijo en 1804 que en un ingenio de Matanzas había cañaverales que aún producían después de 45 años de sembrados.

La siembra del tabaco es operación complicada; se hace primero en semillero de simientes bien seleccionadas y, al brotar las matas, se trasplantan éstas a la vega, donde han de tener su desarrollo y cosecha. La siembra de la caña no es por simiente sino por trozos de su tallo. Esto ha hecho que la selección del tabaco indígena haya sido constante, facilitada por la enorme cantidad de semilla que tiene cada planta, y practicada cada año por el veguero, que empíricamente separa en cada cosecha la semilla de las mejores matas para hacer los nuevos sembradíos. A Cuba vienen a buscar buena semilla desde el extranjero. En cambio la caña de azúcar tiende a hacerse invariable, pues la reproducción se obtiene por simple retoño del tallo, sin que medien las semillas para el cruce de las variantes. Por esto, al mejorar las plantaciones para su mayor resistencia a los parásitos y su mayor rendimiento en sacarosa, hay que acudir a la importación de las variedades extranjeras, como la *Cristalina*, la de *Tahiti*, la de *Cinta*, la del *Natal*, la *P.O.J. 2725*, etcétera.

Para el tabaco, desde hace tiempo se juzgan indispensables el regadío y los abonos químicos, que reclaman nuevos trabajos a los vegueros. Y el regadío ha de hacerse pulverizando el agua muy finamente para que no arrastre las semillitas. Y el abono

ha de ser muy estudiado y medido por un buen dietista del tabaco. En los cañaverales cubanos el regadío es raro y reciente, y los abonos, cuando se emplean, son groseros y descuidados.

El cultivo del tabaco tiende a obtener y aprovechar sólo las hojas, en variedades y colores múltiples; su industria consiste en manipularlas, preparándolas en diversas formas para ser quemadas y reducidas a humo. Cada hoja de tabaco vale por su tamaño, su aroma, su consistencia, su contextura y su color. Para obtener las mejores calidades existe toda una técnica, más empírica que científica y muy guiada por el genio individual. No hay por qué explicarla ahora; pero recordemos una de sus prácticas más curiosas, la de cubrir las vegas enteras con cobertizos de palma o con inmensos toldos, a manera de mosquiteros, de una tela blanca llamada *cheese-cloth*. En esas vegas entoldadas se atenúa la luz solar y se aclara el color de las hojas. Pensemos que las matas de tabaco de esas vegas evitan coquetamente el sol, no exponiéndose a él sino bajo velos como las damas bellas que, temerosas de perder la blancura de su cutis, se cubren con sombreros, tocas y sombrillas. Así se producen en las mejores vegas, que pueden pagarse tales lujos, esas hojas rubias preferidas por ciertos mercados extranjeros, sobre todo en esa Alemania tan apasionada ahora por las apariencias nórdicas y sus rubicundeces.

Acaso sea ahora peligroso observar que esa práctica agrícola, aunque original de Cuba, puede sin reparo tildarse de indiscutiblemente judaica y marxista, pues la inició en los vegueros cubanos aquel gran tabacalero que fue don Luis Marx.

Del tabaco se arrojan los tallos y hasta las fibras; el tabaco se *despalilla* y sólo vale de él la pulpa de las hojas. Solamente para el polvo rapé se empleaban los *palillos*; pero verdad es que ello fue con engaño, pues también se solían moler los recortes y sobras de las fábricas de tabacos y no pocas inmundicias, hasta las picaduras de los "cabos de tabaco" y colillas arrojadas por los fumadores. El industrialismo del día también aprovecha los tallos del tabaco para mixturas, betunes, aceites y mejunjes de la química; pero en el tabaco lo esencial y noble es la hoja. El cultivo de la caña procura los mejores tallos que son los que cargan más y mejor jugo, y las hojas se desprecian y quedan en el campo. También las hojas y los bagazos se utilizan ahora en varios usos, como piensos, abonos, combustibles, celulosas y otras maravillas de la industria contemporánea; pero todos son *by-products*, subproductos, segundones de la primogenitura azucarera extraída de los canutos.

La cosecha de la caña es el corte de los tallos; la cosecha del tabaco es la *corta* de las hojas. A la hora de la *corta* ésta requiere nuevos talentos para que sea oportuna, ni temprana ni

amarillo, pues entonces ya habrá perdido mucho de su peso, de su calidad, de su sabor y de su aroma. Y habrá que dejar pasar las lluvias para que el tabaco no reverdezca. Y habrá que hacer la *corta* en menguante, según los viejos vegueros, para que no se piquen las hojas si se cortan en luna creciente. Y se cortarán a mano, con una herramienta afilada como un bisturí, las hojas que estén maduras dejando más días en la mata las aún verduscas. Primero se cortarán las hojas de arriba, que el sol hizo madurar temprano; después las otras, que fueron sombreadas por las superiores. La planta sigue produciendo hojas. Del trozo de tallo que resta a flor de tierra salen retoños que crecen rápidamente y producen nuevas hojas, ahora más puntiagudas, que son las *capaduras*. Otros retoños rebrotan y son los *mamones*.

Las hojas, si son para *tripas*, se cortarán por *mancuerdas*, o *mancuernas* como aquí decimos, parejas unidas entre sí por un trocito de tallo, que es donde se dan los cortes. Pero si las hojas son para *capas*, entonces habrá que cortarles con mayor cuidado, una a una, y luego con hilo se ensartarán de dos en dos. Cada mata de tabaco produce cuatro, cinco, seis, siete o más de estas parejas de hojas, pues se le cortan todas ellas a la mata, dejándole tan sólo un tronquito muy corto y sin hoja alguna. Las hojas se depositan con cuidado en el suelo, como en el regazo materno, antes de salir a sociedad con el hombre y caer en sus manos para arder y consumirse con su fuego. La *corta* de las hojas no se hace a cualquier hora sino al mediodía, con el rigor del sol, para que éste, una vez cortadas y tendidas en el suelo boca abajo, o colocadas en tendales, las marchite con su último beso y el calor las seque algún tanto y les quite humedad. En cambio, antaño fue costumbre trabajar algunas noches en las vegas para recoger los bichos *cachazudos* o para más propiciar las siembras y las cosechas. José Aixalá, con su romántica imaginación y sus recuerdos del tiempo viejo, nos dice cómo entonces se trabajaba con hachones encendidos y cómo esas noches el veguero vultabajero evocaba con visión diabólica la "Marcha de las antorchas" de Meyerbeer. Acaso fue herencia de los indios, quienes a la luz de sus *cuabas* realizarían un rito agrario para las deidades del tabaco, que moraban en las tenebrosidades subterráneas. Después de terminada la *corta* con ese rito de noche o día, de sombra o luz, el veguero con gravedad irá alzando del suelo, una a una, todas las hojas y, poniéndolas sobre su brazo izquierdo, como de bracetete las sacará del campo para la casa de labor.

En los cañaverales, el corte no tiene una época tan precisa de tiempo ni tan caprichosa de hora; a veces espera meses, a veces más de un año, y siempre se hace a la luz de sol jornalero. Y el corte no es con una cuchilla delicada para que la *sajadura* sea breve y limpia, sino con machetazos, con la *mocha*, como para abatir con furia a un enemigo. Y tampoco

es hoja a hoja, sino cercenada la caña de cuajo, a *rente de la soca*, y caída de un solo golpe, con un solo quejido.

La caña arde a veces en los campos formando terribles incendios, pero aun después puede ser cortada y molida, pues por el fuego no pierde enseguida su jugo. El tabaco nunca se quema en las vegas sino, ya seco, en las escogidas o en la boca del fumador; y al quemarse nada queda de provecho, tan sólo cenizas tenues que desaparecen al menor soplo.

Las exigencias del cultivo del tabaco han impuesto (imposición económica de las más trascendentes) que el tabaco no sea cultivado en plantaciones extensas, como los cañaverales de los ingenios sino en pequeñas sementeras, como plantíos hortelanos. Cada uno de estos plantíos de tabaco llamóse, y aún debiera llamarse, *tabacal*; pero más bien conserva el nombre castizo de *vega*, con que se distinguieron los terrenos bajos en las riberas de los ríos, los cuales fueron preferidos para el tabaco por ser más fértiles, regadores y resguardados; y ahora *veguerío* es el conjunto de las vegas de una comarca.

Y cada vega es un núcleo agrario por sí, donde comienza y acaba todo el ciclo agrícola del tabaco. Todos los procesos ulteriores de la producción tabacalera han de serle extraños. La vega es independiente, no es como el cañaveral y la colonia cañera, que están subyugados a la elaboración industrial y al tráfico mercantil del azúcar hasta el último momento. La vega no está sometida a una instalación mecánica para alimentar sus fauces tal como una colonia cañera está estrujada por la estructura arácnida del ingenio. En la tabacalería no hay *centrales*.

Con el corte de la caña termina la faena del cañicultor. Éste la alza, la tira hasta la romana que mide su peso, y toda su producción se convierte en una cifra que le dice las arrobas entregadas y en un vale que le ofrece su pago. Pero con la corta de las hojas de las matas de tabaco no pueden cesar los cuidados del veguero. Ahora se redoblarán, exigiendo más finapericia. El secado de las hojas obligará también a manipulaciones delicadas y pacientes. Y de nuevo habrá que depender de las veleidades climáticas y meteóricas y de las condiciones de las horas. El *enmatulado*, por ejemplo, tendrá que hacerse de madrugada y en tiempo propicio, pues una temperatura nociva podría envilecer toda la cosecha. Las hojas de tabaco pasarán entonces por tres fases: en los *cujes*, en los *pilones* y en los *tercios*, y en todas ellas el tabaco se curará o fermentará más o menos, según la calidad y el jugo de las hojas y el auxilio que le presten; y del cuidado y acierto de esa cura dependerán mucho las buenas condiciones del producto en aroma, en sabor, en vista, en elasticidad y en combustión...

El cosechero visita a diario su tesoro; primero, para tocar las hojas y apreciar al tacto su grado de sequedad; después, para

olerlo y saber por el olfato su condición. Si se reseca el tabaco puede al tocarse ser reducido a polvo. Y de ahí la afanosa tarea del cosechero en mantener las hojas con la flexibilidad necesaria. Así esperan el *pilón*, que se hace amontonando las hojas del tabaco, una a una y unas sobre otras, en formaciones rituales y con muchas precauciones, para hermopear y uniformar el color de la hoja, destruirle el exceso de sustancia resinosa, atenuarle su amargor, y afinarla de modo que la hoja sea más flexible y como de seda.

Y luego a *despalar*, a quitarle a cada hoja de tabaco la porción de tallo que le quedaba. Y así pasará a los rigores de la escogida, donde al tabaco, después de libertarlo de toda atadura en el *deshile*, hay sin vacilar que "sacarle las *tripas*" y separarlas de las *capas*, que son como fletes del tabaco. Operaciones delicadas a cargo generalmente de mujeres, *abridoras*, *rezagadoras* o *apartadoras* y *repasadoras*. Y, por fin, a reclasificar las hojas, según fueren *tripas* o *capas*, en *gavillas*, *manojos*, *matules* y *tercios*, ya preparados y en orden para el mercado industrial. Bien puede, pues, decirse que en el cultivo y cosecha del tabaco de Cuba, el esfuerzo humano es el elemento de mayor valor, por la gran variedad de energías especializadas, físicas y mentales, que deben ser combinadas para el mejor resultado, como si se tratara de producir una obra de arte, la maravilla de una siempre variante y armoniosa sinfonía de aromas, sabores y estímulos.

Así *escogida* la cosecha tabacalera, o mejor dicho, escogida cada hoja de cada mata de cada vega, saldrá el tabaco de su ciclo agrícola para la industria, el comercio y el placer; saldrá, como escribió Martí: "A ocupar artesanos, a enriquecer mercaderes, a entretener ocios, a distraer penas, a acompañar pensamientos solitarios."

Antaño se hacía la escogida del tabaco en rama por el mismo veguero. Ya antes de la guerra de independencia de 1895 comenzó a dividirse el trabajo y la escogida se hizo en los centros urbanos próximos a los vegueríos, donde era más fácil y más barato hallar los locales adecuados y la mano de obra. Y en eso también distínguese la producción del tabaco de la azucarera. Ésta no reconoció otros centros de población que el *batey*, formado junto a la máquina, y el puerto de embarque, crecido junto a los almacenes. La tabacalería, en cambio, da vida a las escogidas en las poblaciones rurales. Guanajay, Pinar del Río, Consolación y otras poblaciones pinareñas, y, después, Artemisa, Alquizar, San Antonio de los Baños, Santiago de las Vegas y Bejucal, han sido centros de escogidas para la Vueltabajo; Camajuaní, Remedios y otros, para la Vueltarriba.

En los cañaverales y en los ingenios, nada de *escogida*. Todas las cañas van juntas a la estera y al trapiche y todos los jugos

se confunden en un mismo guarapo, en unos mismos tachos, en unas mismas centrifugas, en unos mismos cristalizadores y en iguales sacos.

Pero si las operaciones de la cosecha y escogida del tabaco son lentas y parsimoniosas, las de la caña exigen siempre la rapidez. Las cañas han de molerse apenas cortadas, porque si no su jugo merma, fermenta y se echa a perder. Esta condición de la caña encierra enormes consecuencias sociales e históricas. Las cuadrillas de obreros que cortan no pueden ser las mismas que hagan, poco después, la molida y cocción de la misma caña. En el tabaco, como en el trigo, las operaciones agroindustriales son sucesivas a lo largo de un ciclo. Los mismos labriegos pueden realizar, una tras otra, varias fases de trabajo. En la caña no ocurre así. El descuido que ésta permite en sus campos, se trueca en premiosidad apenas la mutilan para robarle su savia, y no tolera el abandono. La caña cortada dura pocos días antes de que comience a fermentar y pudrirse. Las operaciones de corte, tiro, molienda, decantación, cocido, purga y cristalización tienen que hacerse teóricamente una tras otra pero sin descanso; aunque prácticamente son todas ellas simultáneas en la vida de los ingenios. Mientras unos cañaverales se cortan, otros son ya convertidos en sacos de azúcar, y todo a la carrera. Desde que el machete o mocha "tumba la caña" hasta que se cierra el envase del azúcar, sólo media breve tiempo, pocas horas. La zafra de un ingenio, por la gran cantidad de sus cañas, dura meses, pero la "zafra" de caña es siempre veloz. Por eso la zafra requiere forzosamente la cooperación simultánea de numerosos trabajadores por un breve período. El apremio con que tiene que ser molida la caña después de cortada y el período fatal y lo más corto posible que la zafra requiere, crearon la necesidad de acumular muchos brazos disponibles, baratos y estables, para un trabajo que es discontinuo y cesa con la estación industrial. Concentración intermitente de braceros abundantes y baratos: he ahí un factor fundamental de la economía azucarera cubana. Y no habiendo en Cuba brazos suficientes, hubo durante siglos que buscarlos fuera, en número, baratura, rusticidad y permanencia convenientes. De ahí, pues, que aquella premiosa condición agroquímica de la cañicultura haya determinado fundamentalmente toda la evolución demogénica y social de Cuba. Principalmente a esta condición de la producción azucarera debieron la trata negrera y la esclavitud hasta época muy tardía.

28 No fue, pues, el latifundio el que causó la gran población negra de Cuba, como erróneamente ha sido dicho, sino la carencia de brazos indígenas, de indios y de blancos, y la dificultad de traerlos de otra parte del globo que no fuese África, en igualdad de condiciones de baratura, permanencia y sumisión. El latifundio no ha sido en Cuba sino una consecuencia de la

ganadería y luego del azúcar y de otros factores concomitantes, lo mismo que lo fue la población negra. Uno y otra han sido efectos, casi paralelos, de unas mismas causas fundamentales, sobre todo del azúcar, y no es la población africanoide una consecuencia precisa del latifundio. Ya hubo abundancia de negros en Cuba cuando las tierras sobraban y el latifundio azucarero no existía como fenómeno económico trascendente.

El transporte del azúcar se hace siempre a granel y con el máximo posible de peso y volumen. Desde el campo va como caña en la carreta, en el ferrocarril o en la estera del trapiche; como guarapo o meladura corre fluida por una inmensa red de canales, tuberías, bombas, pailas y tachos; y luego, ya como azúcar turbinada, se reparte en sacos de trece arrobas que ponen a dura prueba la potencia muscular de los robustos cargadores en los carretillos, entongues y estibas. El transporte del tabaco es siempre de cuidado y por cargas más reducidas. Por los vegueríos es a pie o a caballo, y en el trabajo de escogidas y fábricas se hace a mano, en *matules*, *mancuerdas*, *gavillas*, *cujes*, *tareas*, *ruedas*, *mazos*, *cajetillas* y *cigarros*. El *tercio*, que es la máxima carga del tabaco en rama, jamás llega al peso abrumador de un saco de azúcar.

Si la producción azucarera es toda a granel, la del tabaco, desde las parejas de hojas *ensartadas* o *mancuerdas* y los *matules* de las vegas hasta la última presentación al consumidor en la tienda, va pasando por una larga serie de ataduras, empaques y presentaciones. Y todas ellas imprecisas de medida, irregulares y cambiantes según las comarcas y las calidades de su contenido.

A la escogida llegan las hojas de tabaco en atados llamados *matules*; pero el *matul*, si es de *capas*, será un atado de 420 hojas y si es de *tripas* ya no será un paquete determinado por la cantidad de sus hojas, sino por su peso bruto que será de unas tres libras. De las escogidas las hojas de tabaco saldrán en *gavillas*, *manojos* y *tercios*; pero tampoco en éstos habrá exactitud de medidas.

La *gavilla*, si es un atado de *tripas*, será sin conteo de las hojas y sólo por su peso; o, si es conjunto de *capas*, comprenderá unas *capas* contadas; pero aun así, su número variará entre 35 y 60, según fuere su clase y la meticulosidad de los *engavilladores*. El *manejo* tiene cuatro *gavillas* atadas por los *manejadores* con fibra de *guana* o *seibón*, o de una planta indostánica e innecesaria para el *manejo* en Cuba, que el comercio nos ha entremetido desde el extranjero. Y con los *manojos* los *enterciadores* forman los *tercios*.

En Cuba el tabaco en rama se empaqueta en *tercios*. El *tercio* es un fardo bien apretado de hojas de tabaco, hecho con *yaguas* (láminas flexibles que salen del tallo de las palmas reales) y atado con soga de *majagua* en forma que puede desatarse con

facilidad. La vieja práctica de los trajinantes árabes y andaluces, dividió la carga de una acémila en dos partes llamadas tercios, porque los dos fardos se terciaban sobre la bestia de carga, y así esa unidad de porteo, juntamente con su denominación, nos vino de España y fue aplicada en Cuba a las recuas cargadoras del tabaco en rama desde las vegas a las escogidas y de éstas a la ciudad. De allí nos vino el fardo y su nombre y no de los tres *extericiadores* que generalmente efectúan el *enterceo*, como supone la etimología popular de esa palabreja; tan vieja que ya la usó por el siglo XVI el sabichoso cura Juan de Castellanos en una de sus elegías (*Elegía XIII*, canto II).

Pero el tercio de rama no contiene una cantidad fija de tabaco, ni por el número y tamaño de las hojas, ni por su volumen, ni por su peso, ni por su calidad. José Comallonga, en sus *Lecturas agrícolas*, dice que "un tercio pesa más o menos un quintal y medio", o sea alrededor de 150 libras; "siendo siempre este peso variable con la calidad del tabaco enterciado". Además, el tercio no siempre se determina por el peso. Si el tercio es de tripas, no tendrá sus hojas contadas porque tampoco las tienen las gavillas que contiene ni se cuentan los manojos; y ese tercio, sin conteo, se distinguirá sólo por su peso. Pero éste no será seguro. Generalmente tendrá unas 120 libras de tabaco, 125 libras si es de rama cosechada en Semivuelta, y hasta 150 libras si es de tabaco de Remedios; pero si el tercio es de la preciosa rama que se da en las vegas finas de Vueltabajo, entonces ya el peso no será lo principal y el tercio será por manojos, como si fuese de rama de capas. Si el tercio es de capas, entonces tendrá por lo general 80 manojos, o sean 320 gavillas, sin que se sepa el número de hojas que éstas encierran, pues ello depende de su calidad. En rigor, pues, el tercio no es una unidad de medida exacta para el tabaco en rama. Sólo puede expresar una aproximación de volumen, de cantidad, de especie y de peso; pero no indica con precisión ninguna de tales factores. Y si, por otra parte, se tiene en cuenta la gran variabilidad de las calidades, puede decirse que el comercio del tabaco en rama carece de métrica.

Al revés, en la producción azucarera todo está metrificado, casi siempre por *standards* de valor universal: medidas de superficie para los cañaverales, de peso para las cañas y los azúcares, de presión para los trapiches, de vacío para las bombas y tachos, de capacidad para los guarapos y las melazas, de calor para los hornos y los hervores, de viscosidad para los puntos en las cristalizadoras, de luz para las polarizaciones, de mermas para los transportes, de algebraica proporción para las extracciones, los rendimientos y la economía de cada trámite del proceso agroindustrial, según los análisis de una prolija contabilidad. Y, además, cronometría en todas las faenas para exigir a su hora la ejecución del trabajo necesario, computación del tiempo invertido para conocer su valor, teneduría exacta para los cálcu-

los de los promedios y de la participación porcentual del colono en los azúcares producidos, y atención diaria a los precios cotizados en las bolsas nacionales y extranjeras.

La campana, que sometió la vida social a un horario precioso cuando tenía las cuatro horas canónicas en los conventos medievales y que más tarde picó los cuartos de la vela marinera en las naves de las Indias, fue la que inició también en tierras de América la cronometría del trabajo, tocando los cuartos para las mudas de las dotaciones esclavas en los ingenios del azúcar. La campana tañida en el batey para los esclavos se rompió en el ingenio La Demajagua, el 10 de octubre de 1868, tocando a rebato por la libertad del pueblo cubano; pero fue sustituida por el pitazo de vapor o eléctrico que ahora en el batey llama a los obreros estridentemente, como el chiflado de un monstruoso mayoral de acero.

Nada parecido en el tabaco. El tercio, más que una verdadera medida cúbica o de peso para el negocio, es un empaque cómodo para la carga y el almacenaje del tabaco en rama. Y, fuera del tercio, la producción tabacalera se efectúa sin otra medida que la simple numeración de las respectivas unidades. Su agricultura sólo cuenta número de matas, hojas, mancuernas, cujes, matules, gavillas, manojos y tercios. Su industria cuenta números de cigarrillos, mazos, ruedas y millares. Y el tiempo en las vegas no se cuenta sino por el sol. El tabaco no se cultiva ni cosecha por jornadas a la campana, sino por estaciones y lunas, lluvias y secas, resoles y nublados, al capricho de los meteoros y sin otro ritmo que el de las constelaciones zodiacales. En las tabaquerías el tiempo tampoco se cuenta, pues a menudo trabajan los tabaqueros a destajo. En fin, el tabaco se fuma para "matar el tiempo", para suprimirlo; o lo que es igual, para que pase "sin medida" ni sentir. También los valores de calidad que se estiman en el tabaco carecen todas de metrificación. Los colores, los aromas, los gustos, la humedad, la madurez, los torcidos, las vitolas, todo lo que en cada tabaco determina su individualidad se aprecia empíricamente por los sentidos desnudos, sin instrumento auxiliar de precisión, salvo alguna vitela muy rara a cargo de un mal torcedor *bonchero*, que se somete a *cartabón* o *cepo*. Al pequeño aparato de madera con el cual los torcedores inhábiles escantillan la longitud y el grosor de ciertas vitolas desusadas se le dijo *cartabón*, tomando el vocablo del arte sutorio; y se le llamó corrientemente *cepo* porque su figura recuerda la del instrumento de prisión y tortura que era aquí frecuente en los tiempos de la esclavitud.

Esta falta de métrica tabacalera motiva una curiosa consecuencia de ética mercantil. Si el tabaco en hoja no tiene medida, desmesurada ha de ser también la agudeza de los cosecheros y mercaderes que con él trafican. En esos negocios del tabaco en rama no hay cotización oficial que venga hecha desde una bolsa y desde el extranjero, ni uniformidad de tipos, ni de

composición química, ni de volúmenes, ni de peso. De ahí que la compraventa del tabaco tenga que ser objeto de muy expertas negociaciones personales para apreciar las condiciones complejísimas de la mercancía negociada, amén de las generales del mercado.

No hay trato más propicio que el tabacalero para el fraude sutil. De ahí que el buen nombre personal de los tratantes, nacido de las experiencias pasadas, sea una condición casi indispensable para poder seguir año tras año en el negocio y prosperar. La honradez en el trato es, pues, condición usual del negocio tabacalero, no ya por virtud sino por una inteligente y tan elemental conveniencia que convence al más malicioso. Así como el desarrollo del comercio y del crédito desde el siglo XVI hizo necesario exaltar como virtud primordial la del cumplimiento de los pactos y del pago exacto de los préstamos y los intereses a su vencimiento. Tal fue el motivo aguzador de esa moralidad *puritana*, característica de cierta burguesía protestante, y así puede decirse que ocurrió en el negocio agrario del tabaco. José Aixalá, en unos interesantes *Recuerdos tabacaleros del tiempo viejo* (Horizontes. La Habana, agosto de 1936), escribió hace poco este cuadro típico del viejo vueltabajero: "Aún alcancé a los negros de carretilla con una sola rueda, que los jueves, a la salida del tren de Villanueva para Batabanó, iban cargados de sacos de onzas de oro, cuyas talegas se desembarcaban en Punta de Cartas, Bailén y Cortés, y eran llevadas sobre arria por los vegueríos, dejando en cada vega el importe de su cosecha." En la vega la malicia comercial fue penetrada por la usura, que agobiaba al veguero obligándolo a trabajar por el *truck system*, sometido a refaccionistas que lo exprimían.

Cuando el tabaco entra en la gran circulación mercantil ya se encanalla sin rebozo y acude al engaño para asegurar el mayor precio con el menor costo. Apenas el tabaco aparece en el comercio de Europa ya se adultera. Especialmente el *tabaco habano*, en cigarros y picaduras, a causa de su exquisitez, de su gran fama, y de su elevado costo en los mercados extranjeros, ha sido siempre víctima de toda suerte de falsificaciones. El negocio del azúcar, en cambio, ha sido siempre transido de corrupción desde el peso de la caña, falseado en la romana próxima al cañaveral, hasta las mermas de peso y de polarización que con engaño formula el comprador al almacenista en el puerto que embarca, y el refinador que en el extranjero blanquea y revende.

32 El azúcar fue siempre negocio de escrituras, pagarés, libranzas sobre el extranjero y litigiosos empapelamientos en los tribunales cubanos; mientras el tabaco era negocio de onzas de oro sonante, pagadas a mano, y de mantenimientos fiados por un simple tendero rural. El trato del azúcar fue escrito en el papel, el del tabaco fue dejado a la palabra. Sin embargo,

el azúcar alardea de orden y al tabaco se le achaca relajación; pero ya se dijo que la una es conservadora y el otro es liberalote, y cada cual arrastra sus vulgares prejuicios, encomios y desfavores.

Diríase que el trabajo del azúcar es un oficio y el del tabaco es un arte. En aquél predominan máquinas y braceros, en éste siempre se exige la pericia individual del artesano. Para su aprovechamiento, el tabaco es sólo hoja; el azúcar es sólo tallo. Y de esa elemental diferencia entre una hoja blanda y un tallo duro provienen las mayores divergencias de sus respectivas industrias, con notables repercusiones socioeconómicas. Para la cosecha del tabaco basta, pues, una cuchillita con que cortar el pedúnculo de la hoja; aun sin cuchilla, con las manos solamente, también se le puede separar de la mata con suavidad. Para la zafra de la caña es preciso un largo y afilado machete o *mocha* que a rudos tajos la corte de la cepa, la deshoje y la divida en trozos.

Todas las operaciones del tabaco se realizan sin maquinaria, sólo con el complejo aparato del cuerpo humano, que es el *ingenio* tabaquero. Cortadas las hojas a mano y una a una, la vega rinde su cosecha al veguero y de las manos de éste pasa la rama a otras manos, y de mano en mano llega al almacén y a la fábrica, donde otras manos la elaboran, convirtiéndola en tabaco torcido o cigarrillos que irán a consumirse en otra mano, la del fumador. Toda la tabacalería es manual: el cultivo y la cosecha, la industria y el comercio, y hasta el mismo consumo. Para la industria del tabaco bastan manos delicadas, de mujer o de hombre, que manipulen las hojas y las corten con una ligera *chaveta*; para la industria del azúcar las manos humanas no pueden ellas solas trabajar las cañas, las cuales, leñosas y resistentes, requieren grandes molinos y presiones para entregar el tesoro de sus jugos. En el tabaco, unas pequeñas y suaves manos; en el azúcar, una grande y potente maquinaria.

En rigor, así el goce del tabaco como el del azúcar no se logran sino tras una serie de complicadas operaciones, desde la cosecha de las plantas hasta la boca en que aquéllos se consumen. También el tabaco tiene que pasar, como el azúcar, por episodios físico-bioquímicos, de cortes, mojas, oreos, fermentos, prensados y combustiones; también como el azúcar requiere fuego encendido para provocar el proceso extractor, y arroja desecho de despalillos y cenizas, que son como sus bagazos y cachazas. Pero los trabajos del azúcar son machetazos, trituraciones, prensados, hervideros, centrifugaciones vertiginosas e incesante trasiego y traqueteo; y los del tabaco son todos manejos delicados y mimos acariciadores, "como si cada planta fuera delicada dama", al decir de José Martí.

Por esto, en el tabaco el trabajador es por lo general más fino de modales y de intelecto. Y suele ser más individualizada y

distinguida su persona; así en el veguero como en el escogedor, y en quien lo tuerce y conforma. En el negocio del tabaco cada individuo tiene una reputación propia, como una "marca de trabajo", y un valor personal económicamente cotizabile. Así como hay vegueros y escogedores de fama por su especial competencia, hay tabaqueros torcedores con capacidad singularizada en la manufactura de ciertas *vitolas*, y obtienen por ello mejores salarios. Se dice que cierto grado de habilidad dependé del largo de los dedos y de su sensibilidad táctil, en lo cual el tabaquero cubano de color aventaja al de otros países, según se corre. Es posible que eso sea una distinción *racial* de orden somático; pero falta su comprobación científica para saber si es un efecto de herencia o simplemente individual y por hábito y educación. Un periodista francés escribió que los tabacos habanos debían el secreto de su excelencia a que eran torcidos por bellas mulatas sobre sus muslos desnudos. Rumor de picardía, que debió nacer de la fama de los antiguos tabacos vegueros, los cuales torcían las *monteras* planchando con sus manos las hojas sobre su pierna derecha, tal como aún hoy hacen las obreras en ciertas operaciones de escogida.

El secreto está sobre todo en la individuación del artesano. Del tabaquero ha dicho quien lo fue y ahora es catedrático: "Este oficio no sólo requiere aprendizaje y práctica sino aptitud y don natural. Quien carezca de esto y de gusto no pasará de ser un simple *brevero*. El tabaquero bueno es un artista. La variedad en la forma, el tamaño y la mano de obra crea diversas categorías de tabaqueros, desde los llamados *primeros tabaqueros* hasta los que hacen *brevas* o *londres*. El nivel más bajo es el *bonchero*, que trabaja a molde." (García Galló: *El tabaquero cubano*.) Si en la Edad Media hubiese habido tabaqueros, éstos habrían tenido gremio y sociedad secreta como los francmasones, por la fama diabólica de las hojas de su manufactura y por su régimen cerrado de aprendizaje y graduación. El artesanado tabaquero tuvo un aprendizaje de tres a cuatro años; aún hoy lo tiene limitado a un dos por ciento de los compañeros. El buen tabaquero es un "maestro". El tabaco es en cada paso la obra de un tabaquero, el azúcar es producto de todo un ingenio.

Por esto también, la división del trabajo es distinta en la fábrica de azúcar que en la de tabacos. En el ingenio de hacer azúcar se requieren muchos obreros, repartidos entre las muy distintas operaciones industriales que son necesarias desde que la caña cae en la estera de entrada a los trapiches hasta el momento en que sale el azúcar de las centrifugadoras para los sacos que la envasan. En el azúcar unos obreros atienden a los hornos, otros a la molida, otros al guarapo, otros a las alcalizadoras, otros a los bombeos, otros a los filtros, otros a los tachos; y, así sucesivamente, de operación en operación, a lo largo del proceso azucarero, cada operario cuida de una

exclusiva labor. Ningún obrero en el ingenio puede él solo hacer de la caña el azúcar; pero cada tabaquero puede hacer él solo de la hoja el tabaco. Un mismo tabaquero trabaja en la elaboración de cada tabaco desde su principio, al cortar con la *chaveta* la rama para la tripa, hasta su fin, al tornear con los dedos la perilla de su capa. Y un fumador cualquiera puede hacerlo también, como hace el veguero con las hojas que le da su vega para su propia fuma. O bien puede cortar la hoja de tabaco, secarla, hacerla picadura, introducirla en la pipa o enrollarla en un papel, luego prenderle fuego y fumarla a su placer. En el ingenio trabajan muchos en operaciones combinadas y sucesivas que conjuntamente producen el azúcar en gran cantidad. En la tabaquería trabajan muchos operarios en labores individuales pero idénticas, que sumadas producen gran suma de tabacos. La fabricación azucarera es por faena colectiva; la fabricación tabaquera es por trabajos individuales.

También es individual el consumo del tabaco y para ello se prepara durante su fabricación; pero no es así en el azúcar. Un tabaco o un cigarrillo para cada fumada de un fumador. Un fumador no fuma dos cigarros a la vez. El tabaco, aun en las grandes fábricas, sale de las tabaquerías dispuesto exclusivamente para el consumo singular; singular por la porción, por la forma y por el consumidor potencial. No así el azúcar, que se envasa y consume a granel. Y aun cuando modernamente se presenten ciertos azúcares refinados en forma de *cuadritos*, equivalentes a los *terrones* irregulares en que se rompían los *panes*, no es a modo de raciones individuales, sino más bien como pequeñas dosis de azúcar granulado, como *cucharadas sin cuchara*, de las cuales el consumidor cada vez emplea una o varias y sin escogerlas, según fuere su necesidad.

El azúcar nace sin apellido propio, como esclava. Acaso sea conocida por aquel que le preste su amo, el de la plantación o del ingenio; pero en su proceso económico nunca se apartará de su típico descate igualitario. Tampoco tiene nombre. Ni en el cañaveral, donde no es sino *caña*; ni en el trapiche, donde sólo es *guarapo*; ni en el tacho donde no es más que *meladura*. Y cuando en el vértigo de las turbinas empiece a ser y tener nombre de *azúcar*, ya no pasará de ahí. Será como decirle *mujer*; pero sólo *mujer*, sin apellido de linaje, ni de bautismo, ni de guerras, ni de amor. El azúcar muere como nace y vive: anónima; como avergonzada de vivir sin apellido, arrojada a un líquido o a una masa batida donde se diluye y desaparece como predestinada al suicidio en las aguas de un lago o en los turbiones de la sociedad.

El tabaco desde que nace ya es y se llama *tabaco*. Así lo llamaron los españoles con vocablos de los indios, así lo llama hoy el mundo, así se llama siempre. Es *tabaco* en la planta,

en la hoja, en la elaboración y en el momento en que se consume en cenizas y humaredas. Además, el tabaco tiene siempre apellidos; el de su pueblo, que es la vega; el de su edad, que es la cosecha; el de su escuela, que es la escogida; el de su pandilla, que es el tercio; el de su regimiento, que es la fábrica; el de su empresa famosa, que es la enseña comercial, y el de su *vitola*, que es su figura y su *corbata*. Y tiene ciudadanía que ostentará con orgullo si es la cubana.

En un tiempo el tabaco se expendía mucho en paquetes de picadura. Entonces una petaca llena de tabaco picado era como una azucarera para el azúcar en grano, de donde el consumidor tomaba lo que apetecía; pero ello ha caído casi totalmente en desuso y el fumador prefiere que la picadura se le sirva ya preparada y envuelta en esas porciones singulares y dosificadas como los "cuadrados" del azúcar, que se denominan *cigarrillos*. También el polvo de rapé se conservaba a granel, como el azúcar, en pequeños recipientes portátiles; pero ya pasó esa moda india que no ha de volver.

El tabaco nace para caballero, y en su desarrollo económico va a cada paso ganándose títulos y distinciones por su color, su olor, su sabor y su combustión, hasta alcanzar la aristocrática individualidad de la *vitola*, la marca y el *anillo*. Todo tabaco quiere buenas formas y distinguida figura, raza y abuelo, nobleza de maneras y vanagloria de blasón. Y si el tabaco es habano puede ostentar *coronas*, *cetros*, *regalías* y hasta título *imperial*.

La *vitola* es del tabaco "su figura". No es sólo, como asegura la Academia de la Lengua, "la medida con que por su tamaño se diferencian los cigarros puros". No es tanto expresión de tamaño como de forma. En su origen ese vocablo, sacado de la jerga marinesca como muchos otros del lenguaje hispánico de América, significó el modelo por el cual en los arsenales se escantillaban las piezas para los ensambles en la arquitectura naval. También fue plantilla para calibrar las balas en las maestranzas; pero es más que todo eso la *vitola* del tabaco. Es forma, figura y plantilla; pero es más que un simple alineamiento de geometría. La *vitola* comprende un sentido de postura social. Es forma del tabaco, pero al escogerla para sí, en ella busca el fumador un trazo de su propia compostura. Si es figura del cigarro es también su *figurín*, y pasa a serlo del sujeto que lo disfruta como un gesto o *figurería* de su personalidad. El tabaco tiene siempre un tanto de *figuero*. La *vitola* es plantilla calibradora, pero en el fumador es también un rasgo de individualidad asertiva, como un modal *plantillero*.

La *vitola* del tabaco es parte acentuadísima de la *vitola* del fumador. *Vitola* es carácter que figurativamente pasa de un diseño métrico a ser connotación de orden humano; y se dice *vitola* por traza, facha o apariencia de una persona. El tabaco

y el ser humano tienen respectivas *vitolas*, y la *vitola* del uno busca su homóloga en el otro. "Dime qué *vitola* fumas y te diré quién eres." En la *vitola* del habano que fuma ostentosamente Winston Churchill, de viejo conocedor de La Habana, hay una fachada de imperio. Si el tabaco reclama siempre su *vitola*, que es su facha, todo fumador, hasta el más humilde, halla en el fumar una actitud fahendosa. Y ¡qué gran variedad! En la colección de *vitolas* que posee una fábrica de La Habana, reproducidas en moldes labrados en madera, se pueden contar hasta 996 distintos tipos de cigarros puros o tabacos. ¡Qué faena para el psicólogo que las quiere traducir en términos de caracterología humana!

Hoy día se aplica enormemente el vocablo *vitola* al anillo (adorno circular de papel que llevan los puros en el centro de su figura). Y como consecuencia se le dice *vitofilia* a la afición a coleccionar *vitolas* o *anillos* de cigarros, arte que trata del conocimiento de los anillos de cigarros y modo de coleccionarlos. Y *vitofílico*, "relativo a la vitofilia". Es un error; la *vitola* es la figura del tabaco puro, el *anillo* es sólo como su *corbata* de linaje.

El tabaco lleva orgulloso, hasta que muere, el *anillo* de su marca; sólo en el fuego del sacrificio quema su individualidad y la hace ceniza para ascender a la gloria. Hay fumador que apura su rico tabaco sin quitarle el *anillo* a veces (en España es *anilla*), indicador de la regalía de su marca, así como el buen bebedor añade mucho a su goce si el añejo vino de su copa se escancia de una botella vieja y virgen, coquetamente empolvada y con carta de oro que acredite la vetusta aristocracia de su cosecha y de sus bodegas nativas.

En su afán de individualidad, el tabaco se adorna. Hasta con *anillo* que ostenta la efigie del personal consumidor a que va destinado: a veces un Napoleón Tercero, un Lord Byron, un Bismarck, un Príncipe de Gales o un personaje de moda, o un tonto cualquiera que al mismo tiempo que la aspiración del humo del tabaco satisfará la de ser adulado, que es aspiración de más sutil veneno y lleva a más peligrosos desvaríos.

El tabaco busca el arte; el azúcar lo evita. En La Habana el comercio del tabaco vendido en cajas y cajetillas ha creado una tradición de arte en los dibujos, coloridos y estampados, que es mundialmente reconocido como característico por su anacronismo, su estilo, su pompa y sus folklóricas animaciones. En Cuba y fuera de ella los curiosos han hecho colecciones de vistosas *marcas* y *cajetillas* como de sellos de correo, postales y figuras de celebridades. Esa afición se llama *vitofilia*, con cierta impropiedad, pues la *vitola* del tabaco distintivo no es el *anillo* que lo rodea en su centro. Hasta la industria de las cerillas de fósforo con que aquí se encienden los habanos ha buscado el arte para el adorno de sus pequeños envases de bolsillo

A veces, para aumentar su congénita categoría con apariencias decorativas y ser signo inequívoco de encubrimiento, gusta el tabaco de adornarse con las galas naturales y exóticas de las ricas maderas de Cuba y encerrarse en cajas de lujo, como en bella carroza de ceremonia, para subir a los palacios de la realeza o de la aristocracia sibarita. Y aun el tabaco que va torcido en cuerda y sin *vitola*, o partido en confusa picadura, ha solido buscar la pipa airosa, adornada con pinturas y relieves esculpidos en ámbar, ébanos y marfiles, o moldeados en finas terracotas y porcelanas. Hasta el mismo puro tabaco torcido se ha solido fumar aparatosamente, puesta su perilla en una boquilla o en una pipa. No aquí en Cuba, donde esa moda parecería profanación de lo más indígena y autóctono que nos queda, sino por naciones de Europa cuando eran admisibles las pompas barrocas y la fuma de un rico puro era un alarde de opulencia, como los bastones de indiano carey con puños y regatones de oro repujado.

No fue ésta la única coquetería del tabaco. Cuando hace más de un siglo estuvo de moda tomarlo en polvo a pulgadas, absorbiéndolo narices arriba, el tabaco pidió auxilio al arte para hacerse perdonar la innegable suciedad de tales maneras. Tomar rapé fue entonces tanto como un vicio, repugnante pero a la moda y traído de lejanas tierras, como una droga exótica de grandes virtudes y hasta con gala de aristocracia y finura. El tabaco, al ser introducido en Francia, fue llamado *yerba de la reina*. Ya el primer cronista de Indias, el capitán don Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, señaló la manera peculiar de fumar tabaco que tenían en la isla La Española los caciques y principales, o sean los *tainos*, y parece que hubo en ello una costumbre de aristocracia.

Los polvos de tabaco fueron para los cortesanos, señorones y clérigos de antaño, en Europa, un hábito de gran distinción social, como el de llevar en el séquito negritos esclavos, monos, loros y guacamayos. Los elegantes enriquecieron las tabaquerías del rapé con miniaturas, camafeos y piedras preciosas, convirtiéndola en joyas finísimas, como los pañuelos de encajes con que se limpiaban las huellas mocosas de aquel vicio incivil. El estadista inglés Petersham tuvo una tabaquera distinta para cada día del año. Con el mismo criterio de aristocracia que los cortesanos del Rey Sol, los negros bantú del África del Sur adornan sus diminutas polveras de tomas individuales de rapé, forrándolas a costa de gran paciencia con abalorios multicolores. Las vitrinas de los museos de arte y de costumbre lucen ahora esas tabaquerías lujosas de los magnates de Europa y de África, como bellas crismeras del diabólico culto. Tal ocurre también con las colecciones de pipas, boquillas, cigarreras, petacas, tenacillas, fosforeras, encendedores, ceniceros y demás accesorios del fumar, que abarcan a los pueblos del mundo entero. Recordemos aquellas anti-

guas copas o braserillos manuales, de bronce, cobre o azófar, y en América frecuentemente de plata, que usaban nuestros abuelos sobre las mesas de sus atavíos sino por el arte y el lujo con que se le enriquece y adorna pequeñas ascuas de carbón donde encendían los tabacos.

El tabaco revela su individualismo presuntuoso, no sólo por sus atavíos, sino por el arte y el lujo con que los enriquece y adorna para acrecentar su distinción. El azúcar no busca el arte, ni para su envase ni para su consumo. Ayer se metía en burdos bocoyes y cajas de madera sin estilo ni carácter; hoy va por esos mundos con tela de saco, como con sayal de anacoreta. Ni formas, ni figuras, ni colores, fuera de la simpleza en geometría y colorines de los confites y caramelos. El azúcar adopta la forma de su continente, bocoy, caja, saco o azucarera; en cambio, en el tabaco es el envase el que se ajusta más y más al producto contenido, llegando a veces a ser singular, tan sólo para un cigarro. Así con esas cajitas que encierran nada más que un tabaco, como los ataúdes que son para un solo cuerpo incinerable y esas envolturas metálicas para cada cigarro, como la armadura de un guerrero. O esos modernísimos estuches transparentes de *cellophane* a través de los cuales cada tabaco luce su especial vitola y su peculiar colorido maduro, a la vez que disimula sus deficiencias sustanciales y fabriles, como una bailadora lasciva muestra a través de sus velos apetitosas curvas y su seductora piel de canela, mientras esconde sus rasgos ingratos.

El azúcar está en la cuna, en la cocina y en la mesa de comer; el tabaco en la sala, en la alcoba y en la mesa de escribir. Con el tabaco se trabaja y se ansía; el azúcar es reposo y satisfacción. El azúcar es matrona utilitaria, el tabaco es galán de ensoñaciones. El azúcar es inversión, el tabaco es diversión; el azúcar va al cuerpo como ingestión, el tabaco va al espíritu como catarsis. Aquélla provoca bondad y provecho, éste quiere belleza y personalidad.

El tabaco es un don mágico del salvajismo; el azúcar es un don científico de la civilización.

El tabaco fue de América llevado; el azúcar fue a la América traído. El tabaco es planta indígena que los europeos llegados con Colón descubrieron, precisamente en Cuba, a comienzos de noviembre del año 1492; la caña de azúcar es planta aquí extranjera y lejana que del Oriente fue llevada a Europa y a las Canarias y de allí trajo Colón a las Antillas, en 1493. En Cuba el tabaco fue hallado con sorpresa; pero el azúcar fue introducido con propósito planeado.

Refiérese, no sabemos con qué fundamento, que Colón, al retornar de su segundo viaje, llevó semillas de tabaco a Andalucía y también lo hizo luego el catalán fray Ramón Pané,

y que allá las sembraron sin éxito. Parece que fue el doctor Francisco Hernández de Toledo quien lo dio a conocer científicamente, medio siglo después, en un informe a su rey don Felipe II, que lo había enviado a México a estudiar la flora de ese país. El tabaco se propagó, más que por una promoción codiciosa, por la propaganda espontánea y subversiva de las pícaras tentaciones. El tabaco fue deleite del pueblo antes que de los magnates. Su propaganda fue folklórica y espontánea, más que calculada y mercantil. Los marineros fueron los que lo extendieron por los puertos de Europa en las formas que ellos usaban en las navegaciones, o sea, para mascar o para fumarlo en pipa. Los cortesanos de Europa lo fueron conociendo, después, por los indianos repatriados.

El azúcar tardó siglos y hasta milenios para salir de la India asiática, pasar a la Arabia y al Egipto, correrse por las islas y costas del Mediterráneo hasta las del océano Atlántico y las Indias de América. Desde que unos aventureros lo descubren en Cuba, pasan pocas décadas y ya el tabaco está extendido, no sólo por las Américas, cuyos indios lo usaban en varias maneras antes de llegar los españoles, sino por Europa, África y Asia, hasta las lejanías de Moscovia, las Kimbambas y el Japón. Ya en 1605 el sultán Murad tuvo que prohibir con sanciones crueles la propagación del tabaco en Turquía, y el emperador de los nipones tuvo que producir las tierras que se habían dedicado a su cultivo. Todavía hoy muchos pueblos carecen de azúcar; pero casi ninguno de tabaco o de algo que lo sustituya, aunque sea con indignidad. El tabaco es hoy la planta más cosmopolita, más que el trigo, y el maíz. Hoy día el mundo vive y sueña envuelto en las azulosas espirales del humo que evocaba a los viejos dioses cubanos. A esa divulgación del hábito de fumar ha contribuido mucho la isla de Cuba, no sólo por la autoctonía del tabaco y de sus ritos, sino por la insuperable excelencia de su producto universalmente reconocido por los buenos fumadores, y por la circunstancia de haber sido el puerto de La Habana el más frecuentado de las Indias Occidentales por todos los marinos de antaño. Todavía decir "un habano", es decir "el mejor tabaco del mundo". Y de ahí que, por lo general, en países lejanos de las Antillas, el nombre geográfico de La Habana fuera hasta hace poco más conocido que el de Cuba.

La economía del azúcar fue desde sus inicios siempre capitalista, no así la del tabaco. Así lo apreciaron exactamente, desde los primeros días de la explotación económica de estas Indias Occidentales, Colón y sus sucesoras en el poblamiento. Aparte de la fertilidad de la tierra y del régimen climático, la eficaz producción del azúcar exige siempre tierras extensas para plantaciones, potreros, bosques y reservas, es decir, magnitudes que tienden a ser latifundiarias. Y como decía el cronista Oviedo: "aparejo grande de las aguas" y disposición de

"muy grandes boscajes de leña para tan grandes y continuos fuegos", y, además, "mucho costa e valor del edificio e fábrica de la casa en que se hace el azúcar e de otra grande casa en que se guarda". Y luego hacía falta gran copia de "carretas para acarrear la caña al molino e para traer leña e gente continua que lave el pan [de azúcar] e cure e riegue las cañas". Aun todo esto no bastaba, hacía falta la fuerza de trabajo que en aquella época equivalía a una inversión de dinero en la compra de esos aparatos automotores que se llamaron esclavos, de los cuales decía Oviedo: "es menester tener a lo menos, continuamente, ochenta a cien negros e aún ciento e veinte e algunos más para que mejor anden aviados" y, además, otra gente, "oficiales e maestros que hacen el azúcar". Y para alimentar todo este gentío, otra mayor inversión, la cual, según Oviedo, exigía "allí cerca [del batey] un buen hato o don de vacas de mil o dos mil o tres mil dellas que coma el ingenio". Por esto, concluía razonadamente el cronista: "el que es señor de un ingenio libre e bien aviado está muy bien e ricamente heredado". No se hizo azúcar con sembradío de plantas sino de *plantaciones*; no se cultivaron cañas sino *cañaverales*. No se estableció la industria para el consumo particular ni doméstico, ni siquiera para el local, sino para la producción mercantil en gran escala y de exportación ultramarina. (Cápítulo adicional XII.)

El tabaco nace hecho; es regalo de la naturaleza al hombre, cuyo trabajo en el tabaco es manual y solamente selectivo. El azúcar no nace hecha; es regalo que a sí mismo se dan los hombres por el esfuerzo creativo de su trabajo. El azúcar ha sido siempre fruto del *ingenio*, del cerebral y del mecánico. En el azúcar lo ingenioso está en la elaboración humana y mecánica para crear. En el tabaco está más bien en la selección personal de lo ya naturalmente creado.

De las hojas del tabaco, que inventa y regala la naturaleza, el rústico sabedor escoge la preferible y, con un simple juego de sus manos para enrollarla, ya fuma un tabaco quizás insuperablemente exquisito. Con sólo las manos, sin herramientas, máquinas ni capital, se puede obtener el mejor tabaco del mundo; pero no se puede lograr azúcar, ni del peor.

No hay industria azucarera sin maquinarias, sin aparato de *ingenio* para estrujar las cañas y sacarles el zumo dulce que luego rendirá su sacarosa. El ingenio será una *cunyaya* indígena o un simple rodaje de dos cilindros movidos por fuerza de hombre o de animal, o será un titánico sistema de molinos, ruedas, engranes, bombas, tachos, calderas y hornos movidos por agua, animales, vapor o electricidad; pero será siempre máquina, esencialmente una palanca oprime. El azúcar se hace por el hombre y a la fuerza. El tabaco lo da la naturaleza por su voluntad.

Es posible para el guajiro aislado hacer alguna azúcar sacando el guarapo a las cañas con la presión de la *cunyaya*, esa simple máquina de palanca única propia de los indios, más simple aun que el *cibucán* con que éstos prensaban las yucas. Probablemente con la *cunyaya* india se sacó el primer guarapo en América, el de las cañas que sembró en La Española don Cristóbal Colón. Pero con tan rudimentario instrumento era imposible organizar una producción de valor comercial. Ya en La Española los primeros pobladores buscan y logran trapiches de moler caña movidos por fuerza de agua o por fuerza animal.

Es verdad que esas máquinas de moler, ya conocidas en Europa antes del descubrimiento de América, eran todas de madera, incluso las masas del trapiche. La extracción de guarapo no pasaba del 35 % de la caña, ni el rendimiento de azúcar excedía del 6 %. Pero en la fabricación del azúcar la máquina de prensar fue siempre tan esencial como las pailas para la cocción y los demás recipientes para las defecaciones de las cachazas y las decantaciones de las mieles.

Durante siglos el azúcar se fabricó en esos *cachimbos*. (Capítulo adicional XIII.) Cuba llegó a tener en el año 1827 más de mil ingenios. La escasa capacidad de los molinos era la que determinaba su poca expansión territorial. Por esa época, los numerosos ingenios de Matanzas, por ejemplo, tenían un promedio de sólo 5 caballerías de cañaverales y otras 23 de monte para leña y reservas. Para un buen ingenio bastaban unas 30 caballerías.

En 1820 llega a Cuba la máquina de vapor y se inicia una revolución industrial. La máquina de vapor todo lo cambia en el ingenio. El proceso de la penetración del vapor en la azucarería es paulatino; dura más de medio siglo, desde que el vapor se apodera en 1820 de los trapiches cubanos, hasta 1878 en que se aplica al último trámite fabril, o sea, a las turbinas o centrífugas purgadoras. Ya en el ingenio de fines del siglo decimonono todo es mecánico, nada se hace a mano. Todo en aquel organismo es nuevo. La vertebración sigue siendo la misma, pero sus aparatos, articulaciones y vísceras se han adaptado a nuevas funciones y magnitudes. Por el vapor no sólo todo se hace nuevo en la maquinaria del ingenio; también todo se hace grande. La mayor potencia energética del vapor va imponiendo el incremento de la capacidad trituradora de los trapiches, y, sucesivamente, la de todos los demás aparatos de la elaboración sacarífera. Pero sólo en el último tercio del siglo XIX el ingenio cubano iniciará ese intenso crecimiento que lo llevará a las grandes magnitudes de estos días.

El ingenio cubano, pese a la transformación total de su maquinaria ya movida por vapor, tarda en crecer en su capacidad productiva, así en sus aparatos como en su agro. Todavía en 1880 la extensión territorial del ingenio no es enorme. En esa

fecha, cada ingenio de la provincia de Matanzas, por ejemplo, tiene un promedio de 49 caballerías en total, con sólo 23 caballerías sembradas de cañaverales. Ese retraso en el crecimiento territorial del ingenio, a pesar de las posibilidades que ya tenían las maquinarias de vapor, no se debió tanto a las revueltas y guerras que intranquilizaron la vida colonial y asolaron muchos campos durante largos años, como a la dificultad económica que se tuvo para el desarrollo del transporte por máquina de vapor, o sea, por ferrocarril. El camino de hierro fue introducido en Cuba hace más de un siglo, en el año 1837, antes que en España y por una sociedad de hacendados criollos; pero es después de la revolución de los diez años cuando se inventan los raíles de acero y éstos se abaratan, y la vía férrea comienza a ser aplicable en gran escala a los ingenios, no sólo extendiéndose las líneas desde el batey hasta los terrenos sembrados de cañaverales, sino conectando los trapiches y zonas cañeras entre sí y con los puertos de almacenaje y exportación. A partir de esa época, las líneas del ferrocarril se extienden sin cesar hacia la caña y la apresan como, tentáculos de una inmensa araña de acero. El ingenio crece en tamaño, va a surgir el magno latifundio. Ya en 1890 hay en Cuba un ingenio, el Constancia, que produce una zafra de 135 000 sacos de azúcar, entonces la mayor del mundo.

La máquina triunfa totalmente en el proceso fabril del azúcar. De él han desaparecido las faenas manuales casi en absoluto. El maquinismo ha sido allí de tanta transcendencia que ha provocado la transformación íntegra de la estructura industrial, territorial, jurídica, política y social de la economía azucarera de Cuba, mediante una serie coordinada de fenómenos todavía no bien apreciados en la sociología cubana.

En el siglo XX la producción sacarífera llega en Cuba al máximo del proceso histórico de su industrialización, si bien aún no ha terminado de recorrer todas las fases necesarias para su perfecta integración evolutiva. El maquinismo, llegado a Cuba en el siglo decimonono con la máquina de vapor, ya en ese siglo fue imponiéndose y creando el *central*; pero es en este siglo XX cuando la máquina ha originado el típico ingenio presente, el *supercentral*. Este ingenio supercentral ha sido el imperativo económico del maquinismo, del cual ha derivado toda una serie fenoménica de hechos que, por su intrincado entretrejimiento y por la relación de causas y consecuencias, no se suelen ver con precisión ni analizar debidamente. Baste aquí decir que los principales fenómenos característicos de la presente industria azucarera cubana, como igual ocurre en mayor o menor grado en las otras Antillas, y como acontece en parte en otras industrias análogas, son los siguientes: *maquinismo*, *latifundismo*, *colonismo*, *trata de braceros*, *supercapitalismo*, *ausentismo*, *extranjerismo*, *corporativismo* e *imperialismo*.

El *maquinismo* es lo que ha permitido y exigido aumentar el radio de los ingenios. Antes el ingenio se extendía hasta donde lo permitía el tiro de las carretas; ahora, con las máquinas locomotoras, el radio de extensión de un ingenio sólo se mide por el precio del transporte. Sabido es que en Puerto Rico se muele caña cortada en la isla de Santo Domingo y llevada por mar al trapiche. El gran molino y el gran ferrocarril han crecido juntos y ambos han hecho necesaria la mayor plantación y de ahí la exigencia de más extensas fincas para los cañaverales. Este fenómeno fue el que produjo la ocupación de muchas tierras vírgenes, sobre todo en las provincias de Camagüey y Oriente y el desplazamiento del centro agrario de Cuba. Estas ciclópeas maquinarias y estos enormes tentáculos ferroviarios, que han convertido a los ingenios en monstruosos pulpos de hierro, han ido exigiendo tierras y más tierras para satisfacer la voracidad implacable de los grandes trapiches con cañaverales, potreros y montes.

Tras el maquinismo vino el magno *latifundismo*, o sea, el aprovechamiento de una enorme extensión de tierra por un solo señorío privado. El latifundismo fue la base económica del feudalismo y a menudo lo ha estado reproduciendo. Toda la Edad Moderna, especialmente desde el siglo XVIII, ha luchado por la libertad del hombre, desligándolo de la tierra; por la libertad de la tierra, librándola de la tiranía monopolista del hombre. Hoy el fenómeno tiende a repetirse intensamente en las Antillas y un día volverán las leyes agrarias para la desamortización de las tierras acaparadas por las *manos muertas*. El latifundismo agrario es ahora una fatal consecuencia del presente fenómeno universal de la concentración capitalista. La industria requiere cada día más y más medios de producción, y de éstos la tierra es el más importante.

El ingenio ya es algo más que una simple *hacienda*; ya en Cuba no hay verdaderos *hacendados*. El central moderno no es una simple explotación agraria, ni siquiera una planta fabril con la producción de sus materias primas al lado; hoy es todo "un sistema de tierras, máquinas, transporte, técnicos, obreros, dineros y población para producir azúcar"; es todo un organismo social, tan vivo y complejo como una ciudad o municipio, o un castillo baronial con su comarca enfeudada de vasallos, solariegos y pecheros. El latifundio no es sino su base territorial, su masa afincada. El ingenio está vertebrado por una estructura económica y jurídica que combina masas de tierras, masas de máquinas, masas de hombres y masas de dineros, todo proporcional a la magnitud integral del enorme organismo sacarífero.

Hoy día el latifundio azucarero no exige ya la contigüidad de las parcelas territoriales o fincas que integran su unidad económica. Generalmente se compone de un fundo nuclear donde está el batey industrial, a modo de villa metropolitana, y de

numerosas tierras periféricas, adyacentes o lejanas pero unidas por ferrocarril e intervenidas como propias, formando todo un imperio con colonias subyugadas, cubiertas de cañaverales y montes, con sus caseríos y aldehuelas. Y todo ese inmenso territorio señorial apenas está sometido a un régimen especial de derecho público; en él rigen las normas de la propiedad privada. El poder dominicano manda en el inmenso fundo tal como si éste fuera solamente una pequeña *estancia* o un *sitio*. Todo allí es privado: el dominio, la industria, el batey, las casas, los comercios, la policía, el ferrocarril, el puerto... Hasta el año 1886 lo eran también los brazos trabajadores, tenidos entonces como poseídas por el derecho de compra y en propiedad.

El latifundio azucarero motiva grandes fenómenos agrosociales, como el acaparamiento de tierras que no se cultivan y permanecen baldías; la escasez de cultivos huertanos o de frutos que serían complementarios del sistema básico de producción de azúcar, que es la razón de ser del latifundio, pero que se evitan para intensificar la explotación económica mercantil; la depreciación de las tierras dentro de la zona monopolizada por el ingenio y que éste no necesita, etcétera.

Dentro del sistema territorial del ingenio, la libertad económica experimenta graves restricciones. No hay fincas pequeñas, ni viviendas, que no pertenezcan al dueño del ingenio; ni arboleda de frutales, ni huertas caseras, ni tiendas, ni talleres que no sean del señorío. El pequeño propietario cubano, independiente y próspero, constitutivo de una fuerte burguesía rural, va desapareciendo; el campesino se ha proletariado, es un obrero más, sin arraigo en el suelo y movedizo de una zona a otra. Toda la vida del latifundio está ya transida de esa objetividad y dependencia, que son las características de las sociedades coloniales con poblaciones desvinculadas.

En Cuba se han achacado al hecho económico del latifundio consecuencias que no son suyas, como la de la importación de braceros baratos y, especialmente, de color. Antes se trajeron esclavos africanos, después jornaleros haitianos y jamaíquinos. Pero esta inmigración, que envilece el tipo de los jornales para todo el proletariado de Cuba, baja el nivel de vida de la sociedad cubana y desequilibra sus componentes raciales retrasando la fusión nacional; no es consecuencia del latifundio. La trata de negros esclavos o braceros nunca ha sido ni es un fenómeno social subsiguiente al latifundio, una consecuencia del acaparamiento de tierras. Ambos fenómenos económicos son esencialmente idénticos: concentración de tierras y concentración de braceros, y ambos obedecen a la concentración capitalista derivada de la industria, especialmente cuando el maquinismo ha exigido más tierra para las plantaciones que consume, más brazos para cosecharlas y, otra vez, en una progresión interminable, más máquinas y más dinero.

La tierra y el bracero, como la máquina misma, no son sino medios de producción que se concentran por lo común simultáneamente, pero a veces su concentración es sucesiva. Cuando en Cuba sobran tierras y las máquinas eran débiles, ya había en el negocio azucarero las concentraciones de esclavos traídos de África; no había entonces latifundio que influyera en ello. (Capítulo adicional XIV.) Después la máquina, al prosperar su poder por medio del vapor, fue concentrando alrededor de sí misma más y más cañaverales, y éstos, a su vez, exigieron más y más brazos, que se suplieron por la inmigración blanca y por el crecimiento natural de la población. Pero cuando el ritmo del incremento azucarero fue más rápido que el demográfico y se crearon grandes ingenios, *centrales* en dilatadas tierras vírgenes, allí hubo que instalarlo todo de nuevo: máquinas, plantaciones y... población. Fue la ocupación precipitada de grandes y nuevas comarcas de Camagüey y Oriente, aparte de otras consideraciones económicas secundarias como el tipo de jornales, lo que hizo renacer la *trata de negros*, ahora contratados en peonaje mísero como antaño comprados en esclavitud desamparada. En Puerto Rico el latifundio ha venido después de la gran expansión demográfica; y, por haber allí una población blanca densísima y en mísera condición, no se han necesitado jornaleros baratos de las otras Antillas.

En la industria del tabaco sucede precisamente lo contrario. Fue industria sin máquinas. Antes, sólo se empleaban muy pocos y simplísimos aparatos manuales en torcer el tabaco de cuerda o en moler el tabaco a polvo o hacerlo picadura. Aun los mayores eran rodajes insignificantes. Todavía puede verse en la llamada Quinta de los Molinos de La Habana la mísera corriente de agua que movía unos molinillos —que le dieron el nombre— con que antaño se preparaban los polvos de tabaco para la exportación. Después de la fabricación del rapé, y de las picaduras, fue en la del cigarrillo donde entró la máquina; pero durante siglos se hizo a mano, en tareas caseras. Para el tabaco la máquina no llega con el vapor, sino muchos años después que se inventan los *trenes jamaíquinos* (en España le dicen *jamaicanos*) para los trapiches de ingenios y éstos se implantan en Cuba.

El azúcar es siempre arraigo. Donde se siembran los cañaverales allí se quedan y duran por varios años, alrededor de una maquinaria fabril, permanente e inmobiliaria. Los cañaverales son grandes *plantaciones* y el ingenio es una gran *planta*. El tabaco es traslativo. Las simientes se siembran en semillero, luego se trasplantan y mudan de lugar, a veces hasta de vega, y al año termina el ciclo tabacalero con la cosecha; nada queda en el campo y la vega hay que volverla a plantar.

La contratación agraria del tabaco suele ser a breves términos, su aparcería puede ser anual; la del azúcar requiere largos años para dar la cosecha de la caña para los sucesivos cortes

de las zafras, hasta que aquélla se convierte en *caguazo* improductivo.

Sin larga inversión de dineros en duraderas plantaciones y potentes prensas, nunca pudo haber ingenio ni otros azúcares que los de la miel trabajada por las comunistas abejas en sus colmenas. La economía del tabaco pudo ser limitada a una agricultura hortelana en la veguita y a unas manos hábiles que supieran torcerlo para su fuma en puros, en cigarros o en pipa. Para poderse propagar los azúcares, se necesitaron muchos progresos en los secretos de la alquimia, en las potencias de la mecánica, en los altos bordos de la navegación, en las colonizaciones tropicales, en la trata de los braceros esclavos, y, sobre todo, en la acumulación de capitales y en la organización bancaria. Para propagar el tabaco bastó que los navegantes y mercaderes fuesen regando por el globo unos puñados de semillitas, las cuales por su pequeñez cabían doquiera, hasta ocultas en la pacotilla de un grumete.

Pueden comprenderse fácilmente las grandes trascendencias sociales del tabaco y del azúcar en Cuba, derivadas de las diferentes condiciones de sus respectivos cultivos. Hay un notable contraste entre la explotación de la vega productora del tabaco y la de la hacienda azucarera, sobre todo del ingenio moderno. Al tabaco se debe en Cuba un género de vida agrícola peculiar. No hay en las vegas ni vegueros la gran concentración humana que en los bateyes azucareros. Ello se debe a que el tabaco no requiere maquinaria alguna; no necesita ingenios ni voluminosas elaboraciones físico-químicas, ni sistemas ferroviarios de transporte. La *vega* es un vocablo de la geografía, el *ingenio* es una voz de la mecánica.

En la producción del tabaco predomina la inteligencia; ya hemos dicho que el tabaco es liberal cuando no revolucionario. En la producción del azúcar prevalece la fuerza; ya se sabe que es conservadora cuando no absolutista.

La producción del azúcar, repitamos, fue siempre empresa de capitalismo por su gran arraigo territorial e industrial y la magnitud de sus inversiones permanentes. El tabaco, hijo del indio salvaje en la tierra virgen, es un fruto libre, sin yugo mecánico, al revés del azúcar, que es triturada por el trapiche. Esto ha tenido enormes consecuencias económicas y sociales.

Ante todo, el cultivo del tabaco se hizo en las tierras mejores, sin supeditarse a la indispensable inamovilidad de una gran planta industrial, que seguía *plantada* aun después de haberse empobrecido por ella todas las tierras a la redonda. Ésta creó el *ingenio* que antaño fue cuando menos un caserío y hoy día

es una ciudad. La vega no pasó nunca de ser un sitio rural, como una huerta. La vega no formó latifundios y fomentó la pequeña propiedad. Para el ingenio se requería una hacienda; para la vega bastó una estancia. Los dueños de ingenio se llamaron *hacendados* y moraron en las ciudades; los de las vegas quedaron en *vegueros*, *monteros*, *sitieros* o *guajiros* y no salieron de los bohíos.

El cultivo del tabaco requiere un ciclo anual de constante trabajo, realizado por un personal muy perito y especializado. El tabaco se fuma mucho para *matar el tiempo*, pero en la tabacalera no hay *tiempo muerto* como acontece con el azúcar. Esto, y la circunstancia de ser la vega un fundo pequeño, han hecho que el veguero se pegue a su tierra, como el estanciero de antaño, y que la explotación agrícola pueda ejecutarse en pequeños núcleos familiares. Sólo cuando esto no puede lograrse se requieren los braceros, pero en pequeños grupos, nunca en las cuadrillas y centenares de trabajadores que exigen los cañaverales. La *vega*, repetimos, es vocablo de simple topografía; la *colonia* es voz de compleja ordenación político-social.

También por tales causas, si bien en los tiempos de la esclavitud los negros esclavos se emplearon como peones, el núcleo veguero fue siempre libre y blanco. Así el tabaco como el azúcar se entrelazan con las razas. El tabaco es un tesoro legado por el indio, apreciado y recogido enseguida por el negro, pero cultivado y explotado por el blanco. Al tabaco ya los indios lo cultivaban en huertos como "muy sancta cosa", al decir de Oviedo, y distinguiendo la variedad suave y hortense, según Cobo, de la silvestre y más fuerte. Los blancos lo conocieron pero no lo estimaron enseguida, ni adquirieron pronto su hábito. "Es cosa de salvajes." Los cronistas no lo fuman, y algunos abominan de él. Benzoni contaba que el olor del tabaco le era tan pestilente que él salía corriendo para no sufrirlo. Cuando ya en el segundo cuarto del siglo XVI Las Casas escribe su *Apologética historia de las Indias*, señala como notable el haber conocido "un español casado y honrado en esta isla, que usó tomar tabacos y el humo dellos, como los tomaban los indios, y decía que por el gran provecho que sentía, por ninguna cosa los dejaría".

Fueron los negros de La Española quienes pronto apreciaron los méritos del tabaco indígena, y no sólo adoptaron de los indios su hábito de fumarlo, como dice Benzoni, sino que fueron ellos los que primero lo cultivaron en las haciendas de sus amos. Dicen que les "quita el cansancio", refiere Oviedo. Pero aún seguía despreciado por los pobladores. "Es cosa de negros."

En Cuba debió de suceder lo mismo; el tabaco fue "cosa de indios y de negros" y más tarde afición de blancos, que subió

desde lo bajo de la sociedad hasta las clases altas. Pero ya mediado el siglo XVI, en La Habana, donde cada año se reunían las flotas de España y de allí salían en conserva para atravesar el océano, el tabaco fue objeto de granjería y era precisamente los negros quienes hacían el negocio. La codicia del blanco se impuso y las autoridades dictaron ordenanzas discriminatorias prohibiéndole al negro que siguiera vendiendo tabaco a las flotas. El negro ya no pudo vender ni cultivar tabaco sino para sí; el negro no podía ser comerciante. Y desde entonces el cultivo y granjería del tabaco fue privilegio económico del blanco.

El azúcar fue mulata desde su origen, pues en su producción fundiéronse siempre las energías de blancos y negros. Aun cuando fue Colón quien trajo a las Antillas las primeras cañas de azúcar desde Canarias, el azúcar no era un fruto español, ni siquiera de Europa sino oriundo de Asia, de donde la fueron extendiendo por el Mediterráneo los árabes y los moros. Y éstos para el cultivo de la caña y extracción de su dulce jugo tuvieron siempre que contar con esclavos y siervos bien robustos, los cuales, así en Portugal, España y Sicilia de Europa, y en la Mauritania y Egipto de África, como en la Arabia, Mesopotamia, Persia y el Indostán del Asia, fueron por lo común braceros negroides, de esa gente oscura que desde los tiempos de la prehistoria penetró en dicha larga faja de territorio supratropical y le dio su permanente color moreno, de esa misma gente que en la Edad Media la invadió de nuevo con las oleadas de musulmanes, que para los negros jamás tuvieron repelentes perjuicios de racismo. Y a la isla de Cuba, y acaso a la misma Española, llegaron juntos de allende el negro esclavo y la caña de azúcar. Y desde entonces el brazo del negro y el azúcar de caña son dos factores de un mismo binomio económico en la ecuación social de nuestro país. (Capítulo adicional XIV.)

Durante siglos, en el ingenio el trabajador fue exclusivamente negro; con frecuencia eran "de color" hasta los mayores. Así en los campos como en la casa de calderas, salvo los maestros de azúcar y el grupo de la administración. Hay que llegar al cese de la esclavitud, a las inmigraciones de braceros peninsulares después de la Guerra de los Diez Años, y a la instauración del sistema agrario de las colonias, para encontrar agricultores blancos en los cañaverales de los ingenios cubanos.

El siglo XIX fue señalado en Cuba por la transformación del régimen del trabajo, mediante la supresión de la trata negrera y, mucho después, por la abolición de la esclavitud y su sustitución por el salariado. La abolición fue proclamada por los cubanos en revolución secesionista contra la metrópoli; después por ésta, en 1880-1886. El cese de la trata coincidió con la introducción de la máquina de vapor, que aumentó la capacidad de los ingenios y la producción de azúcar, y el cese de la

esclavitud (1880) fue simultáneo con el arribo de los railes de acero y la extensión de los ferrocarriles, que ampliaron el agro de los ingenios. Entonces hicieron falta braceros baratos, y España, a medida que se acababan las posibilidades de la trata clandestina y no teniendo otros obreros esclavos que traer, ni más chinos ni yucatecos, importó trabajadores blancos de sus propias tierras europeas. Y así fue disminuyendo la proporción negra de la población cubana. En el actual reparto de la población de color por el territorio cubano, puede observarse la mayor densidad negra en las viejas comarcas azucareras; no en las tabacaleras, las cuales fueron pobladas con preferencia por blancos inmigrantes canarios y antiguos guajiros. Para el tabaco se atrajo la población blanca y libre, mientras para la caña se importó la negra y esclavizada. Y de ahí también que no se den en el cultivo del tabaco las invasiones inmigratorias de simples jornaleros, y, menos aún, las de los haitianos y jamaquinos que fueron promovidas para abaratar el corte de los cañaverales.

Conviene advertir que si esto ocurre en Cuba no fue lo mismo en otros países, como, por ejemplo, en Virginia, cuya economía inicial fue basada por sus conquistadores en el tabaco. En Virginia, entonces colonia inglesa, al iniciarse las siembras de tabaco por los colonos, se utilizan exclusivamente esclavos para los cultivos; esclavos blancos y negros, si bien preferentemente "de color".

Esto se debió a que las siembras tabacaleras se comenzaron no como en Cuba donde usaban a los indígenas, como cultivo doméstico u hortelano, sino con el régimen extensivo de las plantaciones. Y esto ¿por qué? Porque la siembra de tabacales allá en Virginia fue desde sus comienzos un negocio formado para la exportación trasatlántica de sus productos y el máximo logro mercantil; es decir, fue desde sus inicios una empresa capitalista. Por eso en las colonias angloamericanas no hubo vegueríos ni preocupaciones individuadoras de la hoja tabaquera. Allí el capitalismo dominó la producción del tabaco desde el principio, y fue enseguida a conseguir cantidad más que calidad, y la organización del trabajo fue también más cuantitativa y extensiva que de *escogidas* y artesanos. Además, allí no se pensaba entonces en torcer tabacos ni en fabricar *puros* que eran desconocidos, sino tan sólo en hacer mucho en andullos para mascar, en cuerda para pipas y luego en polvo para sorber. Para esas burdas producciones industriales no eran precisas las sutilezas artesanales del tabaquero torcedor. Por eso en Inglaterra y sus colonias americanas el tabaco fue "cosa de indios y negros", y durante siglos fue sintéticamente simbolizado el negocio, compraventa y expendio de tabaco por un *indio-negro*, es decir, por una figura de facciones y atavíos indios pero con epidermis morena de esclavo africano.

Por esto también, el tabaco, lejos de fomentar en Virginia la pequeña finca y el veguerío, fue causa de un creciente apetito de tierras, y los colonos cultivadores de tabaco con esclavos se fueron extendiendo en busca de nuevas y extensas tierras y más hacia el Oeste, agrandando el territorio y empujando sus fronteras. Ahí es evidente que el latifundio no causó la esclavitud negra, más bien fue la existencia de los esclavos y la posibilidad de aumentarlos la determinante de la creación de los latifundios para los cultivos tabacaleros. Fue la potencia de la esclavitud —que en definitiva era una manera del capitalismo, adueñado de esos grandes medios de producción que eran las dotaciones esclavas— la que buscó unas correspondientes magnitudes territoriales e hizo que el cultivo del tabaco, en Cuba intensivo, hortelano, libre y burgués, en Virginia fuese desde su origen extensiva plantación de esclavitud y capitalismo.

También ha de decirse que si el azúcar se unió con el negro no fue en realidad por la raza de éste no por causa de su pigmentación, sino tan sólo porque negros fueron durante siglos los más numerosos, robustos, baratos y posibles esclavos a cuyo cuidado estuvo su cultivo en toda América. Cuando no hubo negros, y hasta conjuntamente con los negros, las plantaciones tuvieron esclavos de otras razas, como berberiscos, moros y mulatos. La plantación no estaba casada precisamente con el negro sino con el esclavo. El azúcar fue esclavitud, el tabaco fue libertad. Y si en las plantaciones tabacaleras de Virginia hubo con los esclavos negros otros que eran blancos, comprados en Inglaterra y pagados con fardos de tabaco, en las fincas azucareras de las Antillas británicas hubo esclavos negros y también esclavos blancos, irlandeses condenados por Cromwell, y hasta ingleses vendidos cada uno al precio de unas 1 550 libras de azúcar, o como hoy diríamos, a cambio de unos cinco sacos de azúcar por cada inglés. En Cuba esto no se dio. Quizás hubo aquí algún esclavo blanco, y sobre todo blanca, en los comienzos de la colonización, pero no después; y si es cierto que hubo mulatos casi blancos en estado de esclavitud, en todo tiempo la blancura de piel fue en Cuba signo y vía de emancipación.

Tocante al trabajo, es también muy característica del azúcar y de mucha trascendencia social la intermitencia de las faenas en campos y bateyes. La zafra no es continua, y si antes duraba casi un semestre, ahora no suele pasar de cien días, y aún menos en estos tiempos de zafras legalmente restringidas. Todo el resto del año es *tiempo muerto*. Entonces los braceros de las inmigraciones golondrinas, que vinieron a Cuba para la zafra, se van del país con sus ahorros, y el proletariado nativo sufre larga desocupación temporal e incesante inseguridad. Gran parte de la masa obrera de Cuba ha de vivir todo el año de sus jornales ganados en sólo tres o cuatro meses, y todo el pueblo se resiente de este régimen estacional de trabajo que

se reduce a una población empobrecida, con dieta insuficiente y desvitaminada, a base de arroz, frijoles y raíces que no la nutren y la entregan desarmada a la uncinariasis, a la tuberculosis, a la anemia, al paludismo y demás dolencias que la rinden. No ocurría así en igual grado con el tabaco, donde las faenas agrarias e industriales requieren un trabajo más continuo; pero ya todo va siendo para nuestra desventura igualmente poco nutritivo.

Ese necesario apego del veguero sobre el agro tabacal, esa constante atención al sol y a los meteoros, y esa minuciosidad manual que requiere el cultivo, han impedido la extensión de las vegas, las plantaciones de tabaco en gran escala, con enormes capitales invertidos y sometidos a cultivadores forasteros.

González del Valle escribe que no es conocido "el caso de un solo americano u otro extranjero que se haya enriquecido cultivando tabaco en Cuba, habiendo perdido los extranjeros la mayor parte si no todo el capital". Hay terratenientes extranjeros, pero no son ellos los vegueros, salvo algunos españoles, quienes se naturalizan pronto por su fácil adaptabilidad al ambiente cubano. El tabaco ha sido siempre más cubano que el azúcar. Ya se dijo que el tabaco es indígena de este Nuevo Mundo y el azúcar vino del Mundo Viejo.

En el azúcar el predominio extranjero siempre fue notable y en el presente es casi exclusivo. El tabaco ha sido siempre más cubano que el azúcar por su nacimiento, por su espíritu y por su economía. La razón es obvia. El azúcar siempre ha exigido mucho capital; hoy día una enorme fortuna. Hace un siglo se podía tener un genio bien equilibrado con un capital de cien mil pesos; ahora solamente la planta industrial vale más de un millón. Además, desde que los ingenios se instalan en América, todos sus elementos, salvo la tierra, hay que traerlos de países ultraoceánicos. Las máquinas, los trabajadores, los dineros que invertir, todo hay que importarlo y esto implica aún mayor necesidad de gran capital. Si la industria azucarera es capitalista desde su inicio, a medida que mejora la técnica mecánica, al llegar la máquina de vapor, se requieren trapiches más costosos, más cañaverales, más tierras, más esclavos, más inversiones y reservas; en resumen, más y más capital.

Toda la historia del azúcar en Cuba, desde su primer día, es la lucha por la traída del capital foráneo y su injerencia primordial en la economía insular. Y precisamente, no del capital español sino del más extranjero: del genovés, del alemán, del flamenco, del inglés y del yanqui; desde los días del emperador Carlos V con sus banqueros, los Fúcares, hasta estos modernos días del "buen vecino" y los financieros de Wall Street.

Aun en la época de mayor esplendor para el patriciado de los terratenientes cubanos, que en los ingenios ganaron, a veces improvisadamente, fabulosas fortunas y regios títulos de nobleza, el azucarero experimentó siempre cierta supeditación extranjera. Porque aquí no se consumían los azúcares y éstos habían de ir en crudo a los mercados de afuera, donde monopolizaba su comercio la garra de los refinadores, sin cuya intervención aquéllos no podían entrar en el consumo mundial. El hacendado del azúcar necesitó el gran refaccionista y ésta al potentado banquero. Aún no mediado el siglo XVI, ya los azucareros piden dinero prestado a los tratantes de Sevilla y a los reyes, no sólo para seguir el negocio de los ingenios, sino hasta para poderlos establecer. También por esto el azúcar fue extranjerizo, por ser inevitablemente capitalista y necesitado de fiadores y banqueros que aquí no abundaban; y los que había no eran sino agentes de los tratantes de Cádiz o de los refinadores ingleses, quienes facilitaban las maquinarias y refacciones pero imponían, con sus anticipos y usuras, sus condiciones y precios desde Londres y Liverpool y, luego, desde Nueva York. Cuando la condesa de Merlín escribió su *Viaje a La Habana*, ya muy entrado el siglo XIX, se asombraba de que el interés cobrado por los comerciantes prestamistas a los hacendados cubanos fuese del 30% al año, mejor dicho, del dos y medio mensual.

Ya después de la Guerra de los Diez Años, cuando el progreso de la técnica metalúrgica impone los *centrales* de grandes trapiches y extensas ferrovías, el capital necesario para un ingenio es enorme, fuera de las posibilidades del individuo. De ahí surgen tres consecuencias económico-sociales: el renacimiento del *colonato* para el cultivo, la compañía industrial y mercantil *anónima* y la *injerencia directa del capitalismo extraño* en el dominio y personal gobierno de los ingenios. Por fin, a causa de la depresión de los negocios después de la gran guerra, del capitalismo industrial y mercantil se ha pasado al *supercapitalismo* bancario o financiero, que hoy constituye la plutocracia extranjera que gobierna la vida económica de Cuba. De todo ello se ha derivado a su vez la mayor dependencia del colono cañicultor, que en Cuba es donde gana su parte con menor equidad (Según Maxwell), su progresiva desaparición y, en fin, la proletarización total en los ingenios, del campo al batey, donde impera un procónsul ejecutivo como delegado del poderío lejano e imperial. El *extranjerismo* de la industria azucarera en Cuba es tal que sobrepasa al que ella tiene en Puerto Rico, isla sometida a la soberanía de los mismos Estados Unidos.

El extranjerismo del ingenio no sólo es externo, sino interno. Tiene una integración *vertical*, como hoy se dice. No sólo es extranjero la intervención de las entidades azucareras, ejercida allá en Estados Unidos, desde ese centro de irradiación

de potencia crematística que se ha dado en llamar Wall Street, sino que suele ser extranjera la nacionalidad de la persona jurídica señora del ingenio. Es extranjero el banco que financia las zafras, extranjero el mercado consumidor, extranjero el personal administrativo que se establece en Cuba, extranjera la maquinaria que se implanta, extranjero el capital que se invierte, extranjera por adueñamiento foráneo la tierra misma de Cuba enfeudada al señorío del ingenio, y extranjeras, como es lógico, son las grandes utilidades que emigran del país para enriquecimiento de extraños. Aún más, extranjero ha solido ser en ciertos supercentrales hasta el trabajador, traído a Cuba por una nueva manera de trata, desde Haití y Jamaica, o por inmigración libre, desde las aldeas españolas.

Ese extranjerismo se agrava por el *absentismo*. Ya hubo hacendados ausentes hace un siglo, los cuales vivían la *buena vida* en La Habana, dejando los *cachimbos* a sus administradores. Pero desde 1882, cuando un norteamericano, Atkins, compró el ingenio Soledad y fue el primer hacendado yanqui de Cuba, el *absentismo* fue más extenso, más permanente, más lejano, más extranjero y, por tanto, de más nociva trascendencia social para el país.

Antaño el *absentismo* del azucarero era a veces atenuado periódicamente por la herencia, la cual, al morir el hacendado, devolvía esa riqueza acumulada a la sociedad cubana, por medio de sus hijos y herederos nativos. Ahora no ocurre así, pues el hacendado, si puede seguirse llamando tal al ente jurídico dueño del ingenio, nace ausente y nace extranjero, y hasta carece de herederos si es una *anónima* corporación. La gran masa de capital indispensable para los supercentrales no pudo hallarse en Cuba y el impulso del capitalismo productor no pudo ser refrenado internamente. Así la industria azucarera fue extranjerizándose y pasando a manos anónimas, corporativas, lejanas, deshumanizadas, prepotentes y de muy escurridiza responsabilidad.

En 1850 el comercio de este país con Estados Unidos ya es mayor que el mantenido con su metrópoli hispana, y Estados Unidos asume definitivamente su condición geográfica natural de mercado consumidor de la próxima producción cubana, pero también sus privilegios de metrópoli económica. Ya en 1851, el cónsul general de Estados Unidos en La Habana escribe oficialmente que Cuba es una dependencia económica de Estados Unidos, aun cuando políticamente siga gobernada por España. Desde entonces el azúcar norteamericano mandó en Cuba y sus aranceles fueron aquí más influyentes que las constituciones políticas, como si todo el territorio de nuestra patria fuese un inmenso batey; y Cuba, sólo el nombre simbólico de un gran central dominado por una corporación extranjera de accionistas sin nombre.

Y aún hoy día, y cada vez con mayor apremio, el problema inmediato de la hacienda cubana consiste en lograr que el fisco obtenga sus ingresos tomándolos directamente de las fuentes de riqueza y de sus utilidades, sin eximir las extranjeras, en vez de seguir con esos impuestos indirectos que gravan al pueblo cubano y lo esquilman. Cuba no será en verdad independiente si no se libra de esa retorcida sierpe de la economía colonial que se nutre de sus campos, pero estrangula a su gente y se enrosca en la palma de nuestro escudo republicano, convirtiéndola en un signo del dólar extranjero.

No sucedió así con el tabaco, ni en la vega ni en la industria. El cosechero del tabaco fue un guajiro modesto que no tuvo que comprar máquinas, sino escasos aperos, y a quien bastaban los recursos propios o los pocos abastecimientos del bodega local. Si el hacendado tuvo fortunas, títulos de nobleza, oficios gubernativos, cultura refinada y, a veces, afán de progreso; el veguero no pudo pasar de campesino humilde, rústico y rutinerio. Si el hacendado tuvo en Cuba ferrocarriles antes que los hubiera en España, y en La Habana teatro opulento, con ópera y drama que no desmerecían de los de Madrid; el veguero siguió en su caballejo por el monte y puso sus expansiones en los gallos, canturrias y zapateos.

En el tabaco la producción ha sido más personal y su trabajo tuvo patriarcalismo y familiaridad. El azúcar fue industria anónima, labor multitudinaria de dotaciones de esclavos o de cuadrillas de jornaleros, arreados por los mayores del capital. El tabaco ha creado clase media, burguesía libre; el azúcar ha creado clases extremas, esclavos y amos, proletarios y hacendados. "No hay pueblo en La Habana; no hay más que amos y esclavos", decía de su patria hace un siglo la condesa de Merlín. Pero la misma escritora observó que "el guajiro prefiere vivir con poco con tal de vivir con libertad". En el ingenio hubo el hacendamiento y la servidumbre del feudo y señorío; en las vegas hubo la necesidad libre del humilde villanaje. La vieja aristocracia colonial de Cuba fue casi siempre ennoblecimiento titular del hacendado enriquecido con trapiches y esclavos. Títulos de azúcar, señoríos negros. Ya decía el desenfadado arcipreste de Hita (ob. cit., estrofa 491):

*Sea un home nescio e rudo labrador,
Los dyneros le fassen fidalgo e sabydor,
Quanto más algo tiene, tanto es de más valor;
El que non ha dineros, non es de sy señor.*

Fácil es comprender cómo la unidad social productora del azúcar (ingenio y plantación), además de su carácter capitalista, tenía que participar de cierto carácter feudalesco y señorial. Bien lo decía otro clérigo poeta, Juan de Castellanos, en una de sus famosas *Elegías*:

Un ingenio es un gran heredamiento.

Pero también decía de los ingenios:

Destos cada cual es un señorío.

El colonato, que se introduce en la economía azucarera para ocupar una posición de clase intermedia, no pasa de ser un personaje de transición, elocuente por lo que significa y expresa cuando entra en escena y cuando de ella se va. (Capítulo adicional XV.)

La ausencia de maquinaria y la brevedad del fundo hicieron antaño que en la tabacalera fuese menos apremiante el dinero en grandes cantidades. El historiador Pezuela decía del tabaco en la segunda mitad del siglo XIX, cuando el maquinismo era ya incontenible en la industria sacarífera: "Además de su superioridad reconocida sobre los demás productos de la Isla, asegura el porvenir del tabaco la ventajosa circunstancia de que no necesita de una fortuna ya adquirida para explotarlo. Sin tenerla, ya no puede emprenderse la de un ingenio, ni aun la de un cafetal. Un corto peculio y la resolución de trabajar garantizan la adquisición y fomento de una vega." Esta circunstancia, si no impidió en el tabaco los esquilmos crueles de la usura, sí hizo innecesario los fenómenos de régimen y de concentración capitalista en las épocas y grados en que los ha experimentado la industria sacarífera de Cuba.

En la industria tabacalera es ya al mediar el siglo decimonono cuando la gran máquina penetra en ella. Para torcer el tabaco de cuerda, o moler el tabaco a polvo, o hacerlo picadura, las máquinas eran elementales, como la rueca, y aun todo esto se hacía también a mano y por el pequeño industrial. Después la máquina llega para el cigarrillo, para la picadura, el enrollado y el envase. Hoy día la máquina de hacer cigarrillos es una maravilla de precisión. Ya en 1853 se estableció en La Habana una cigarrería con máquina de vapor, por don Luis Susini, la cual llegó a producir 2 580 000 cigarrillos al día. Por otra parte, el ferrocarril, que es la gran máquina del transporte terrestre, fue aproximando las vegas a La Habana y facilitó las compras de las ramas sin necesidad de corredores e intermediarios, por más que éstos no fueron del todo eliminados. Hoy día ya hay máquinas de torcer tabacos puros, inventadas y empleadas en Estados Unidos; pero el proletariado cubano aún se resiste a su implantación en este país.

La dependencia bancaria y de extranjería que siempre ha sufrido la industria azucarera cubana, ha contribuido a que ésta se haya distinguido también del tabaco por sus tratos con los gobiernos y sus políticas fiscales.

El tabaco cubano hubo de luchar siempre más que el azúcar con el fisco y sus gravosos sistemas de monopolios, estancos, tarifas y restricciones de toda laya. El azúcar, que fue artículo de lujo, lo es hoy de necesidad; el tabaco, que fue necesidad religiosa y médica, ha pasado a ser, si así puede decirse aunque con paradoja, "un lujo vulgar". Y esto explica en cierto aspecto las feroces acometidas del fisco al tabaco, que se han manifestado con restricciones a su cultivo, a su industria y a su comercio, y con una gran variedad de tributos. El cultivo del tabaco cubano fue durante siglos objeto de numerosas disposiciones reales y gubernativas de sentido contradictorio: prohibitivo, restrictivo, permisivo, pero raras veces estimulador.

Ya por el siglo XVI, cuando el tabaco comienza a ser buscado en América por los ingleses, franceses y holandeses, o sea, por los contrabandistas extranjeros, el rey Felipe inicia las restricciones legales para su siembra y comercio. En 1606 se prohíbe por diez años el cultivo del tabaco en Cuba y demás islas y países de Tierra Firme. En 1614 se levantó la inicua prohibición, permitiéndose la siembra, pero ordenando que todas las cosechas se enviaran a Sevilla y condenando al contraventor con ¡pena de la vida!

A medida que fue extendiéndose el consumo del tabaco cubano, éste interesó al fisco y fue objeto de estancos y monopolios, desde el creado por Real Cédula de 11 de abril de 1717 hasta el más extenso, el de 1740, cuando a Martín Aróstegui se le dio el monopolio no sólo del comercio del tabaco, sino de todo el comercio de la isla. Por algo las primeras rebeliones armadas que hubo en Cuba fueron las de 1717, 1721 y 1723, producidas por los vegueros y frailes atropellados por ese régimen atroz de abusivos privilegios y consentidos contrabandos. Más de un siglo duraron esos monopolios comerciales, tan corrompidos como corruptores; pero, aun después de establecida la libertad mercantil en 1817, las vicisitudes fiscales de los impuestos nacionales extranjeros sobre el tabaco han atormentado sin cesar su producción y su comercio.

Nos permitimos indicar al lector que puede hallar más datos acerca de los factores del desarrollo histórico y social del tabaco en la economía de Cuba, en el capítulo XVII de nuestra obra *Historia de una pelea cubana contra los demonios* (La Habana, 1960), publicada por la Universidad de Santa Clara. Dicho capítulo, referente al tabaco, se titula "Un nuevo demonio entra en la historia de Remedios y en la del mundo".

En cambio, para el azúcar todo fue favor y privilegio. No había mediado el siglo XVI y ya se contaba en Cuba con el dinero de las arcas reales para plantar ingenios, con exenciones de embargos y con la merced gratuita de la tierra, que entonces sobraba y se quería poblar. En 1517, apenas transcurridos cinco años de conquistada la isla, ya los hacendados

de Cuba obtienen de los reyes la primera *moratoria* para sus deudas. En 1518, por Real Cédula de 9 de diciembre, el tesoro real emprende funciones de banco agrícola para quienes en La Española establecieron ingenios de azúcar, prestándoles "ayuda de la real hacienda" y suspendiéndoles deudas. Y no cesaron los privilegios. (Capítulo adicional XVI.)

Por todos los gobiernos coloniales fueron prestados los dineros, mercedadas las fincas, talados los montes, traídos los maestros de "manificar" azúcar, suspendido el almorifazgo, olvidadas las alcabalas, consentidos los contrabandos, moratoriadas las deudas, tendidos los ferrocarriles, hechos los empréstitos, concertados los tratados, rendidos los monopolios, amenguada la religión, tolerados los herejes, reprimidas las libertades cívicas, tiranizado el pueblo y postergada la independencia. Y para los ingenios millares y millares de infelices fueron muertos o esclavizados: negros del África, cobrizos del Yucatán y amarillos de la China. Para el medro del azucarero poblaciones enteras fueron raptadas, corrió tanta sangre como guaparo, y todas las razas sufrieron rebenque, cepo y calabozo.

Aún hoy día la economía nacional de Cuba está supeditada a la producción de azúcares y éstos son protegidos con preferencia constante, aun cuando los ingenios ya no son cubanos, a cambio de retributivos beneficios arancelarios otorgados por Cuba a importaciones extranjeras.

Al caer el siglo XIX el capitalismo va invadiendo más y más la tabacalera, introduciendo innovaciones en sus cultivos, industrias y comercios y en todos sus engranajes. Hasta en el dominio de la tierra, el capitalismo ha ido acaparando las vegas. En la última quincena de años más de 11 200 propietarios vegueros se han visto reducidos a unos 3 000. Los vegueros desaparecen y el guajiro se proletariza, desnubre y languidece en miseria, presa de parásitos intestinales y sociales. El régimen económico del tabaco se va acercando al tradicional del azucarero, uno y otro por igual estrangulados desde lejos y desde cerca por tentáculos impíos.

El tabaco sale y entra; el azúcar entra y sale... y queda afuera. Todo el desarrollo histórico del tabaco en Cuba, por su indigenismo, por su excelencia y por otros factores colaterales, tiene un sentido económico centrípeto. Va esa mercancía de Cuba hacia afuera y su producción tiene que esforzarse por salir y buscar el consumo allende, pero el provecho ingresa y aquí se liquida. En cambio, el negocio azucarero de Cuba, por el exotismo de su oriundez, por su antecedencia europea y por su extranjerismo capitalista, tiene un sentido económico centrífugo. Vienen del extranjero hacia adentro, es el mercader del consumo foráneo quien se esfuerza por penetrar en Cuba y fomentar aquí la barata producción; pero el dominador no es cubano y dispondrá el provecho muy lejos de aquí.

Y para ello el azúcar presionará hasta la tiranía toda nuestra historia, poniendo en ella una constante angustia de opresión y fuerza, sin traernos robustas instituciones de enseñanza, de parlamento y de civilidad. Es el azúcar la que trae los esclavos, la que conquista La Habana en 1762, la que en Londres impone su abandono en 1763, la que fomenta la trata, la que se burla de sus prohibiciones, la que le roba a Cuba sus libertades en todo el siglo decimonono, la que forja y mantiene su estado de coloniaje y de supeditación económica. Dicho sea por sus directrices primordiales, en Cuba el azúcar ha sido fuerza exógena de afuera hacia adentro para luego sacar: fuerza opresiva y de extracción mientras el tabaco ha sido fuerza endógena del país hacia el exterior para luego meter fuerza expansiva y de integridad. La parábola económica del azúcar es curva que penetra en Cuba pero tiene fuera su inicio y su fin; la línea parabólica del tabaco nace en Cuba, se desarrolla por el extranjero y retorna al país. Y por esto, la economía tabacalera ha sido siempre más cubana y hasta más habanera, más gobernada desde la misma capital de la isla, mientras la economía azucarera jamás ha sido regida por los cubanos, sino por extranjeros ausentes y casi siempre anónimos y desconocidos, ausentes y ocultos en la sombra.

El tabaco siempre ha sido dominado económica y políticamente por el poder interno; quien ha mandado en Cuba ha gobernado, bien o mal, sobre el tabaco. El azúcar, al contrario, ha sido gobernada por una fuerza extranjera superimpuesta al poder insular. Toda la historia de Cuba, y más cuando mayor ha sido la riqueza de la producción cubana, desde los días de la conquista al día que corre, ha estado sometida primordialmente a ese poder azucarero y extraño. En los siglos de la colonia, ese poder azucarero que ha sido y es el impositivo de la economía antillana, no residía realmente en Madrid, **ya que** la monarquía española no fue, desde el mismo siglo XVI, sino el aparato jurídico que, a cambio de la cómoda y pingüe sustentación parasitaria de sus burocracias dinásticas, nobiliarias, militares, clericales y administrativas, mantenía sobre los pueblos peninsulares y americanos el orden público y la explotación de sus gentes con regímenes de absolutismo feudal, mientras abandonaba la iniciativa y el imperio económicos al capitalismo mercantil, industrial y financiero de los más avisados países de Europa: de Génova, de Habsburgo, de Flandes, de Londres y, ya en el siglo XIX, de Nueva York. De igual manera, después los hijos de Cuba Libre a veces nos hemos podido preguntar si nuestros funcionarios y políticos republicanos están al servicio de nuestro pueblo o al del azucarero incógnito, como si aquellos fueran simples guardas jurados del gran batey cubano a las órdenes de una empresa extraña.

En conclusión, desde el mismo origen de la producción sacarífera, en el siglo XVI, toda la historia de Cuba se entreteje al-

rededor de la foránea dominación azucarera, la cual siempre ha exigido el predominio de sus intereses lucrativos y lejanos sobre los nacionales del país. Por esto el cubano tabaco ha aguantado el gravamen de tributos de exportación, cobrados al salir de Cuba para provecho del tesoro insular, mientras que el extranjero azúcar siempre se ha resistido con éxito, hasta en estos tiempos excepcionales que ahora van corriendo, al pago de impuestos aduanales de salida a favor de la hacienda cubana, aun en épocas que hoy parecen fabulosos, cuando el lucro anual para el azucarero pasó del ciento por ciento del gran capital invertido en tierras, ingenio y plantaciones. En la historia colonial de Cuba el azúcar fue absolutista español, el tabaco fue libertador mambí. El tabaco ha influido más a favor de la independencia nacional. El azúcar ha significado siempre intervención extranjera. Pero ya hoy día (1940), por desventura todo lo va igualando ese capitalismo, que no es cubano, ni por cuna ni por amor.

Se advertirán también estos serios contrastes políticos observando los comerciales.

Los comercios del tabaco y del azúcar nacieron y se desarrollaron de muy distinta manera.

Se distinguen el tabaco por su individualidad y el azúcar por su amorfismo. Cinco factores influyen decisivamente en la historia y vicisitudes comerciales del tabaco, a saber: a) el tabaco es un artículo de placer y vicio, una mercancía de lujo, como el vino espumoso; b) el tabaco habano es producto de una indisputable, insuperada e insustituible individualidad, como el vino de Champaña; c) sin embargo, el uso del tabaco está sometido al capricho, la moda y la deformación de los gustos; d) no obstante su carácter accesorio y frívolo, su consumo es tan universal como si fuese de primera necesidad; y e) el tabaco es objeto fácilmente gravable con impuestos. Sobre estas condiciones peculiares, que no concurren en el azúcar, se ha ido tejiendo toda una historia de apetencias, fábulas, vicios, anatemas, medros, empresas, prohibiciones, tarifas, tributos, fraudes, coqueterías, ensueños y maldiciones.

Desde sus comienzos, el azúcar tuvo una *economía dirigida*, el tabaco tuvo una *economía espontánea*. El azúcar fue manipulación de experta alquimia; el tabaco fue tradición de folklore.

Cuando Cristóbal Colón trajo a estas Indias cisatlánticas las primeras cañas de azúcar, obedeció a un plan económico meditado; fue para sembrarlas, molerlas y sacarles azúcar con que comerciar u obtener gran lucro. Cuando el Almirante descubrió el tabaco y lo llevó a los reyes, no pensó en obtener medros, ni en cultivos, ni en manufacturas, ni en mercado a la otra banda del océano. Cuando se pensó en hacer comercio del tabaco y comenzó su explotación industrial, hacía

ya mucho tiempo que había muerto Colón. El azúcar fue siempre una empresa seriamente premeditada, una inversión para el enriquecimiento y por toda la vida; el tabaco fue sólo una huerta aventurera y siempre azarosa como de travesura para la mejor disipación de una hora.

Fue Colón quien exportó los primeros tabacos y quien importó las primeras cañas. El tabaco salió de Cuba al retorno de su primer viaje, las cañas entraron en las Antillas al volver el Almirante en su segundo viaje. Pero el tabaco fue sólo curiosidad exótica, junto con los indios, los *guanines*, las piñas, los casabes, los maíces, los boniatos, las tunas, las cotorras, los guacamayos, las *jamacas*, las *naguas*, los *dujos*, las *guaizas*, los *cemies* y las *caratonas* de sus misterios. Y la cañaduz se trajo como una ya bien conocida y segura fuente de riqueza, junto con los trigos, las hortalizas, los frutales mediterráneos, los caballos, los toros, los corderos y chivos, los cerdos y las aves corraleras.

Hasta entrado el siglo XVI el tabaco era desconocido en Europa; no era deseado ni siquiera había un interés económico en hacerlo desear, y nadie pensó que se pudieran establecer fábricas para elaborarlo por millares ni tiendas donde se pudiera distribuir con negocio. En cambio, el azúcar ya era golosina tan apetecida como la pimienta, la canela y las demás especias, y su demanda excedía a toda ponderación; ya en Europa se habían experimentado crisis y altibajos en la producción del azúcar y en sus precios, y la dificultad no estribaba en programar su consumo, sino en poderla producir en tierras feraces y en abundancia para hacerla abaratar. El tabaco es una apetencia económica postcolombina; el azúcar es anterior a Colón.

Apenas los españoles van organizando la economía colonial de las Antillas, ya las naves cargan azúcares en sus tornaviajes, junto con el oro, las perlas, el palo santo, los corambres y la cañafistola. (Capítulo adicional XVII.) Y no se registran cargas de tabaco. El azúcar formaba cargazones, el tabaco no salía de las pacotillas. Desde comienzos del siglo XVI se demandaba azúcar y aquí había muy poca que ofrecer. (Capítulo adicional XVIII.)

En cambio, si aquí escaseaba el azúcar, abundaba el tabaco junto a los bohíos de los indios y en los conucos de los negros, donde lo iban cultivando para su consumo propio; pero todavía no se pensaba en organizar su granjería. El azúcar fue gran negocio de mercaderes y cargazones; el tabaco, pequeña ganancia de marineros, que lo llevaban en vejigas de cochino.

Algunos han creído posible presentar una evolución de los usos del tabaco desde el rapé a la pipa, de la pipa al cigarro y del cigarro al cigarrillo; pero si esta escala morfológica es muy sugestiva y puede ser aparente en ciertos países de Eu-

ropa, no creemos que pueda aceptarse como universal y menos en los pueblos de América. A España, por ejemplo, debió de llegar antes que todo el *puro*, descubierto en 1492, y acaso la mascada y el rapé. La pipa históricamente debió de pasar el Atlántico varios lustros después, al ser conocida en Tierra Firme. No puede decirse si entre los indios americanos el tabaco en polvo fue primero que el tabaco en humo; y no se sabe si la pipa, por su adelanto técnico, fue antecedida por el cigarro, así el de hojas de tabaco enrolladas en otra de la misma planta como el compuesto de tripa de tabaco en una capa de diferente vegetal.

Es verosímil que el típico tabaco, torcido y envuelto en capa de su misma hoja para encenderlo por un extremo y sorberle el humo por el otro, fue llevado a España por las descubridoras carabelas de Colón; pero esa manera de consumir tabaco tardó en extenderse más que la mascada y los polvos para la medicina. Los españoles mascaron la hoja estimulante de los indígenas de Cuba, así como luego hicieron con la coca de los indios del continente del sur. La fama del tabaco fue menos hacendera. Requería una pipa o el arte de torcer las hojas, a manera de *mosquetes*, como decía fray Bartolomé de las Casas. Y, además, exigía fuego con frecuencia y admículos para encenderlo.

El uso del tabaco fue extendiéndose entre los marineros de la carrera de Indias, quienes lo llevaban en polvo para las narices y sobre todo torcido en cuerda o prensado en panes para mascar y fumarlo en pipa, que así era como podía fumarse con seguridad en las travesías del mar. Y la gente marinera lo introdujo en sus países de origen. Ya al mediar el siglo XVI, la mágica planta de los behiques taínos había tentado y rendido a los españoles de vida regalada, quienes lo tomaban "en polvo" y "en humo".

En España ha estado muy descuidada la historia del tabaco hasta que hace poco se ha publicado la muy erudita y documentada obra de José Pérez Vidal, titulada *España en la historia del tabaco* (Madrid, 1959). La recomendamos al lector, muy especialmente por sus referencias al tabaco de Cuba en el ambiente español.

Aún se suele atribuir la invención del tabaco rapé al Gran Prior de Francia, quien aspiró los polvos por casualidad y gustó de sus efectos; por eso, se dice, el tabaco se llamó también *herbe du Grand Prieur*. Pero es bien sabido que los polvos de tabaco, solos o mezclados con otros más tóxicos, ya se usaban ritualmente por los sacerdotes indios de América antes que por los sacerdotes católicos de Europa, sin rito y por sensualidad. Quizás aquel dignatario de la iglesia galicana fue quien, sin inventarlo, lo propagó en Francia; pues el tabaco en polvo fue en aquellos tiempos un vicio muy clerical, acaso

por estimarlo de mayor encubrimiento que el fumar. Por algo el padre Bernabé Cobo, jesuita muy entendedor de tales cosas, decía que el aspirar tabaco por la nariz fue invento hipócrita de los españoles para "tomarlo con más disimulo y con menos ofensión de los presentes". Brunet, por su parte, refiere que fueron los sacerdotes quienes más usaron el rapé en España al ser allí introducido. Los clérigos se dieron tanto al "tomar tabaco y sorber chocolate" llegados de las Indias, que *El Diablo Cojuelo*, diablejo al fin, se mofaba de haber triunfado en ellos mediante las tentaciones de las deidades indianas. Quevedo satirizaba a todos los fumadores y los llamó *tabacanos* (Capítulo adicional XIX) y rendidos a los demonios.

Aun cuando la costumbre de fumar, adquirida por los descubridores de América y los navegantes que les siguieron, debió de iniciar la divulgación del tabaco por Europa, ésta debióse primordialmente a las virtudes medicinales que se atribuyó a dicha planta como a mágica panacea más que a sus propiedades gustativas y estimulantes. En el año 1560, hallándose afligido con varias úlceras un paje de la reina Catalina de Médicis, el embajador de Francia en Portugal, Juan Nicot, mandó traer algunas plantas de tabaco, y aplicadas que fueron sus hojas sobre las úlceras del paje, sanó éste como por ensalmo, con rapidez inconcebible, y de ahí vino la reputación medicinal del tabaco más allá de Portugal y España. Se dice que fue sir Walter Raleigh, un conquistador inglés, quien lo presentó en la corte de Londres. Allí hubo profesores del arte de fumar como del arte danzario, y fue moda hacer en público bellos anillos y espitales de humo con la maestría con que hacía sus pasos y mudanzas el perfecto bailarín. En 1599, una libra de buen tabaco cubano costaba en Inglaterra más de \$120. Por 1612, John Rolfe, el marido de la famosa india Pocahontas, llevó semillas de tabaco antillano a Virginia y de allí exportaron las cosechas para Europa, ya en competencia con España y roto su monopolio.

La Casa de Contratación de Indias trató de organizar la granjería trasatlántica del tabaco. Del 20 de octubre de 1614 es la primera Real Cédula que regula el tabaco de Cuba. Las primeras exportaciones de tabaco que se conocen registradas en La Habana datan de 1626. (Capítulo adicional XX.) Pero no fueron las primeras cargas de tabaco cubano que pasaron el Atlántico, ni consta si el exportado fue torcido, picado, en rollo, en polvo o en rama para ser elaborado por las cigarrerías de Sevilla o consumido por los herejes interanos.

Con el siglo XVII el tabaco ya está arraigado en las costumbres europeas. Theniers, en sus cuadros realistas, pinta fumadores holandeses que gozan con sus pipas

Por todas las tierras se sembraron semillas de tabaco y nacieron plantas que en suelos extraños dieron hojas de insólitos sabores y aromas. Y así habida la hoja, en todas partes se pudo preparar a mano el tabaco para la fuma.

En Cuba el tabaco se fue torciendo caseramente para el consumo interno de sus pobladores, que de la cultura indígena tomaron con entusiasmo ese elemento estimulador; pero el cigarro puro y torcido, el verdadero *tabaco* de los indocubanos, tal como fue descubierto y como aún se entiende al decir un *habano*, tardó más en exportarse y ser frecuente fuera de aquí. La gente de mar no podía usarlo cómodamente en sus navegaciones. Y fuera de Cuba no había torcedores expertos que supieran prepararlo, torcerlo, enrollarlo y revestirlo de su capa, cortada con esa justeza y finura de estilo genuina del tabaquero habano como la maestría del sastre londinense.

Tras de muy pintorescas y contradictorias vicisitudes por todos los pueblos se llega a fumar tabaco. Muy pocos fuman cigarros puros; los más lo fuman en pipas, mascan andullo y lo absorben en polvo por las narices. En Europa, fuera de España, apenas se conocía el cigarro puro, que no fue extendiéndose grandemente hasta la mitad del siglo XIX. Pero aún a mediados de ese siglo el puro no es popular y en Inglaterra se publica un pequeño libro en el año 1840 en el cual se ve la enseñanza comercial de un tendero de tabaco consistente en tres manos unidas a un solo brazo, de las cuales la primera lleva en el pulgar un poco de rapé, la segunda una pipa y la tercera una mascada de tabaco, y debajo se leen estas líneas:

*Los tres a una misma causa servimos:
Yo tomo rapé, yo fumo y yo masco.*

Durante siglos, sólo por España se consumía bastante el tabaco típico de los indios de Cuba. *Tubano* fue el nombre que los cultos quisieron darle al indio tabaco, aludiendo a su forma tubular. (Capítulo adicional XXI.) Pero el vocablo cultista no prosperó y fue preferido el folklórico de *cigarro*, apodado así enseguida porque su figura, su tamaño y su color recordaban a ciertos insectos o cigarrones de campiña andaluza. Luego le dijeron *puro*, por antonomasia para distinguirlo del *cigarrillo*, de ese cigarro empequeñecido, enteco y pobretón, sin tripa ni capa, relleno de picaduras sin pureza y vestido con camisilla de papel. Nunca fue vulgar, ni aun en España, la fuma de los cigarros habanos. Siempre fueron caros y España tuvo largos siglos de penuria, aun bajo las fastuosidades de los Habsburgos, cuando echó flor la literatura picaresca.

Debió de ser en esa típica picardía donde nació el cigarrillo. No fue en casa de Monipodio ni por el ingenio de un Rinconete, porque Miguel de Cervantes lo contara. Ni fue en Turquía donde se inventó el cigarrillo, como algunos han querido sos-

tener. Consta que por el siglo XVII ya en España se introdujo la práctica de hacer cigarrillos con picadura envuelta en papel, llamados por esto *papeletas*, *papeletes*, *papelotes* y *papelillos*. Algún indiano en miseria debió recordar los cigarros de los indios, hechos de tripas envueltas en una capa de maíz o de plátano, y acudió a las hojas más flexibles y corrientes en la vida cotidiana de las ciudades españolas, a las hojas de papel. Por su camisa de papel el cigarrillo es hijo de la ciudad, como una travesura de sus pilletes y vagabundos.

El cigarrillo de papel, si se originó en Cuba, fue invento del esclavo. Más parece que nació en Sevilla, por el ingenio de un pícaro quien, como el sabio de la fábula, fue feliz "recogiendo las hojas que otro arrojó". El *pitillo* fue creación del colillero. Simbiosis del tabaco rico con la miseria hampona. La picadura evoca la picardía y en todo cigarrillo parece haber algo de encubrimiento y contrabando. Y fuera de España el cigarrillo se apicará más, hasta afeminarse, convertirse en *cigarette* y como amaricado ganarse la camaradería de las mujeres. Y allá en Turquía se pringó con tales aliños que perdió su hombruno vigor indiano y salió, como un eunuco, a buscar fortuna por los harenes del mundo. Fue allá en la tierra musulmana donde surgieron para el tabaco las mezclas infieles que la tabacología mundial conoce con el nombre de *harman*, palabra del turco. Pero el indiano, el clérigo, el militar y el funcionario de España, aquí enriquecidos, conservaban en sus retiros peninsulares el tan caro como prestigioso vicio de fumar *habanos*, que de Cuba se hacían enviar.

Fue más que mediado el siglo XVIII, después de conquistada La Habana por los ingleses en 1762, cuando el tabaco habano salió a su vez a conquistar el mundo. Entonces salen los puros habanos de Cuba para Inglaterra en las rojas casacas de los oficiales británicos, y para Norteamérica con los militares yanquis que en la plaza habanera mandaron los regimientos coloniales, aquellos que pronto, en 1776, harían la independencia de su país. Después de esa fecha histórica para Cuba ya el tabaco va extendiéndose fuera de España. En 1788 se estableció la primera fábrica de tabacos puros en Hamburgo por H. H. Schlottmann, y en 1793 ya están generalizados por toda Alemania. El filósofo Kant, allá por 1798, en su *Anthropologie*, todavía emplea el vocablo español *zigarro*. Ya en el siglo XIX las intervenciones armadas de España por las tropas napoleónicas y wellingtonianas, y más tarde aquellas de los Cien Mil Hijos de San Luis, son las que propagan el tabaco habano por las naciones de sus respectivas oriundece. Así como fue en las nevadas trincheras de la guerra de Crimea donde se popularizó el uso de los cigarrillos entre los soldados, quienes los llevaron consigo al retorno de la campaña. Al cigarrillo lo apadrinaron el mendigo, el soldado y, al fin, el obrero; la pipa fue marinera, labriega y pastoral. El tabaco puro ha sido signo de sacerdocio, cacicazgo, señorío y burguesía.

En estos tiempos de ahora, cuando el capitalismo todo lo influye, apura, deforma y monetiza, el cigarrillo está imperando por razones de economía. Ha conquistado a la mujer, al proletariado y buena parte de la clase media. Hasta los potentados se aficionan a su modesta significancia, dejando los tabacos de *vitola* para las fatuidades de la riqueza. El tabaco resulta muy costoso, es muy grande y duradero. Hoy no hay tiempo para fumarlo con todo el solaz que requiere; en los apremios de la vida cotidiana muchas veces habría necesidad de arrojarlo apenas comenzando a fumar, y eso sería despilfarro insoportable. El cigarrillo es corto y más rápido de consumir, por lo cual en trances tales se puede tirar sin daño ni pena, pues cuesta poco y se pierde casi nada. Se va al cigarrillo por complejo económico, por la creciente monetización del tiempo y por la proletarización del lujo fumar.

Nos cuentan que en la moderna URSS, sus practicismos económicos hacen fabricar cigarrillos que en su longitud son mitad *boquilla* y mitad *picadura*; así se economiza para el consumo la mitad del tabaco picado, que no se fuma y ha de arrojarse al suelo, como se hace en todos los países, despreciando esos restos del cigarrillo como una *colilla* o basura. En España los pobres usan la *capada*, o sea, aprovechan los restos de las *colillas* y cabos de tabaco para rehacer nuevos *pitillos*. El hombre del pueblo quiere fumar él su cigarro, que bastante le cuesta, no que éste se le fume solo. Además, el fumador pobre tropieza con que, en los *pitillos* "de hebra", no puede emplear el más sutil recurso de economía tabaquera: el del *capado*. Por eso prefiere el cigarrillo al *cuadrado* sin engomar. Al rehacerlo, lo *capa*; es decir, le resta una pequeña cantidad de picadura, que guarda y une a la que ha ido restándole a los otros, para formar uno o dos cigarrillos más en cada paquete. Es una manera de economía ahorradora, una especie de contrabando, la que inspira también al *colillero*, que hace y vende nuevos *pitillos* hechos con esos restos de los cabos de tabacos y cigarrillos que se arrojan sin fumar. Hasta en La Habana la producción de cigarrería ya ha superado a la tabaquera.

Como era lógico, ya desde 1762 y 1776, pero sobre todo después de 1825 y 1826, cuando el tabaco pudo exportarse libre de trabas gubernativas, se inició en Cuba una gran corriente comercial de tabaco hacia Estados Unidos, Inglaterra y Alemania, así en rama como elaborado. En 1849 la exportación de rama se había triplicado. Se asegura, ya desde mediados del siglo pasado, que el crecimiento de la exportación muchas veces ha influido en la desviación de los buenos métodos de cultivo, procurándose obtener hoja grande y abundante más que aromática y bien coloreada; o sea, cantidad más que calidad. ¡Prostitución del mercantilismo! Es ya la influencia del capitalismo industrial que tiende a convertir la tabacalera en una producción cuantitativa y amorfa, con las tradicionales apariencias de calidad y selección. ¡Taumaturgia del dinero! ¡Mila-

grería del capital! Vienen a la memoria las reflexiones y experiencias de Juan Ruiz (ob. cit., estrofas 493 y 494), el sacerdote juglar: "Yo vy allá en Roma do es la Santidad" cómo "el dinero, no solamente compraba Paraiso y ganaba salvación", también "fazie verdat mentiras o mentidas verdades". En Roma, donde está la "Santidad", como en la isla de Cuba, donde la santidad escasea, esos prodigios y transmutaciones de los hechos y las mercancías son consecuencia muy natural "de la propiedad que'l dinero ha", como escribiera el mismo perspicaz arcipreste en uno de sus versificados análisis psicosociales.

También se debe a las crecientes concentraciones del capitalismo financiero, a sus tentáculos imperialistas y a sus conubios con los fiscos y los gobernantes que los manejan, si ya el azúcar como el tabaco están enredados por igual en la misma trama de tratados, monopolios, reciprocidades, aranceles, cuotas, restricciones agrarias, estabilizaciones, *cartels*, *trusts* y demás artimañas legislativas con que desde ha muchos años se fue ahogando por esos mundos el liberalismo, sustituido por una impositiva intervención directa del Estado en la vida económica nacional, establecida a manera de socialismo cojo y bizco, a medias y unilateral, sin propósito equitativo ni provecho popular.

El capitalismo también va acercando los fenómenos industriales del tabaco a los del azúcar, aproximándolos a ambos en una creciente extranjerización, abrumadora para Cuba. Si el azúcar fue siempre económicamente predominio extranjero y redujo la participación cubana a lo indispensable, a su producción como materia prima, así se está ahora procurando que ocurra con el tabaco. Con la Guerra de los Diez Años (1868-1878) la producción tabacalera sufrió en Cuba profundamente. Por esa época buena parte de las vegas estaban en el departamento Oriental, donde fue la rebelión separatista. Era famoso el tabaco de Yara, que se daba por las vegas del Cauto, y también el de Mayarí. Por eso se explica que la Guerra de los Diez Años acabase con muchas siembras de tabaco. Es también de esa época turbulenta la creación de un centro operante de la extranjerización de nuestra industria tabaquera en el vecino islote de Cayo Hueso, que los angloparlantes dicen *Key West*.

Como refiere Gerardo Castellanos (*Motivos de Cayo Hueso*, p. 180), ya desde 1831 había en Cayo Hueso un núcleo de tabaqueros cubanos, apenas unos cincuenta. Hace un siglo que allí tenían una fabriquita, *chinchal* cubano, los hermanos Arnao, con 16 operarios. Pero fue al estallido de la Guerra de los Diez Años cuando numerosos tabaqueros cubanos, perseguidos en La Habana y sus comarcas aledañas, huyeron al peñón vecino, secular refugio de los expatriados de Cuba. Las pasiones políticas, por entonces vivísimas, fueron causa de que

dos fabricantes de tabaco de La Habana, uno valenciano, don Vicente Martínez Íbor, y otro cubano, don Eduardo Hidalgo Gato, creyesen útil salir de la colonia y arraigar en ciudades de la Florida, creando allí la industria de la fabricación de tabacos con materias primas y obreros expertos sacados de Cuba. Tampa, Ibor City, Cayo Hueso y hasta Nueva York fueron refugios de tabaqueros cubanos y españoles en busca de libertades políticas y de ventajas en sus salarios. Las continuas crisis de la vida cubana aumentaron los contingentes de operarios en las fábricas floridananas, y ellos fueron lejos de Cuba los principales sostenedores de las conspiraciones separatistas. Así el capitalismo montó sus fábricas en el extranjero y se llevó de Cuba el tabaco, los tabaqueros y los salarios. Así se ha ido descubanizando económicamente el tabaco en su fase industrial.

En esto fue aquí muy notable su contraste con el azúcar. El azúcar ha sido siempre en la economía de Cuba *materia prima*. Aquí nunca se ha podido refinar libremente para la exportación y como un producto terminado para el consumo ultramarino. Tiempo hubo cuando en Cuba no se refinaba el azúcar ni para el consumo interno, y muchos de nuestros azúcares, que se llevaban *crudos*, nos los reexpedían después de *refinados* y, naturalmente, con un sobreprecio ganado por las refinerías extranjeras.

El tabaco, en cambio, fue siempre cultivado y completamente torcido en fábricas de Cuba y exportado para el consumidor extranjero como declarado producto del país y marcando ostentosamente su procedencia, mercantilmente cotizabile, de genuino *habano*. Ya hoy no es siempre así. En el extranjero se fabrican tabacos que se venden como habanos, a veces con escasa o ninguna rama de Cuba, y se quiere que la industria aquí se vaya reduciendo meramente a lo agrario, o sea, al cultivo de la hoja y acaso a la labor del despallido. Esto se agrava con las crecientes importaciones en Cuba de cigarrillos hechos fuera del país, con tabaco extranjero y con sabores también extraños. Y este proceso de extranjerización no ha cesado. El maquinismo y el capitalismo financiero, que no son cubanos, lo fuerzan más y más, manteniendo a Cuba en la condición económica colonial, que ha sido la característica de su historia desde que el genovés Cristóbal Colón pensó el primer plan de economía para las Antillas españolas hasta hoy día en que los extranjeros siguen pensando por nosotros los últimos planes que hemos de seguir. Vuelven a la memoria las agudezas satíricas (ob. cit., estrofa 510) del gran poeta de la Edad Media hispana:

*En suma te lo digo, tómallo tú mejor:
El dinero, del mundo es grand rrebolvedor,
Señor faze del syervo e del syervo señor,*

*Toda cosa del siglo se faze por su amor.
Por dineros se muda el mundo e su manera.*

Tabaco y azúcar han tenido relaciones diversas con sus trabajadores.

El azúcar prefirió los brazos esclavos, el tabaco los hombros libres. El azúcar a la fuerza trajo negros, el tabaco estimuló la voluntaria inmigración de blancos.

Para la producción del azúcar se concentran la agricultura y la industria en un mismo lugar, creando esa compleja institución económico-social que es el *ingenio*, compuesta de la gran plantación de los cañaverales, de la enorme fábrica con sus maquinarias de prensado, evaporación, cristalización, centrifugación y transporte, y del núcleo urbano, caserío o ciudad, que es el *batey* con sus barracones, viviendas, talleres, almacenes, establos y otros servicios. En cambio, para la producción tabacalera se separan la agricultura y la industria; aquélla quedó siendo campesina y ésta siempre fue urbana y con preferencia habanera. Por esto, si al mejor tabaco en rama se le dice *vueltabajo*, por el nombre de una gran comarca, el mejor tabaco torcido en todo el mundo se le llama *habano*, por el nombre de una gran ciudad. La *tabaquería* es una simple y cambiadiza localización callejera; el *ingenio* alcanza la categoría de un complejo y permanente accidente geográfico.

A causa de la forzosa concentración de agricultura e industria en la producción azucarera, el ingenio ha requerido siempre grandes dotaciones de braceros. Antaño éstos no se conseguían sino mediante la esclavitud de negros traídos de África, pues en Cuba pronto no hubo más indígenas a quienes subyugar. Hay que pasar la Guerra de los Diez Años para que el trabajo azucarero, desde 1886, sea del todo sin esclavos. En cambio, en la producción tabacalera el cultivo fue hortelano, hecho en los pequeños sitios de las vegas; con tierras ubérrimas y con pocos trabajadores, los cuales no solían exceder del grupo familiar. Por eso el guajiro trabajador de las vegas fue preferentemente blanco y libre, aparte de algún esclavo negro, sobre todo ya en el siglo XIX, para ciertas labores de peonaje auxiliar.

La industria del tabaco fue organizada en la ciudad, promovida por los mercaderes y exportadores. Puede decirse que en la economía del tabaco cubano hubo mercaderes antes que fabricantes; mientras que en la economía del azúcar antillano, aun cuando fue creada por el afán comercial de los pobladores, antes tuvo que establecer el ingenio agroindustrial y luego organizarse el negocio exportador.

Primeramente los tabacos se torcieron por los tabaqueros en sus casas, individualmente, como labor secundaria de sus ordinarios quehaceres; o bien en pequeños *chinchales* o talleres

artesanos, como aún los vemos para el consumo local en La Habana y en el mismo Nueva York. (Capítulo adicional XXII.) De estos tabaqueros, solitarios o en pequeños grupos, pasaban los mazos de tabacos torcidos a los comerciantes embarcadores, quienes los compraban, los clasificaban por sus tamaños y vitolas, los envasaban para la exportación y los expedían bajo la unidad y garantía de una exclusiva marca comercial. Algunas de esas marcas tienen más de un siglo y los fabricantes, o simples exportadores *marquistas*, han tenido siempre varias marcas para responder no sólo al interés de la fábrica, sino al de los numerosos compradores de ultramar. Como se advierte, el capitalismo penetra en la economía tabacalera, como en otras muchas, por el comercio. Al principio la producción es casera, al capricho del artesano, quien vende su producto al marquista. Será tiempo después cuando, al aumentarse el proletariado, nacerá el taller de tabaquería, la fábrica con galeras y el capitalismo industrial tabaquero.

Surgieron las fábricas de tabacos y cigarrillos con multitud de obreros sentados, o los talleres, ya en pleno siglo XIX. Por esto los tabaqueros, como los cultivadores de las vegas, fueron en su mayoría hombres libres, aun cuando también hubo algunos esclavos adiestrados y arrendados por sus amos para trabajar con la chaveta. Los exportadores o fabricantes de tabaco pretendieron contar con trabajadores sujetos a servidumbre y, por tanto, muy baratos y manejables; pero, siendo incompatible la esclavitud con el trabajo individualmente especializado, cuidadoso y fino que el tabaco exige, se aspiró a que fuesen tabaqueros los presos de las cárceles y presidios, los *siervos de la pena*, para quienes, obligados a encierro, las labores de tabaquería eran muy acomodadas por su condición sedentaria. Si los talleres de los penales aún se denominan *galeras*, recordando las naves donde trabajaban los galeotes forzados al remo; también las actuales *naves* de las fábricas de tabaco en Cuba se sigue llamando *galeras* por evocación de las originarias tabaquerías carcelarias. Pero no era posible que los reclusos proporcionaran suficientes y capaces torcedores de tabaco y asalariado. En cambio, en la fabricación del trabajo libre y asalariado. En cambio, en la fabricación de cigarrillos, menos especializada y cuidadosa, el trabajo penitenciario duró mucho más, hasta nuestros tiempos. Curioso es observar cómo a la vez que se aprovechan los presos se utilizaban los soldados, condenados a la holganza en la reclusión cuartelera. En 1863 en La Habana hacían cigarrillos para sus 36 cigarrerías, 700 soldados y 350 presidiarios.

70

Al principio el laboreo de tabaquerías y cigarrerías estuvo en manos de la gente de color, de los libertos y de los chinos. Cosa natural si se atiende a que los oficios manuales o viles no eran muy del agrado de los blancos, por los prejuicios medievales que entonces eran muy arraigados y aún no son

del todo desvanecidos. Los vegueros fueron predominantemente blancos; los tabaqueros fueron en su mayoría de color. Pero los fabricantes de tabacos fueron por lo común españoles arraigados en Cuba, con preferencia catalanes, asturianos y gallegos. Se dice que fueron los meticulosos chinos quienes organizaron las escogidas y la clasificación de los tabacos por la multiplicidad de sus colores.

Andando el tiempo, aumentada en Cuba la población blanca, cesada la trata esclavera y crecido el proletariado de los blancos y mestizos criollos, las fábricas de tabacos continuaron con obreros de todas las gentes y procedencias.

En la tabaquería hubo pocos extranjeros, casi todo quedó entre cubanos y españoles; no así en la azucarería que trajo copia de africanos y chinos para la faena bracería, franceses para la química y anglosajones para la mecánica, amén de los *peninsulares*, que antaño eran en Cuba los amos del país. Gaspar Manuel Jorge García Galló piensa que "en proporción al momento de la producción, viven más cubanos del tabaco que de la caña". (*El tabaquero cubano*. Lyceum, vol. I, p. 76.)

Si la sensual azúcar requiere rudo empeño de hombres para su laboreo, que es pesado, el viril tabaco exige manos delicadas, de mujer o de femenina figura, para su trato liviano. Antaño los tabacos para la fuma del guajiro veguero eran "elaborados por su mujer, por su hija o por su querida", como observó la condesa de Merlin. Y en las vegas, despallillos, fábricas y picaduras hay obreras. En Cuba es popular la *despallidora*, y en España la Carmen fue *cigarrera*. Fue al acabarse la guerra diezañea, en 1878, cuando la mujer por primera vez entró como obrera en una fábrica de La Habana; fue en la cigarrería La Africana. Antes la mujer envolvía y empaquetaba a mano los cigarrillos, trabajando en su casa; desde entonces entró abiertamente en el proletariado fabril. Es muy significativa esta coincidencia cronológica: al agonizar la esclavitud, la codicia industrial ya no pudo contar con esclavos; pero no se conforma con el salariado libre de los hombres y crea el proletariado femenino, que es más barato.

Pero con el azúcar no trabaja la mujer salvo algunas morenas llevadas a la siembra y al corte de la caña por la esclavitud, el hambre y las ventajas económicas de su recia musculatura; por su milenaria vida agrícola en África, donde en ciertas regiones que surtieron de esclavos a los tratantes, los campos se siembran y cultivan a *coa* por las mujeres; y quizás por ciertas características de dimorfismo sexual que los antropólogos dicen haber advertido en algunas razas negras.

En el tabaco y el azúcar los trabajadores han tenido conflictos y rebeldías con los amos y patronos. Contra lo que generalmente se cree, las huelgas empezaron en estas Indias apenas los blancos de Europa comenzaron a sojuzgarlas. En 1503, antes

71

de colonizarse Cuba, ya el gobernador Ovando se quejaba en la isla Española de los alzamientos de indios y de negros, los cuales se negaban al trabajo forzado y sin provecho propio. En el ingenio del almirante don Diego Colón, ya hubo en 1522 una sublevación de sus trabajadores. (Capítulo adicional XXIII.) Y en Cuba, conquistada a partir 1512, desde que se estableció la esclavitud hubo rebeliones contra ese régimen de labor. En 1538 los esclavos saquearon La Habana, junto con los corsarios franceses que la acometieron por el mar.

Como es fácil suponer, los trabajadores del azúcar, así como los del tabaco, han tenido siempre con amos y patronos intereses contrapuestos. En estas décadas últimas, cuando el maquinismo y el creciente influjo y concentración del capitalismo financiero van sintetizando e igualando los problemas del trabajo en todas las producciones, las demandas obreras en el azúcar y el tabaco han sido más semejantes que en pasadas épocas, cuando ambas estructuras industriales eran más diferentes entre sí.

En una y otra industria se han discutido tratos, jornales, horarios, accidentes, licencias, retiros y condiciones materiales y sanitarias. Pero, de todos modos, son notables las diferencias en la historia de los conflictos del trabajo con el azúcar y con el tabaco, a consecuencia del distinto régimen empleado en una y otra producción.

El azúcar fue producción de fundo y deudo, que hizo siervos; el tabaco lo fue de huerta y villa, que reconoció franquías.

Refiere Álvaro Reynoso que en los primitivos ingenios cubanos los esclavos vivían en bohíos, en esas chozas rústicas que se heredaron de los indios taínos; pero que al aumentar la población negra en Cuba y repetirse los alzamientos y cimarronerías, las dotaciones de esclavos fueron obligadas a vivir en *barracones*, encierros a modo de cárceles. Aún se pueden ver algunas de esas grandes prisiones azucareras, con una sola puerta y pequeñas, altas y enrejadas ventanas, donde fuera de las faenas se acorralaba a los esclavos, hombres, mujeres y niños, a los contramayorales, y hasta a los chinos semiesclavos y sus cuadrilleros. Hubo ingenios que tuvieron su castilló y su fuerte; torreones y fortines en sus bateyes y soldados privados y mercenarios para defenderlos contra las rebeliones de la fuerza popular. En las vegas fueron las tropas gubernativas las que, "a nombre del orden", alguna vez quemaron los bohíos indefensos del cultivador infeliz.

El campesino trabajador del tabaco luchó contra gabelas, monopolios y abusos restrictivos de la producción. El azucarero no. El obrero del azúcar, por su parte, tuvo que luchar en los ingenios, almacenes y muelles para reducir el peso de sus cargas máximas, hoy el saco de 325 libras. El obrero del tabaco no tuvo ese agobio.

El tabaquero, por el carácter individual de su labor y de su producto, tuvo siempre derecho a la *fuma* para sí, o sea, a una cantidad de tabacos de los por él elaborados, de los cuales podía apropiarse para su propio consumo. Acaso la *fuma* se originó de un antiguo régimen de retribución del trabajo de los *torcedores*. Cuenta Exquemelin por el año 1684, refiriéndose al famoso tabaco de La Habana, que los que enrolaban los cigarros o sea, los tabaqueros que los torcían, los *torcedores*, se quedaban como precio de su labor con el 10% de las hojas que recibían. Como se comprende fácilmente, esos antiguos *torcedores* no trabajaban a jornal ni a precio alzado por cantidad de producción, sino, al estilo de los molinos de los ingenios, iban "a la parte", recibiendo la materia prima que cada cultivador o fumador les llevaba para ser convertida en tabacos torcidos con la vitola a su gusto. Acaso ese sistema de retribuir la manipulación industrial del tabaco no se aplicó solamente a los tabacos torcidos, como cigarros, sino que también fue propio de los tabacos torcidos en cuerda o preparados en panes, y, quizás, también se aplicaba en los "artificios" o "ingenios" de moler tabaco o hacer rapé.

Esta forma porcentual de retribución, teniendo el tabaquero que devolver en materia elaborada el 90% del peso de la materia prima que recibiera para elaborar, era propio de la industria doméstica de los artesanos, aseguraba contra hurtos y desperdicios al dueño de las hojas escogidas, le evitaba los anticipos de pagos y la inversión de dinero; pero le imponían al trabajador el gravamen de tener que convertir la cantidad de tabacos elaborados con que él era pagado, bien a moneda o a otros productos necesarios para su consumo, aparte de proporcionarle el gustazo de una buena *fuma*. Además, por tal causa, casi todo ese 10% de tabaco por lo general entraba en la circulación mercantil de manera gravosa para el tabaquero, quien, si bien podía saborear los tabacos para su *fuma*, para subsistir tenía que vender el resto de los tabacos por él ganados. Cabe, pues, presumir que de ese 10% de productos que se entregaba al torcedor como precio de su trabajo doméstico, debió de sobrevivir la *fuma*, cuando el trabajo del torcedor dejó de ser doméstico y pasó a las galeras o fábricas y su retribución se fue organizando en mayor escala, pagándose en dinero, por millares de cigarros producidos. Después, al convertirse aquél en trabajador para un patrón, y asalariado y retribuido en dinero, quiso conservar para sí algo de aquella ventaja personal de poder fumar de los propios tabacos hechos por él, y se debió de pactar la *fuma* del torcedor. Con esto se evitaba, además, que por medios inaceptables y clandestinos, los tabaqueros fumadores (todos lo eran) se hicieran de su *fuma* con las hojas que recibían para sus tareas y originasen así constantes y penosas controversias con los patronos, trastornadoras del trabajo en los talleres. Aun con este nuevo régimen, la *fuma*, considerada por algunos acá como una gra-

tuidad inevitable, llegó a tener valor económico cotizable. Los tabaqueros vendían sus fumas en el mercado callejero y los fabricantes, por su parte, las calculaban como una porción del precio del trabajo que era pagada en especie. Y por esta fuma contractual, imputada al costo del trabajo, hubo a veces acres controversias y huelgas. Nada semejante ocurre con el azúcar, fuera de la caña que en los cortes y carretas chupan ocasionalmente los cortadores. No hubo ni hay una *chupa* contractual en los ingenios, análoga a la *fuma* de las tabaquerías. Y si el obrero del batey quiere endulzar su café con azúcar, la ha de comprar en la tienda como otro artículo cualquiera de su consumo. En los viejos ingenios, tan sólo a los colonos se acostumbraba remitirles algunos sacos de azúcar para su uso personal, de los que se elaboraban con más "turbinado" para el consumo del batey; pero, aun así, su precio se cargaba en la correspondiente cuenta para su pago cuando llegaba la liquidación de la zafra.

La historia del trabajo en Cuba fue hasta el último tercio del siglo XIX casi totalmente la historia de la esclavitud rural. Contra la opinión, aún muy generalizada, de que el negro aceptaba pasivamente su servidumbre, están en cada siglo las reiteradísimas noticias de los alzamientos y *palenques* de negros cimarrones y hasta de los suicidios colectivos a que acudían los infelices esclavos en su desesperación. Tuvieron fama los mandingas por suicidarse en grupo, liberándose así del trabajo y burlando al amo con su huelga eterna y su inacabable cimarronería por el otro mundo. Aquellos infelices, *apalencados* bajo tierra en las tumbas, creían que resucitaban en carne y espíritu allá en sus pueblos nativos del África. Y los amos crueles los mutilaban, aun después de muertos, y les perdían algunos miembros vitales de sus cuerpos, para que así aquéllos no pudieran resucitar sino mutilados, sin piernas, sin testículos o sin cabeza, y por eso los vivos renunciaban a suicidarse ante ese nuevo terror desesperante, aunque mitológico, como una ultramundana pena del infierno.

Las huelgas de los ingenios y de los cafetales fueron las rebeldías de los negros esclavos. Algunas de las grandes sediciones de esclavos fueron presentadas por las mismas autoridades como verdaderas revoluciones sociales planeadas para la liberación del trabajo azucarero. Al cesar los esclavos, el proletariado rústico que los sustituyó fue generalmente quieto, antes y después de la última revolución por la independencia, la cual no tuvo el mismo sentido social que la de 1868 con la abolición de la esclavitud. No sólo el guajiro de las labranzas y los cortadores de las zafra, sino también los operarios de las máquinas, participan del carácter fundamentalmente rural del proletariado azucarero, más disgregado, menos leído y menos dispuesto a la organización colectiva, permanente y dirigida. Sólo en el siglo XX, ahora que los ingenios son ciudades con cientos de pobladores en sus bateyes, aparecen en la masa

obrero fabril, menos campesina que antes, la conciencia de su clase, el esfuerzo de su organización y el impulso de las reivindicaciones.

El cultivador de tabaco, por ser campesino blanco, libre y en general afincado en su propiedad o aparcería, aun cuando fue montuno no fue *cimarrón* ni formó *palenques*, pero sí tuvo rebeliones como las ocurridas en los vegueríos habaneros durante el siglo XVIII, ferozmente reprimidas por la gobernación militar. Pero estas violentas rebeldías no fueron por inconvenciones de esclavitud ni de salarios en la fase obrera del proceso productor, sino por abusos ocurridos en fase más avanzada, en la comercial, en impuestos y diezmos, impulsados por frailes refaccionistas de los vegueros y negociantes de contrabandos. Y si repercutían en el trabajo era porque la faena agraria, tal como se efectuaba, venía a recibir su remuneración en el momento comercial de la compraventa de la cosecha ya obtenida. Nada de esto se vio en el azúcar, donde no hubo huelgas de pequeños colonos cuando éstos surgieron al mediar el siglo XIX, sino el juego de la competencia libre para ellos donde ésta se podía realizar o la sumisión inevitable al central.

En la ciudad, el tabaquero, que antaño no trabajó por horario sino a destajo, discutió el precio de sus labores por unidades, ruedas o millares producidos, y no por jornales, horas y turnos, como hizo el azucarero.

El siglo XIX no pasó sin luchas y quebrantos para la industria tabacalera. La condición del tabaco, como artículo llamado de lujo pero a la vez equiparable a los de necesidad por la enorme extensión y magnitud de su demanda, lo hace muy susceptible de ser gravado en todas las naciones con pesadísimos impuestos de consumo, de exportación y de importación. Especialmente estos últimos con frecuencia pasan en mucho del valor originario del tabaco, sobre todo si es elaborado. Esa creciente escala de tarifas aduaneras ha repercutido en Cuba, en más de una ocasión inesperadamente, ocasionando crisis dolorosas y en todo tiempo alterando los mercados y trastornando las manufacturas. Como percusión interna de esas trabas a la exportación, con frecuencia se han producido crisis de desempleo entre los tabaqueros cubanos, amén de acres contiendas entre éstos y los patronos por motivos de la retribución. Por ejemplo, ya en 1856 hubo en La Habana numerosos tabaqueros sin ocupación, debido a que en 1855 se exportaron, aparte de mucha rama, nada menos que 356 582 500 cigarros puros o tabacos torcidos, la exportación mayor que se ha hecho por Cuba, con motivo de que el mercado de Estados Unidos quiso estar relleno antes de que se produjera, el 3 de marzo de 1857, una gran subida en los derechos aduanales. Las emigraciones de tabaqueros cubanos a Cayo Hueso pueden en gran parte adscribirse durante la segunda mitad del pasado siglo a las reacciones defen-

sivas de los tabaqueros perseguidos en La Habana por sus ideas liberales, antiesclavistas o separatistas, y oprimidos por el fabricante, que a sus recursos económicos unía su armamento fusilero de voluntario español. Cayo Hueso y Tampa fueron "campamentos civiles" de la revolución nacional, como dice Castellanos. Martí dijo de Cayo Hueso que era "riñón criollo, donde de todas las angustias de la vida surgían las sublimidades de la esperanza". Allí "Martí visitó las fábricas, ocupó sus tribunas y contagió a los tabaqueros con su elocuencia de fuego", dice García Galló; y los tabaqueros emigrados "contribuyeron abiertamente con el diez por ciento de su salario para la revolución". Fue un diezmo sacro pagado al altar de la patria. Por eso, según Tesifonte Gallego, el capitán general Salamanca tramó intrigas tendentes a "destruir los centros tabacaleros de Cayo Hueso y Tampa, para aniquilar la organización rebelde".

También en el siglo XIX hubo grandes huelgas de tabaqueros. Aún hoy puede decirse que la relación entre patronos y obreros tabaqueros es constantemente de las más polémicas en el régimen del trabajo cubano. Ello se ha debido, sin duda, a que en la tabaquería no penetró tanto el esclavo; al carácter manual y cubano del trabajo; a las constantes alteraciones de los precios en los mercados extranjeros, variadísimos y lejanos, fuera de las cotizaciones públicas y del conocimiento de los operarios; y, sobre todo, a una conciencia de clase proletaria más prontamente adquirida por los tabaqueros.

En todo esto ha tenido que influir mucho una costumbre típica de las tabaquerías cubanas, ocasionada por la diferencia del trabajo industrial, que es todo mecánico en el azúcar y todo manual en el tabaco. En el azúcar, las faenas industriales, desde la estera, el trapiche y los hornos hasta los tachos, las centrifugas y los envases, han de ejecutarse de pie, dispersos todos y andando de un lado a otro en medio de un ruido diabólico. Los obreros en el ingenio apenas pueden hablarse, ni tampoco oírse.

La *lectura* no cabe en los ingenios de azúcar, en cuya casa de calderas no se pueden escuchar voces humanas. Ya ni se oyen las rítmicas canciones de trabajo con que antaño los esclavos daban ímpetu y ritmo a sus faenas en los trapiches, en las fornallas, en los entongues y en las bagaceras. Hoy día el ingenio es un monstruo mecánico que al moverse produce una ensordecedora sinfonía de rodajes, prensas, bielas, engranes, émbolos, pistones, válvulas, centrifugas y acarreos, con escapes de vapor que parecen rugidos de fiera y con silbidos estridentes como de sirenas enfurecidas.

En el tabaco, en cambio, la galera del taller puede permanecer silenciosa si se acalla el vocerío de las conversaciones. El manipuleo del tabaco se hace por los torcedores sentados en sendas

mesas, unos junto a otros, como escolares que hacen repaso de sus libros en el colegio. Por esto ha sido posible establecer en las tabaquerías una costumbre tomada de los refectorios de los conventos y de las prisiones, cual es la de la lectura en alta voz para que la oigan todos los operarios mientras dura su tarea en el taller.

El azúcar se produce por una orquestación de máquinas ruidosas; el tabaco se elabora en silencio o con palabra libre. El azúcar se hace con ritmo colectivo; el tabaco con melodía individual. El azucarero industrial tiene trabajo muy movido, rudo, ensordecedor y rutinario; el tabaquero en la fábrica hace su labor sentado y con el goce y provecho de hablar y de oír.

Se dice que la lectura a los tabaqueros les fue introducida, ya muy mediado el siglo XIX, en las dos galeras de presos cigarreros que había en el Arsenal de La Habana; y de allí la lectura pasó a los talleres de tabaquerías. Cuenta el reverendo Manuel Deulofeu que donde por primera vez se estableció permanentemente la lectura en el taller, como institución obrera de la tabaquería, fue en la villa de Bejucal por el año 1864. Y él recuerda el nombre de su primer lector, Antonio Leal, en la galera de la fábrica de Viñas. Parece que también fue en Bejucal, en la fábrica de Facundo Acosta, donde el lector de tabaquería leyó primero en tribuna. Quizás no sea posible precisar dónde nació y dónde fue establecida la lectura tabaqueril. Pero es seguro que no fue capricho ni mera imitación el establecimiento de la lectura en los talleres, sino propósito bien meditado de propaganda social. Hubo campaña para establecer esa costumbre, presentándola como imitación de los civilizadores y democráticos "salones de lectura pública", que estuvieron en boga en Estados Unidos. Así propugnó la lectura tabaquera el semanario proletario *La Aurora*, de La Habana, en 1865, apenas esa revista se fundó; así la defendieron los liberales en un editorial de *El Siglo* (25 de enero de 1866) de La Habana: "La lectura en las tabaquerías", recordando cómo en el extranjero eran frecuentes las lecturas públicas pagando los oyentes al lector; así se oyó en Inglaterra al eminente novelista Charles Dickens leyendo sus propias obras y a muchos lectores sin personalidad que leían libros ajenos. "¡Pagar por oír hablar, pagar por oír leer!", exclamaba muy pesimista el escritor de *El Siglo*. Pero su desconfianza fue infundada y en las tabaquerías se leyó cada día y los artesanos pagaron por oír leer. En La Habana la lectura se introdujo en las tabaquerías en el año 1865, a impulsos de Nicolás Azcárate, el liberal cubano. Fue la fábrica El Fíguro la primera que permitió la lectura en los talleres, y continuó al siguiente año en la fábrica de don Jaime Partagás. Pero es indudable que desde muchos años antes la había recomendado el viajero español Salas y Quiroga, al escribir sus observaciones sobre los cafetales de Cuba, en cuyas escogidas pidió que se introdujera pero donde nunca se estableció.

Por medio de la lectura en alta voz el taller de la tabaquería ha tenido su órgano de propaganda interna. La primera lectura que se dio en una tabaquería de La Habana fue la de un libro titulado *Las luchas del siglo*. Fue simbólica. La mesa de lectura de cada tabaquería fue, según dijo Martí, "tribuna avanzada de la libertad". Cuando en el año 1896 Cuba se agita revolucionariamente contra el absolutismo borbónico y guerrea por su independencia, un bando gubernativo del 8 de junio de 1896 hace callar las tribunas tabaqueras. No pocos de sus lectores llegaron a ser líderes de la política proletaria, si bien algunos acabaron en desertores cuando no en traición pagada.

Fue por esta más aguda sensibilidad política de los obreros del tabaco, unida a otras concausas, que ha podido notarse en Cuba el extraordinario fenómeno de dos transmigraciones contradictorias y paralelas: de una emigración, la de obreros tabaqueros cubanos para trabajar en el exterior, al propio tiempo que una inmigración, la de brazos extraños para la industria azucarera del país. Mientras los obreros cubanos tenían que emigrar de su patria para poder trabajar, otros, extranjeros, venían a ella para trabajar y poder subsistir.

Por la lectura se explica también que los tabaqueros sean en Cuba los primeros trabajadores cubanos que se han asociado con fines clasistas. Ya en 1865, un tabaquero, Saturnino Martínez, fundó el semanario *La Aurora*. Fueron tabaqueros los que fundaron ese mismo año la Sociedad de Socorros Mutuos de Artesanos de La Habana, la Fraternal de Santiago de las Vegas y la Sociedad de Artesanos de San Antonio de los Baños. En 1878 y 1879 establecieron en La Habana el Gremio Obrero y el Centro de Artesanos, y en 1885 el Circulo de Trabajadores. En 1878 los escogedores crearon su gremio, cuyos famosos estatutos escribió el ya citado político Nicolás Azcárate. En 1892 los obreros tabaqueros organizaron y celebraron el primer congreso obrero no sin provocar persecuciones. Fue el tabaquero cubano quien apoyó con más denuedo y persistencia la acción revolucionaria de José Martí para la independencia de Cuba. De Cayo Hueso, y medida en un tabaco que elaboró Fernando Figueredo, gran ciudadano, general y tabaquero, fue que llegó a La Habana en 1895 la orden de la revolución por la independencia nacional. Para el poeta la flor del tabaco evoca la estrella solitaria de la bandera nacional; es una estrella de cinco puntas, corola blanca y de rojizos bordes.

Aún hoy día la Sociedad de Torcedores es de las más antiguas y arraigadas entre las organizaciones del proletariado cubano. En la época presente la instrucción se ha difundido mucho entre los obreros de Cuba; en un tiempo los tabaqueros fueron los "doctores" del proletariado cubano. Y los lectores fueron "graduados de taller", según Martí. Como éste les dijo a los tabaqueros de Tampa, en su famoso discurso revolucionario del 26 de noviembre de 1891, ellos trabajaban "con la mesa de pen-

sar al lado de la de ganar el pan". Y habló de "aquellas fábricas que son como academias con su leer y su pensar continuos, y aquellos liceos donde la mano que dobla en el día la hoja de tabaco, levanta en la noche el libro de enseñar". Trabajador de hojas de tabaco y de hojas de libro. Así era el tabaquero. Aún él es en Cuba el obrero "iluminado", con "un barniz intelectual que lo hace sentirse superior en ese aspecto a los demás obreros. De ahí que él se permita hablar de todo y dar su opinión en todo". (García Galló.) Discutidor y polemista, algunos creen que por su intelectualismo y tradición romántica, "no acaba de comprender las nuevas ideas de la lucha de clases", o si las comprende no se acomoda a la disciplina requerida por su estrategia. Pero es seguro que en el tabaquero hay siempre un inconforme, que razona y pide renuevo del modo de vivir.

Para las fábricas cigarreras de España, junto con los tabacos de La Habana, sus puros, cigarros, picaduras y sus rapés, fue la lectura en los talleres, donde fueron lectoras las encargadas de esa supervivencia del iluminismo. En La Coruña, San Sebastián y otras galeras españolas hubo típicas lectoras, que sirvieron a Emilia Pardo Bazán para la protagonista de su novela *La tribuna*.

En los tiempos que corren, el maquinismo, que mucho tiempo ha penetró en la cigarrería y que ya quiere expulsar al torcedor, se ha entrometido también en la típica lectura. Por 1923 se introdujo la audición por radio en las fábricas Cabañas y Carvajal. El lector se colocaba los auriculares y retransmitía al taller las noticias. Por 1936 convivían aún la radio y el lector; pero ya la máquina está venciendo al lector de tabaqueros por medio de la radiofonía que le comunica por los aires la lectura. Mas no es ya la típica lectura noticiara y de textos selectos y expresamente votados por los tabaqueros en cada galera, como una *escogida* más de su arte. Y así en la tribuna ya desierta y sólo ocasionalmente ocupada, no se leen libros nuevos ni disertaciones polémicas. Se calla el lector compañero y lo sustituyen los locutores anónimos. Y por los aires llega al taller un pésimo *rebujo* de los más bajos rezagos mentales, aunque envuelto en música, como los tabacos pecres se suelen encubrir con vistoso papel de estaño por sus apariencias de rica plata.

Cuba tuvo dos orgullos paralelos, síntesis de este curiosísimo contraste, el ser el país que producía el azúcar en más cantidad y el tabaco en más calidad. El primero fue desvanecido; el segundo nadie se lo puede quitar.

Ya se ha visto cómo el tabaco y el azúcar han contrastado siempre hasta que las máquinas y el capitalismo financiero han

ido aplanando sus diferencias, deshumanizando sus economías y equiparando más y más sus problemas.

Pero adviértase también que si el azúcar y el tabaco tienen contrastes, jamás tuvieron conflictos entre sí. Tuvo y tiene el azúcar de caña muy agria controversia con el de remolacha (Capítulo adicional XXIV), lucha desesperada de la *sugar-cane* y la *beet-sugar*; hay una guerra mundial que ya pasa de un siglo, la Guerra de los Dos Azúcares, como hubo la Guerra de las Dos Rosas. Tuvo y tiene el legítimo tabaco de Cuba su brega furiosa con el tabaco extranjero y más con aquel que le bastardea su nombre (Capítulo adicional XXV), la pelea del *habano* contra la *mabinga*; hay una guerra universal de los tabacos que dura siglos como la hubo y habrá entre los hombres. Pero entre azúcares y tabacos jamás hubo enemistad.

No hay, pues, para los versadores de Cuba, como habría querido aquel arcipreste apicarado, una "Pelea de don Tabaco y doña Azúcar", sino un mero discreteo que debiera acabar, como los cuentos de hadas, en casorio y felicidad, en la boda del tabaco con el azúcar y en el nacimiento del alcohol, concebido por obra y gracia del espíritu satánico, que es el mismo padre del tabaco, en la dulce entraña de la impurísima azúcar. Trinidad cubana: tabaco, azúcar y alcohol.

Acaso canten un día los vates del pueblo de Cuba cómo el alcohol heredó del azúcar las virtudes y del tabaco las malicias; cómo del azúcar, que es masa, tiene las energías y del tabaco, que es selecto, la inspiración; cómo el alcohol, hijo de tales padres es fuego, fuerza, espíritu, embriaguez, pensamiento y acción.

Y con el alcohol en las mentes terminará el contrapunteo.

CAPÍTULOS ADICIONALES

TRANSCULTURACIÓN DEL TABACO HABANO E INICIOS DEL AZÚCAR Y DE LA ESCLAVITUD DE NEGROS EN AMÉRICA

II

Del fenómeno social de la "transculturación" y de su importancia en Cuba

Con la venia del lector, especialmente si es dado a estudios sociológicos, nos permitimos usar por primera vez el vocablo *transculturación*, a sabiendas de que es un neologismo. Y nos atrevemos a proponerlo para que en la terminología sociológica pueda sustituir, en gran parte al menos, al vocablo *aculturación*, cuyo uso se está extendiendo actualmente.

Por *aculturación* se quiere significar el proceso de tránsito de una cultura a otra y sus repercusiones sociales de todo género. Pero *transculturación* es vocablo más apropiado.

Hemos escogido el vocablo *transculturación* para expresar los variadísimos fenómenos que se originan en Cuba por las complejísticas transmutaciones de culturas que aquí se verifican, sin conocer las cuales es imposible entender la evolución del pueblo cubano, así en lo económico como en lo institucional, jurídico, ético, religioso, artístico, lingüístico, psicológico, sexual y en los demás aspectos de su vida.

La verdadera historia de Cuba es la historia de sus intrincadísimas transculturaciones. Primero la transculturación del indio paleolítico al neolítico y la desaparición de éste por no acomodarse al impacto de la nueva cultura castellana.

Después, la transculturación de una corriente incesante de inmigrantes blancos. Españoles, pero de distintas culturas y ya ellos mismos *desgarrados*, como entonces se decía, de las sociedades ibéricas peninsulares y transplantados a un Nuevo Mundo, que para ellos fue todo nuevo de naturaleza y de humanidad, donde tenían a su vez que readaptarse a un nuevo

sincretismo de culturas. Al mismo tiempo, la transculturación de una continua chorrera humana de negros africanos, de razas y culturas diversas, procedentes de todas las comarcas costeñas de África, desde el Senegal, por Guinea, Congo y Angola en el Atlántico, hasta las de Mozambique en la contracosta oriental de aquel continente. Todos ellos arrancados de sus núcleos sociales originarios y con sus culturas destrozadas, oprimidas bajo el peso de las culturas aquí imperantes, como las cañas de azúcar son molidas entre las masas de los trapiches. Y todavía más culturas inmigratorias, en oleadas esporádicas o en manaderos continuos, siempre fluyentes e influyentes y de las más varias oriundece: indios continentales, judíos, lusitanos, anglosajones, franceses, norteamericanos y hasta amarillos mongoloides de Macao, Cantón y otras regiones del que fue Celeste Imperio. Y cada inmigrante como un desarraigado de su tierra nativa en doble trance de desajuste y de reajuste, de *desculturación* o *exculturación* y de *aculturación* o *inculturación*, y al fin, de síntesis de *transculturación*.

En todos los pueblos la evolución histórica significa siempre un tránsito vital de culturas a ritmo más o menos reposado o veloz; pero en Cuba han sido tantas y tan diversas en posiciones de espacio y categorías estructurales las culturas que han influido en la formación de su pueblo, que ese inmenso amestizamiento de razas y culturas sobrepuja en trascendencia a todo otro fenómeno histórico. Los mismos fenómenos económicos, los más básicos de la vida social, en Cuba se confunden casi siempre con las expresiones de las diversas culturas. En Cuba decir *ciboney*, *taíno*, *español*, *judío*, *inglés*, *francés*, *angloamericano*, *negro*, *yucateco*, *chino* y *criollo*, no significa indicar solamente los diversos elementos formativos de la nación cubana expresados por sus sendos apelativos gentilicios. Cada uno de éstos viene a ser también la sintética e histórica denominación de una economía y de una cultura de las varias que en Cuba se han manifestado sucesiva y hasta coetáneamente, produciéndose a veces los más terribles impactos. Recordemos aquél de la "destrucción de las Indias", que reseñó Bartolomé de las Casas.

Toda la escala cultural que Europa experimentó en más de cuatro milenios, en Cuba se pasó en menos de cuatro siglos. Lo que allí fue subida por rampa y escalones, aquí ha sido progreso a saltos y sobresaltos. Primero fue la cultura de los *ciboneyes* y *guanajabibes*, la cultura paleolítica. Nuestra Edad de Piedra. Mejor, nuestra edad de piedra y palo; de piedras y maderas rústicas sin bruñir, y de conchas y espinas de peces, que eran como piedras y púas del mar.

Después, la cultura de los indios *taínos*, que eran neolíticos. Edad de la piedra con pulimento y de la madera labrada. Ya con los *taínos* llegan la agricultura, la sedentariedad, la abundancia, el cacique y el sacerdote. Y llegan por conquista e im-

ponen la *transculturación*. Los ciboneyes pasan a siervos *naborias* o huyen a las serranías y selvas, a los *cibaos* y *caonaos*. Luego, un huracán de cultura; es Europa. Llegaron juntos y en tropel el hierro, la pólvora, el caballo, el toro, la rueda, la vela, la brújula, la moneda, el salario, la letra, la imprenta, el libro, el señor, el rey, la iglesia, el banquero... Y un vértigo revolucionario sacudió a los pueblos indios de Cuba, arrancando de cuajo sus instituciones y destrozando sus vidas. Se saltó en un instante de las soñolientas edades de piedra a la edad muy despertada del Renacimiento. En un día se pasaron en Cuba varias edades; se diría que miles de "años-cultura", si fuera admisible una tal métrica para la cronología de los pueblos. Si estas Indias de América fueron Nuevo Mundo para los pueblos europeos, Europa fue Mundo Novísimo para los pueblos americanos. Fueron dos mundos que recíprocamente se descubrieron y entrechocaron. El contacto de las dos culturas fue terrible. Una de ellas pereció, casi totalmente, como fulminada. Transculturación fracasada para los indígenas y radical y cruel para los advenedizos. La india sedimentación humana de la sociedad fue destruida en Cuba y hubo que traer y transmigrar toda su nueva población, así la clase de los nuevos dominadores como la de los nuevos dominados. Curioso fenómeno social éste de Cuba, el de haber sido desde el siglo XVI igualmente invasores, con la fuerza o a la fuerza, todas sus gentes y culturas, todas exógenas y todas desgarradas, con el trauma del desarraigo original y de su ruda transplantación, a una cultura nueva en creación.

Con los blancos llegó la cultura de Castilla y envueltos en ella vinieron andaluces, portugueses, gallegos, vascos y catalanes. Pudiera decirse que la representación de la cultura ibérica, la blanca subpirenaica. Y también desde las primeras oleadas inmigratorias arribaron genoveses, florentinos, judíos, levantinos y berberiscos, es decir, la cultura mediterránea, mixtura milenaria de pueblos y pigmentos, desde los normandos rubios a los subsaharianos negros. Mientras unos blancos trajeron la economía feudalca, como conquistadores en busca de saqueo y de pueblos que sojuzgar y hacer pecheros; otros, blancos también, venían movidos por la economía del capitalismo mercantil y aun del industrial que ya alboreaba. En varias economías que llegaban, entre sí resueltas y en transición, a sobreponerse a otras economías también varias y mezcladas, pero primitivas y de imposible adaptación a los blancos de aquel ocase de la Edad Media. El mero paso del mar ya les cambiaba su espíritu; salían rotos y perdidos y llegaban señores; de dominados en su tierra pasaban a dominadores en la ajena. Y todos ellos, guerreros, frailes, mercaderes y villanos, vinieron en trance de aventura, desgajados de una sociedad vieja para reinjertarse en otra, nueva de climas, de gentes, de alimentos, de costumbres y de azares distintos; todos con las ambiciones ten-

sas o disparadas hacia la riqueza, el poderío y el retorno allende al declinar de su vida; es decir, siempre en empresa de audacia pronta y transitoria, en línea parabólica con principio y fin en tierra extraña y sólo un pasar para el medro en este país de Indias.

No hubo factores humanos más trascendentes para la cubanidad que esas continuas, radicales y contrastantes transmigraciones geográficas, económicas y sociales de los pobladores; que esa perenne transitoriedad de los propósitos y que esa vida siempre en desarraigo de la tierra habitada, siempre en desajuste con la sociedad sustentadora. Hombres, economías, culturas y anhelos todo aquí se sintió foráneo, provisional, cambiadizo, "aves de paso" sobre el país, a su costa, a su contra y a su malgrado.

Con los blancos llegaron los negros, primero de España, entonces cundida de esclavos guineos y congos, y luego directamente de toda la Nigricia. Con ellos trajeron sus diversas culturas, unas selváticas como la de los ciboneyes, otras de avanzada barbarie como la de los taínos, y algunas de más complejidad económica y social, como la de los mandingas, yorubas, hausas, dahomeyanos y yorubas, ya con agricultura, esclavos, moneda, mercados, comercio forastero y gobiernos centralizados y efectivos sobre territorios y poblaciones tan grandes como Cuba; culturas intermedias entre la taína y la azteca; ya con metales, pero aún sin escritura.

Los negros trajeron con sus cuerpos sus espíritus, pero no sus instituciones, ni su instrumentario. Vinieron negros con multitud de procedencias, razas, lenguajes, culturas, clases, sexos y edades, confundidos en los barcos y barracones de la trata y socialmente igualados en un mismo régimen de esclavitud. Llegaron arrancados, heridos y trozados como las cañas en el ingenio y como éstas fueron molidos y estrujados para sacarles su jugo de trabajo. No hubo otro elemento humano en más profunda y continua transmigración de ambientes, de culturas, de clases y de conciencias. Se traspasaron de una cultura a otra más potente, como los indios; pero éstos sufrieron en su tierra nativa, creyendo que al morir pasaban al lado invisible de su propio mundo cubano, y los negros, con suerte más cruel, cruzaron el mar en agonía y creyendo que aún después de muertos tenían que repararlo para revivir allá en África con sus padres perdidos. Fueron los negros arrancados de otro continente como los blancos; pero aquéllos fueron traídos sin voluntad ni ambición, forzados a dejar sus antecedentes costumbres tribales para aquí desesperarse en la esclavitud, mientras el blanco, que de su tierra salía desesperado, llegaba a las Indias en orgasmo de esperanzas, trocado en afno ordenador. Y si indios y castellanos en sus agobios tuvieron amparo y consuelo de sus familias, sus prójimos, sus caudillos y sus templos, los negros nada de eso pudieron hallar. Más desga-

rrados que todos, fueron aglomerados como bestias en jaula, siempre en rabia impotente, siempre en ansia de fuga, de emancipación, de mudanza y siempre en trance defensivo, de inhibición, de disimulo y de aculturación a un mundo nuevo. En tales condiciones de desgarré y amputación social desde continentes ultraoceánicos, año tras año y siglo tras siglo, miles y miles de seres humanos fueron traídos a Cuba. En mayor o menor grado de disociación estuvieron en Cuba así los negros como los blancos. Todos convivientes, arriba o abajo, en un mismo ambiente de terror y de fuerza; terror del oprimido por el castigo, terror del opresor por la revancha; todos fuera de justicia, fuera de ajuste fuera de sí. Y todos en trance doloroso de transculturación a un nuevo ambiente cultural.

Después de los negros fueron llegando judíos, franceses, anglosajones, chinos y gentes de todos los rumbos; todas ellas a un *nuevo mundo*, y todas de paso, a un proceso de transplañtación y reforma más o menos hirviente.

Entendemos que el vocablo *transculturación* expresa mejor las diferentes fases del proceso transitivo de una cultura a otra, porque éste no consiste solamente en adquirir una distinta cultura, que es lo que en rigor indica la voz angloamericana *acculturation*, sino que el proceso implica también necesariamente la pérdida o desarraigo de una cultura precedente, lo que pudiera decirse una parcial *desculturación*, y, además, significa la consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales que pudieran denominarse de *neoculturación*. Al fin, como bien sostiene la escuela de Malinowski, en todo abrazo de culturas sucede lo que en la cópula genética de los individuos: la criatura siempre tiene algo de ambos progenitores, pero también siempre es distinta de cada uno de los dos. En conjunto, el proceso es una *transculturación*, y este vocablo comprende todas las fases de su parábola.

Estas cuestiones de nomenclatura sociológica no son baladíes para la mejor inteligencia de los fenómenos sociales, y menos en Cuba donde, como en pueblo alguno de América, su historia es una intensísima complejísima e incesante *transculturación* de varias masas humanas, todas ellas en pasos de transición. El concepto de *transculturación* es cardinal y elementalmente indispensable para comprender la historia de Cuba y, por análogas razones, la de toda la América en general. Pero no es ésta la ocasión oportuna para extendernos en ese tema.

Sometido el propuesto neologismo, *transculturación*, a la autoridad irrecusable de Bronislaw Malinowski, el gran maestro contemporáneo de etnografía y sociología, ha merecido su inmediata aprobación. Con tan eminente padrino, no vacilamos en lanzar el neologismo susodicho.

III

De las semillas del tabaco

Hasta en la cantidad excepcional de semillas que ofrece el tabaco hay algo de maravilloso. Ésa fue una de las causas de su rápida extensión por todos los continentes, una vez que los castellanos hallaron tal planta en América y cayeron ante sus tentaciones.

Las semillas de la planta del tabaco son numerosísimas y muy diminutas. En una onza de peso caben de 300 000 a 400 000. Con una onza de semillas se podrían teóricamente reproducir más de 300 000 plantas. Cada planta de tabaco puede dar hasta un millón de semillas, según William George Freeman. Cada una de estas semillas podría producir otro millón de ellas. Si no hubiera factores que se opusieran a la germinación de tanta simiente, en pocas generaciones toda la superficie de la tierra estaría cundida de matas de tabaco.